

A watercolor illustration of a draped fabric, possibly a curtain or a piece of clothing, in shades of brown and red. The fabric is draped over a light-colored, textured surface, creating deep shadows and highlights. The background is a mix of light and dark blue and green washes, suggesting a sky or a wall. The overall style is soft and painterly.

Efraín Villacís

# La terraza vacía

 **litterae**  
NOVELA



**La terraza** vacía

*La terraza vacía*

©Efraín Villacís, 2025

©De esta edición: Universidad del Azuay. Casa Editora, 2025

ISBN: 978-9942-577-45-0

E- ISBN: 978-9942-577-46-7

Edición: Cristóbal Zapata

Diseño y diagramación: Mateo Quizhpi

Corrección de texto: Silvia Ortiz Guerra

Portada: Gabriela Villacís Tobar, *Cauce* (fragmento),  
acuarela sobre papel, 23 x 31 cm, 2025

Impresión: Printlab / Universidad del Azuay

COMITÉ EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga  
Rector

Genoveva Malo Toral  
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni  
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi  
Directora de la Casa Editora

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Cuenca - Ecuador, 2025

Efraín Villacís

# **La terraza** vacía



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa   
Editora

*A Perla, P. Ramos, M. Rodas, S. Ruiz, C. Salazar, A. Silva  
y C. Zaldumbide en orden de ausencia.*

Aquí el húmedo músculo del amor se aja y muere,  
aquí estalla un beso en una cantera sin amor.

DYLAN THOMAS

## I

El gato dice que no es triste la lluvia que se ha tomado la jornada con diferentes caudales, casi sin viento, con el tumbado alto y gris de las nubes; llegará la noche y el agua aún seguirá cayendo, algo se olvidó de cerrar las llaves, y yo las de la tina del dúplex que tomaste para desatar tus deseos y alimentar tus vicios; disfruté tanto ese amanecer alegre y colorido que no recordarás nunca porque tragaste hasta perder las pupilas, cerraste los ojos y los apretaste tanto que te desmayaste; te miré con el llanto rodando por las gradas que giraban, una vez a la derecha, hacia la planta baja de ese matadero caro y vulgar; te desperté para hablarte de la inundación, con la perplejidad del convidado que no sabe por qué está descalzo; bostezaste a maleza, hambre y alcohol, solo te reíste de mí, del entorno, de tu estado lánguido, y dejaste que tus huesos alargados y blancos se regodearan en el agua que corría imperceptible sobre la alfombra mullida: vista desde el cénit de mi delirio, eran algas que buscaban la luz que nacía de todos los rincones y se multiplicaba en los espejos; tu cuerpo se deslizó, angula transparente, esas que se comen tiernas y cocidas, gigante y cruda, provocativa y nauseabunda, ebria y rubia.

Aquella tarde me sacaste la melancolía que ocultaba con los tiros del tequila barato que me disparaba, en el Ben, la caraqueña veinteañera que me decía profesor *Rudito*; hacía preguntas pequeñas que alcanzaban en el ovillo de sus labios perversos y caían como los churros

crudos de la máquina en el aceite hirviendo de la paila, en el carromato de la esquina, antes de llegar a la carpa del Circo del Sol; ya sé, la imagen es sucia, escatológica, qué quieres, la veía como a una niña, grande y voluptuosa, sí, pero niña; solo cagado me podía despertar si hubiera tenido suficiente hipocresía y arrestos para convencerme de que podía levantarla en peso, igual que el amanerado más fuerte del *gym*; llegaste tocando la batería con la percusionista rusa de cabello azul, que vibraba en el *Cortejo* que soñó el payaso muerto; se te adelantó el acordeón, luego tu algarabía, precisa, contaba cada paso de tus latidos y los sumaba a los guiños de mi embriaguez; la trompeta se alargó el tiempo que te tomó encender el cigarrillo, soltaste el humo y tu presencia era tan alegre que parecías rodeada de una banda de juglares que hicieron retroceder a la caribeña crecida: Josiel recogió la armada de su cuerpo, se recluyó en la trinchera de la barra y se dispuso a cargar cantimploras.

Nadie había podido contigo, ni tu marido que se fue asustado de tus vicios, los suyos eran más perversos y menos descarados que los desafíos de tus pupilas celestes; se cuarteaban los muros de los impávidos y dueños del suelo cuando les decías que quizá, con los ojos cristalinos, casi gimiendo de orfandad, a punto de morir de amor: pastel olvidado en el horno prendido por un aprendiz de panadero; no te enojas Amelia, si hasta tu nombre es antiguo y tú siempre tuviste buen lejos, al acercarme notaba el viento milenario que formó las cordilleras de los continentes. Te jodo querida, si tu belleza siempre ha sido imposible de comparar, a mí me pasó contigo lo que a Alban Berg con Hanna Fuchs, y no te pude escribir ni componer ninguna

*suite*; no te evité, me arriesgué a quererte y a juntarme contigo aunque sea debajo de las mentiras plumíferas de tus párpados, lamí agradecido las amargas lágrimas negras que goteaban de tus pestañas postizas, y no te juré que iba a acompañarte a la hora de tu muerte; te vi renacida, aquella única vez, cuando tu rostro rosado y tus ojos de albino, pestañando insufribles, acusaron los salvajes golpes de sol; soltaste el vaso que me traías, me había quedado dormido en la hierba común del jardín de un amante tuyo que andaba repartiendo mota analgésica en cierta isla europea; se te acabó la ternura, necesitabas gafas oscuras, disfrazarte, y desde esa mañana me destinaste a horarios *after office*, a noche empezada para que el amanecer me cogiera dormido y tuvieras tiempo de huir hacia el día convencional que te conseguía coca, dinero y barniz.

Nunca quisiste saber de mí, de mi vida, nada, ni esa noche de martes desamparado, luego de que entraste al Ben, huyendo del Toyota viejo que se te apagó en la calle, del ahogo que te provocó el olor a gasolina en el interior; llovía, y los pasos que te llevaron bajo el aguacero te arreglaron la estampa, parecías una dama que se prostituía porque se aburría, se notaba que poseías, y aparentabas un abandono inusitado, un vacío a punto de devorarte. Fuiste directo a la barra con la falda del vestido pegada a tu trasero contraído y te quejaste; Josiel te alcanzó un mantel y te sirvió un taco de ron sin que lo pidieras; te secabas, apuntando a cada gota, sin frotarte, mirabas fijamente al espejo detrás de las botellas, te veías asustada, sabiendo que la cara se te iba a caer de vergüenza; te vi ridícula, hasta la segunda copa decidiste girar y me miraste asombrada, como si hubiera sido la primera vez que

te encontrabas con una guayaba caída, abierta, con los gusanos saliendo de su carne. No te lo dije antes, siempre me han gustado los personajes en sus papeles, y el tuyo fue encantador desde el principio; de pronto caminaste con firmeza y el vestido flotó, supe de antemano cómo me apretarían tus piernas; te sentaste delante de mí, arrojaste la cartera sobre el sofá y marcaste un número en el celular, ordenaste para mí: “necesito un mecánico, un taxi, y tú ¿quieres?...”; le preguntaste a Josiel la dirección de dónde estabas, le hablaste con gravedad casi en tono maternal, la perdida era ella.

Un día, al final de enero todo se juntó: las cuentas y el cierre del proyecto que no me aceptaron en la Universidad Latinoamericana donde tenía una oficina de tres por tres y un escritorio de asistente; allí se dobló más de una oficinista a sacarle brillo al ratón; no seas celosa, cuando fuiste a curiosear dónde encerraba los días inútiles, pusiste las manos contra la pared y te dejaste catear mirándote sublime en el espejo del baño, y se empañó con tus jadeos en un santiamén; tu curiosidad de *luminol* descubrió los regueros y te dieron ganas de beber; en modo silencioso encontraste en la gaveta una botella de whisky, un vaso abandonado y mugre conteniendo con descuido un tubo de lubricante a medio aplastar; bebiste y juraste no volver más, te disculpaste por tu intromisión a mi confinamiento, te inclinaste con una pierna sobre la silla ante el computador, tratando de leer mis inquinas históricas; tu zapato de tacón se sostenía de las uñas del pie desnudo, osciló un instante y cayó; cayó y no escuché que llegara a ninguna parte, ni los dos, el piso de madera lacada tampoco crujió.

Desde hace semanas, al parecer otro monótono final del día; no imaginaba que una mujer como tú iba a tomarse la molestia de resignarme su atención; entré a Ben, no me quedé bajo la pérgola, en el garaje semicubierto, junto a las macetas, para poder fumar tranquilo y solitario, la lluvia se regaba sobre ese lado con impunidad; la hora parecía alegre con el sol brioso galopando en otro campo. Jugaban ping pong, nadie más en el interior ni en la salita del fondo junto al ventanal, el sofá mullido me provocó echarme una siesta; un gordo hilarante, de barba cerdosa con el sudor graso de su puerca presencia —no redondo, trato de alcanzar su globalidad— me saludó: “Rudo, ¿cómo vas?, ¿qué tal te va sin el oficio de mandadero?”, se burlaba, y trató de darme una palmada en el omóplato, no le fue suficiente esa frase abundosa, fuera de enfoque; la *pionner* rebotaba ennegrecida y la recogí al vuelo, traté de reventarla, apenas se hundió, débil, soltando un aire diminuto, la pelota, él sonreía con dientes largos, tablillas desiguales que cubrían una rudimentaria fosa séptica; le respondí con la mirada, le coloqué la pelota dentro de la mano caliente y sudada como culo de guardia en su garita, lo esquivé con asco y vi su resentimiento; en la otra mano tenía una botella de cerveza y tuve que quitársela, se la reventé en la frente; luego de tres golpes, la sangre se mezcló sobre la cara en hilos de acuarela, las gotas cambiaban de ruta cada vez que una cerda del rostro se oponía, y cayeron con frecuencia del trapo apretado de la papada.

## II

Maupassant me dejó dormir luego de contarme ese relato de culpa y horror, lleno de la descifrable y pernicioso maldad que provoca la idea fija sobre el honor del estúpido barón de Vilbois. El agua tintinea afuera de mi atalaya, el gato duerme sin emitir un solo ruido dentro de su concha-cama de felpa roja; le llamé Bruno el día que se apareció en busca de un trozo de pan con mermelada que yo comía; miraba los árboles de eucalipto, pinos, sauces llorones, y debajo, anchos y florecidos, más de una docena de cholanes: amarillos, escandalosos y obscenos; esas flores no tienen vergüenza ante los tonos verdes comunes de la arboleda, de la hierba sin cortar de las jardineras; los senderos vacíos se dividían en retazos oscuros y brillantes; un silencio lejano, en la soledad de las calles, encerraba también al parque.

Eres sensual, Amelia, y esplendorosa como los cerezos en flor; como los arupos en verano, elegante y pernicioso en un cuento de hadas ilustrado por Grosz. Josiel me atrapó desde atrás y me quitó lo que quedaba de la botella, en el ajetreo me cortó la mano y me obligó a replegarme detrás de una mesa; el gordo se tambaleaba, perinola sin velocidad, a punto de volcar su suerte: *toma uno*; era Aníbal el genio de sistemas del *Road motion*, cuando Sorge presidía el *Movement* hace más de una década; yo era amanuense, él me informaba de sus avances, y más de una vez pude haberle ofendido por la genial lentitud de su desempeño, su voraz capacidad para la perfidia en contra

de los más débiles; no lo recordaba siquiera, ni sabía que le tenía bronca, me dio fobia y me ofendí, fue una forma oportuna y equivalente de responder a su saludo; cabeza dura el hijo de puta, y rencoroso, porque a pesar de estar sangrando no dejaba de insultarme, se enjugaba la frente bajo la mata de pelos largos y sebosos pegados al cráneo redondo: bola de *bowling* en su estuche personalizado para la noche de Todos los muertos.

Te vi llorar, dejaste la puerta del baño abierta, sufrías a lágrima viva todo el amor que sentías por la humanidad, por tus dos hijos: el uno, enrumbado hacia la fama y la fortuna, con los aperos de su padre y la desidia de su madre, acostumbrado a ir golpeando, por ahí, mujeres que lo encontraban bonito; y la otra, una virgencita sin oficio que llegó a la universidad solo para descubrir que prefería encontrar un joven honesto con futuro y clase establecidos, para formar una familia de querubines en el jardín paradisiaco que tus ojos le proyectaron; tenía tu calentura, reprimida, y la fe culpable de la abuela: lo íntimo era una celda que quiso que sucediera cada mes como la maldición; te sonaste la nariz y volviste con un chafo; montada sobre mí, epicúrea y eléctrica, David August te formaba las imágenes que soltabas en el vaivén de tus vuelos, decías y gemías, percutías, apretabas, y adentro te explotaban otros mundos que yo sentía creciendo y pateando como fetos. Las noches de esos días estuvimos idos, ebrios o emborrachándonos, persiguiendo un baldío insolente que nadie más quisiera habitar.

Preguntaste qué tomaba, y me ofreciste un whisky sin esperar la respuesta; Josiel nos permitió fumar adentro, no había nadie más, estaba herido, la mano vendada

con un fular ajeno; mirabas a la calle, con las rodillas expuestas besando el cojín sucio del sofá donde yo estaba casi tendido. “¿Te duele?”, soltaste hacia la ventana; en la calle chapoteaban estudiantes en busca de trago barato y polvos de inodoro; al frente del Ben, el Shootes perdía cabezas en menos de lo que duraban dos reguetones completos por tres dólares; atendían gigantas caribeñas que servían en charolas copitas llenas de líquidos viscosos de colores fosforescentes; esa guarida se abría después de las seis, parecía una barra normal para tipos desperdiciados, en el fondo se extendía un galpón con bancos largos, estrechos y mullidos, en bases de madera, mesillas rústicas: pasamanos para contener ceniceros y copas; todo era negro con ciertas luces sicodélicas que emergían para urdir las sombras de los entes que se enredaban, tentáculos que brincaban y se contoneaban frenéticos hasta caer en el llanto o el delirio; entraban por grupos cada hora: engullidos por la oscura garganta que pronto los vomitaba para que tuvieran tiempo de volver en sí, a la irrealidad de la normalidad, limpiándose los excesos y acicalando los rostros pálidos por la resurrección.

Entramos con Josiel, una vez, apenas persignada la noche, ella llevaba el pelo peinado con moños bantú, y ropa de aeróbicos, regularmente se vestía así, era una *caribbean ass teen*; me acompañó, simplemente, a cambio de una chaqueta de invierno que usaba, siempre pedía algo con actitud de niña remilgosa. “Profesor, y usted ¿qué enseña? ¿Y le pagan mucho? ¿Me regala el bolsito, profesor Rudito? Sí, caí un par de veces; respiraba cerca, muy cerca del rostro, no tocaba y no se dejaba tocar, sabía retirarse a tiempo cuando cualquiera trataba de cobrarse una dádiva; la abracé alguna

vez, Amelia, para apoyar la borrachera, cuando me metía en un taxi y ella me “guardaba” un libro o una bufanda; fue cálido y provocador el contacto, su rostro manipulador me hacía huir; siempre creí que poseerla arruinaría la sorpresa de comprobar si su ternura, aparente, era verdadera. Las dos tenían dañado mucho adentro, a ti te tomó una vida, como a los motores de antes, a Josiel algunos meses; el tiempo le alcanzó para abandonarse a la carretera cuando en su casa ya no había qué comer; cruzó dos países y medio para asentarse en esta ciudad y descubrir que las personas solo carcomen a otras. “Todos son igualiticos, profesor Rudio, menos mis hermanos y mi mamá”. “¿Le paso la cuenta, profe?”

Amabas tanto a tus padres que solo esperabas que se murieran; tus hermanos habían conseguido todo lo que de ellos se esperaba, eso que la gente ve y envidia, todos se fueron lo más lejos posible entre sí, y tú regresaste porque te dejó tu marido; rubia, reina de todas las reinas, virgen de todas las vírgenes, te creíste la vulgaridad de que en la cama y en la mesa no debía haber recato, y menos con él; el principito se horrorizó cuando supo que a ti también te gustaban sus horrores, al inicio aprovechó, disfrutó con encanto juvenil de un sueño realizado, preparaba las escenas alegremente, y el canguil para hacer cine en casa; con los hijos la cosa se ensució y tú no te percataste, creciste con nana y muchacha de mano; tu hermana y las amigas se reían de tus cuentos, supieron esconder su libido, no te dijeron nada porque creían que todas ocultaban lo mismo. Llorabas por esa “huevada”, te reías entre sollozos de semejante tontería, y amaste hasta la sedición; quisiste acabar con los machos comiéndotelos de uno en uno,

y jugaste de todo, incluyendo “monopolio mixto” con un máximo de seis jugadores. A ti no te iban los juegos de mesa, te animaban las damas y el ajedrez por la conjugación del verbo comer. Nada te había faltado, solo la cordura, y te replegaste para “sanar” ante los demás, te volviste una mujer “normal”; te soportaban porque eras de la familia, y tu padre se olvidaba la tarjeta de crédito junto a la lámpara de la mesita de las llaves. Disfrutabas tanto de vivir y hubo horas en que me pareciste muerta, tus caricias eran un *dejà vu* y tu goce el de un espectro. Contigo emprendí todas las formas del vuelo con pepa, polvo y colibrí.

### III

“Salgo de viaje a la madrugada”, me anunció al teléfono el señor Alcides, profesor retirado que me arrendó parte de la terraza del viejo condominio de cinco pisos frente al Parque Inglés. Llegué antes de las seis de la mañana, los árboles viejos tenían un movimiento tormentoso y antropóforo. La falta de empleo me hizo arrendar esta celda de veinte metros cuadrados, gracias a Tiago que me pasó el dato; el gato hacía equilibrio sobre el tubo del tendedero, recogiendo sus patas hacia atrás, a punto de saltar sobre una paloma indiferente, picoteaba entre la llaga de musgo que crecía en el antepecho. No te traje, Amelia, porque no me dio tiempo tu periplo, y tampoco hubiera podido protegerte de la gravedad. El susurro de la arboleda, sus misterios entre las ramas, los silencios inmediatos al final de los aullidos de furia, celo, abandono de la jauría, esa sensación de que se traga cada hombre, mujer, niño, y el ulular de las sirenas, me hizo querer este espacio apenas pude llenarlo de libros y tereques. Ahora mismo siento el silencio inexorable en la ventana y, a la vez, me callo todo porque no hay nadie más aquí arriba, y el sonido de la ciudad cuando duerme, podría percibir los chorros en la fuente rodeada de arrayanes. Tengo agua en la jarra, un poco de pan y un cuchillo, la luz de la *laptop* los enciende, y te escucho diciéndome que quisieras morir tranquila sin sangre ni resuello.

Josiel conocía a sus colegas del Shootes, y en cuanto

entramos se puso a bailar “Tusa” con uno de los hombrones de seguridad, adentro todo era denso y olía a dulce, marihuana y a éter; era turbulento y rompía los sentidos; la música, un ruido que reventaba en estallidos de géneros: urbana, electrónica, rock decrepito, trap, frases instrumentales fugaces, ninguna duraba más de varios segundos; los cuerpos no lograban establecer un ritmo, una armonía, iban de un estertor a otro: bocas, ojos, dientes, dedos, piernas, escotes y cabezas enfundadas en capuchas, otras decapitadas por los tajos de luz afilada, incandescente, flashes que coincidían con alaridos desesperados, gritos de guerra y de dolor; estuve a punto de caer, ciego sin lazarillo, a un abismo, me rescató un whisky breve de la mano de Josiel: era un clown y los moños bantú, boquillas de alta tensión, emitían rayos eléctricos, no podía tocarla; las gigantes caribeñas, embozadas con mascarillas de cirujano, recorrían el perímetro del galpón y remplazaban constantemente, en los pasamanos, las copas, apenas más grandes que un dedal, llenas de un licor viscoso: alcohol amargo y dulzón, se quedó en la lengua y lentamente fue hacia dentro, no pude escupirlo, salivé y tragué, una flema que encontró el tubo digestivo y se dispersó; mis deseos se alumbraron y quise manosear a Josiel, conseguir que Grace Marks me quisiera, despotriqué contra el gobierno que persigue, odié su minusvalía, estrujé la oscuridad y sentí compasión de mí mismo; me recogí contra la pared y disfruté de vértigo en el glande, lo apretaban; un bocado largo de whisky me espabiló y alcancé a imaginar que algunos se masturbaban o cogían entre las sombras, aislados del tumulto que se contorsionaba, nadie los veía; todo

era acelerado, urgente, definitivo; morían.

Nunca supe si de verdad olvidabas lo que hacías o decías; no te recuerdo sobria, al menos no totalmente, volvías a empezar cada vez conmigo, no es que te presentaras, solo continuabas sin reminiscencias, consciente de saberme; creía que actuabas y mentías, no te quise lo necesario para preocuparme, ibas por ahí con tus daños y la alegría traqueteando entre tus senos, en la blancura de tus dientes nuevos, en la elegancia vespertina de tus pasos. El sol se ponía para que salieras ligera, e iluminaras la pasarela de los callejones que frecuentabas, ilusionando; eras deseo, anhelo y necesidad de otros. Hanna Fuchs era eso —te conté entre silencios, con imágenes crudas y azarosas, para entretenerte, e impedir que tu mente se alejara, abandonando tu cuerpo como si fuera solo un atuendo—, un milagro del deseo, provocaba sin conmiseración, mantenía las formas de su clase y degustaba revolcarse entre leños, en la despensa, en el ático aplastando arañas, en la biblioteca, al mismo tiempo que su marido, en el salón, charlaba sobre la música de moda y de la industria del papel; así la vio Alban Berg, en Praga, 1925, luego de estrenar su ópera *Wozzeck*; su belleza e instinto sensual le conmovieron, se enamoró; tuvieron un asunto que duró cinco días entre los avatares de una casa concurrida, y escribió la tormentosa *Suite lírica*, esotérica, en clave solo para que ella la entendiera; él la amaría hasta el último día de su vida, compuso música para historias de crímenes, celos, prostitución y abusos contra la mujer. No volvieron a verse, ella ni siquiera lo intentó, él murió en el delirio. Me atendías, fumando, te burlabas de mi comparación con el compositor.

—Tú no tienes talento y yo ya estoy ajada —zanjaste con fatuo dramatismo—; me gustas, bonito, quisiera que me mataras porque no puedes soportar más mi tentación, y que después te ahogues por la culpa, y te degüelles de un tajo, desesperado —te acercaste a abrazarme, adivinaste —: ella no sabría lo que era una partitura ni él lo que es el amor —reíste con sorna—; yo sí te amo, tú no deliras por nada.

Pagué la renta de un año completo y arreglamos el asunto sentados ante una mesa redonda de comedor, en el departamento 5 del profesor Alcides; él es oriundo de un pueblo del Oriente andino, vivía allá ahora, decidió regresar para servir a su comunidad y devolver lo que había recibido a lo largo de medio siglo de servicio público en la capital; tiene los ojos castaño oscuros y brillaban cuando trataba de parecer un hombre con tiempo para heroísmos; cerca de la puerta había una perrera pequeña con un animal dormido, un bolso de deportes y lo que podría ser un acordeón; el resto del departamento estaba amueblado y sombrío, recién limpiado, en el aire flotaba la orfandad. Formalizamos y desapareció gradas abajo, en el patio de parqueo. El interior del bloque no es mugre, tampoco limpio, las gradas tienen diferentes tipos de baldosas; en cada piso, cada copropietario, ante el desacuerdo democrático, impuso su gusto al metro cuadrado de su parcela comunal; huele a orines y a mierda de perros de diferentes razas y tamaños, manchones irregulares dejados por quienes levantaron las evacuaciones sin prolijidad. Diez departamentos, dos en cada piso, cada puerta es de un tipo y color particular; me imaginé, la primera vez, uno de esos juegos de televisión donde el concursante escoge una o

varias puertas y va negociando cuál abrir para conseguir premios: tal vez hacerse millonario o, al menos, un crucero promiscuo por el Caribe; generalmente ganan una baguete, un jamón u “otra” oportunidad. No existen las oportunidades, ya no; sin embargo, por superstición se prueba, por ansia: la variación frenética del hambre; habrías jugado, Amelia, les habrías pagado para que se ofrecieran al ridículo, y sorprenderlos emocionados por nada, haciendo reír a la multitud con sus burdas ilusiones; aquí, en el condominio, las posibilidades de sorpresa serían algunas: no saber con qué o con quiénes te encontrarías, a qué hora y en qué extrañas circunstancias; hubieras podido hacer múltiples variaciones con el fin de encontrarte algo limpio, inmaculado, entre estos cubos de cemento; así buscaba el colibrí: un punto aséptico entre tus dedos, donde inyectarte la emancipación de la realidad.

No sé cómo salí del socavón del Shootes; desperté bajo la pérgola, vomitando en las macetas, Josiel poniéndome hielo en la frente; el ayudante del Ben, quien ponía la música y preparaba las picadas, me trajo una silla y dejó un whisky, en silencio; él o ellos, los ayudantes, nunca hablaban, dejaban que la muchacha resolviera todo. Los migrantes en situación de riesgo, fuera de su grupo, parecen retraídos al tratar con quienes pueden ayudarles, pagarles, ofrecerles trabajo o alguna treta; se sostienen para no hablar muy alto, para no opinar, para no decir que saben lo que los locales no; se encierran en sí mismos, con hipocresía, se retienen y se les nota; sueltan el aire despacio para no hacer ruido, evitar un grito o una carcajada, la razón no importa; en la aprensión están las ganas de ir golpeando a la gente, a su desprecio: gavilla

de “adolescentes” traumatizados buscando la paz y la justicia, ejerciendo violencia. Son otra tribu con la misma rabia de la especie común y pobre; tú lo sabes, Amelia, te dio por tomar *Uber* conducidos por migrantes altos y recios, te cogían por los billetes y no por tu belleza suprema; tuvieron su encanto, y acabaste por convencerte de que solo veían a una catira loca, y más cuando el que se quedó dos jornadas te reventó la boca para que lo dejaras salir, aunque fuera gratis.

Josiel comparte un departamento, en el centro, con una docena mixta de paisanos, como si fuera un maletero donde se acomoda lo que asome, empujando, aplastando, nada se puede tirar; desaloja uno y entran tres. Llega a dormir nada más, ni siquiera se cambia la ropa o se baña allí; las pocas cosas que posee las lleva en una mochila, o las tiene guardadas en el bar o con su mejor amiga. Amaba a su gente, pero no allí, en ese dormitorio, ni en cualquier otro país; poco aire y mucho aprieto, no había tiempo de hacer amistades o intercambiar impresiones, esos rostros llevaban la marca del desamparo y la ruindad, generalmente aprovechaban las oportunidades sin importar quien perdiera o a quien dañasen.

—No nos robamos entre nosotros, profesor, *pa'ná*. Toma las cosas quien las necesita y ya, por eso es mejor esconderlas.

Gastaba en lo mínimo, lo que conseguía lo ahorrraba en una cuenta de banco, una parte la enviaba a su ciudad para apoyar a su familia; trabajaba honradamente, tomaba lo que podía de quien se lo permitiera o se descuidara, cada cosa u objeto era posible de ser negociado; cada hombre, en particular, era fuente de ingresos, “se ponen

bizcos, usted también, profesor Rudito, cuando nos ven anchas y apretaditas”. Hablaba con alegría de sus andanzas, y preguntaba, a veces, las fruslerías de una niña traviesa, se agravaba si el asunto le dolía; la miseria tiene mal aliento, tortura y asesina; sabía que tendría que volver a retomar su vida donde se le cayó, su presente era solo un mal viaje, engorroso, con malos sueños y algunos monstruos; el pasado le hacía sollozar y el futuro era nada más que la hora siguiente.

—¿Le paso la cuenta, profesor, o después? —Se iba, y me traía la cuenta, le dejaba el cambio y mimosa preguntaba:

—¿Esto es para su bebé, profesor Rudito? —Volvía después y me servía el último trago—; ¿le paso la cuenta ya, profesor?

## IV

Me atrapa el gesto infantil de la *matrioshka* gorda y andina que parece sentada junto a *Escrito en la pared* de Mary McCarthy, quien me hizo creer que Salinger sería el heredero de Hemingway, por eso lo leí; ambos crueles, opuestos entre sí y excluyentes. Tú no lees porque ya lo has leído todo, los libros te sirvieron para lograr una licenciatura y conseguir empleos por recomendación; nada fue suficiente, inconforme ibas y venías con las novedades que te informaban las revistas en las salitas de espera de la nutricionista, del dentista, del ginecólogo, el único que no te hacía gozar aunque te hurgara, eran amigos de verdad y te recetaba antibióticos imprescindibles entre dosis de semillas que le darían algo de color a tu alma; no creo que tuvieras alma, modorra sí. Siempre encontraste quien hiciera las cosas por ti: una conocida, un admirador, un pobre que, a cambio de muy poco, evitaba que pasaras por inútil con profesión; tonta ni por las horquillas de tu cabello, solo querías maquillarte, estar delgada y lista desde el anochecer para ir al cine, al teatro, alguna presentación de libros, y luego sucumbir con algún pintor de barrio, novelista de zaguán o bailarín de antro; les tomabas la lección, leías la información de sus frustraciones, sus tedios y aburridas vanidades, para dejarlos descalabrados en su cenagosa conciencia. Y la noche era tuya con los hombres de mundo, cuya impecable crueldad te seducía: pedían a gritos que les arrancarás las entrañas también, con refinado gusto, tan débiles como cualquiera, solo que llevaban mejores ar-

maduras, payasos de verdad sin ninguna ridícula tristeza.

Intenté hacer una antología de textos telúricos de El Paraíso luego de apoyar la campaña para alcalde y concejales, donde una de las tantas monedas de cambio eran tres caritas adolescentes que pintaban fantasías en los rostros de los niños, mientras los candidatos convencían al electorado en aparatosos mítines callejeros; ganaron todo y también los recursos del futuro de la ciudad, y se acabaron los fondos para folletos de divulgación; en todas partes hay ladrones, tú lo sabías porque te robaron el albedrío desde el día en que tus ojos celestes le hicieron competencia al sol; la gente honrada es fanática, obnubilada y triste, se queda mirando el horizonte esperando a que el firmamento empiece a expulsar ostras. Meses viviendo de lo recogido, gastando menos cada vez, y se me ocurrió hacer una crónica histórica de la novelista Juana Fernández Morales, de algunos escritores modernistas de América, y de algunas mujeres, famosas artistas, con quienes no solo intercambié cartas sino que mantuvo ardientes aventuras rocambolescas en París; Juana fue una mujer preciosa, alta, de bravos ojos negros y cuerpo felino, recorrió el Mediterráneo desde muy joven —aún no cumplía veinte años— del brazo de su marido, un marino mercante que pereció, dos años después de casados, entre Lagoya y Aspond, en el fiordo de Oslo, tratando de llegar a Skoyen, a la casa-taller de Edvard Munch para comprarle de propia mano la *Pubertad*, cuadro que el noruego pintara a fines del siglo XIX, y que Juana adoraba desde el día en que lo vio en la exposición en Londres, promovida por Rasmus Meyer, en 1913. Tú y ella parecen la misma, azucenas, rubia y morena, las imagino caminado juntas

en medio del parque, comentando sus cuitas, solas, melancólicas y libertinas: *desnudas, y abiertas de par en par, por el ansia de amar.*

Una sombra interrumpió tu concentrada observación a las figuras que entraban y salían del Shootes; las mirabas como si fueran cuadros, formas planas pintadas, grafitis ilegibles, tus pupilas registraban con un lente electrónico que clasificaba superficies.

—¿Te gustan? —insinué, te volviste y me frotaste el muslo con inusitada confianza, apretando el músculo junto a la ingle, me miraste:

—Los veía desleírse —agarraste un cigarrillo con la otra mano— no te vayas, bonito.

Te levantaste y te alejaste dejando una armonía de olores: a humedad y químico de peluquería, sudor, y un perfume delicado, cítrico, que se sostenía a pesar del vaho que tu sexo dejó flotando, ánima que pedía, urgida. Te imaginé, nada más, haciendo tus ejercicios inmorales conmigo, la belleza y ensueño que te puse tenían que ver conmigo; yo te conquistaba hermoso y osado, luego de la batalla campal que había enfrentado horas antes, eras mi recompensa, mi baronesa cinematográfica, mi botín para desgastar el resto de horas insomnes y tediosas de la noche.

Aníbal perdió la sangre necesaria y se le fue secando entre el pelo, en una costra; lo sentaron lejos de mí para limpiarlo, le colocaron sulfa machacada en la insignificante herida, entre el escándalo que Josiel y el ayudante caribeño armaron: habría sucedido una masacre y yo no me enteré. Lo estaba olvidando, siguiéndole la caña cadenciosa a Roberto Roena y su Apollo Sound: *y vida*

*mía te diré mi desengaño*; el ‘tonel’ abandonó el banquillo de los heridos, arrojó una botella vacía de cerveza que se había tomado junto al hombre invisible que le hablaba y trataba de contenerle la furia; el frasco tintineaba, rodando, chocando contra las patas de los muebles; lo miré acercándose, ahora parecía un odre lleno de los mares atormentados del norte, escuchaba las olas queriendo escapar del encierro y reventarse contra mí, islote solitario; un golpe más del vidrio contra el filo de una pared, reaccioné. El ‘odre’, ofendido, quería combatir, humillar mi desmadejada actitud, parecía ágil a pesar de la ropa de invierno que llevaba, sus manotas se cerraron sin ruido, satélites autónomos; di un paso a un lado, antes que las babas de su rugido me alcanzaran, y pasó; tomé el taburete cercano a la barra, el planeta rotaba, y le asesté un golpe cerca del cuello y otro en lo que debía ser la corva, debajo de lo que sería su trasero. Todo se calló, mejor dicho, Josiel gritó tanto que a todo lo apagó; recibí un vaso de whisky y fui llevado hacia el sofá, la sangre en mis dedos era una mancha que crecía detrás del trago que bebía despacio, paladeando.

La crónica histórica sobre Juana Fernández debió ser aceptada; el director académico de la universidad le había dicho que no a Cello Motos —cómplice de mudanzas nocturnas—, administrador de la institución académica; mi proyecto nada tenía que ver con la identidad de los pueblos sudamericanos y su heroísmo, no proyectaba la simiente recia de una raza rebelde que forjaba pueblos, que luchaba por la igualdad de derechos y oportunidades, en contra de todos los neocolonialismos, y por la libertad sexual para todos, sin excepción, y en contra, en definitiva,

de un maligno imperio ubicuo. Nos reímos de la omnipresencia galáctica y nos bajamos un par de whiskies; Cello me dejó —tenía que ver a sus hijas y a su mujer— en el penumbroso espacio, casi ciego, buscando la salida con el frío ingresando por la ventana, y la lluvia aparentando una calmada y amistosa estación invernal, “no te preocupes, Rudo, usa la oficina, ya conseguirás algo”. Una oficiante en el encierro me hizo falta; tú, Amelia, ¿me habrías rescatado?, no, claro, te habrías quedado a descubrir destellos en la oscuridad, emborrachándote conmigo; eras todavía una ilustración que había soñado darle vida desde que descubrí a la rubia de la bufanda azul de Lempicka.

## V

Hay tres pinos jóvenes plantados detrás de aromáticos eucaliptos niños; quien cuida del parque debe creer en las aventuras que sucedieron en los bosques de Barnsdale, y quiere su bosque indómito, nutrido y frondoso, capaz de albergar fantasías alegres y tenebrosas; con cierta luz, al amanecer, los pinos parecen caballeros que esperan órdenes, y en la noche, cuando el alumbrado público funciona, son trovadores esperando una señal para cantar; no se me ocurre a quién le dedicarían sus poemas. Este condominio alberga gente con espanto, que se evita entre sí, entran con sigilo, o salen, si tienen que hacerlo, despavoridos; a veces escucho gritos, diálogos en alta voz, cantos, discusiones y, de tanto no moverme, voy reconociéndolos; a varios los imagino, otros tienen formas disparatadas y cubistas, retazos que voy armando según los colores de la luz, y el clima más o menos lluvioso, perenne, a través del claro rectangular que permite la puerta abierta de mi celda.

El sol pleno no ha vuelto por aquí desde que no sé si te mataste de amor por mí, o nada más cambiaste de fruto y de condena; no me burlo, para qué, trato de convencerme de que sigues por ahí, armando chafos, en alguna de las casas suburbanas del Valle, que se amontonan *neo silvestres* y ordenadas, entre cañadas y mesetas: fumaderos de opio *feng shui*. Tu madre te ofrecía postres, sin importar la hora en que llegaras, e irrumpía en tu habitación de adolescente de medio siglo sin avisarte, se hacía la ciega para

no ver que te masajebas entre las ingles con meteoritos de goma que no paraban de vibrar; te llevaba diademas tejidas con flores frescas, a veces mustias por la espera, te quería coronar con amor sincero, y le hablaba a su niña, tratando de explicarte cómo conducirte en este laberinto, logrando que todos estuviesen a tus pies; te miraba con alegría noble, discreta, ocultando la tristeza que sentía al verte tan sola, sin casa ni señor; te enfadabas y le gritabas, la empujabas para que desalojara, y ya en el vano de la puerta la besabas en la frente, se iba resignada y resuelta; todos los días habían sido iguales desde que tus hijos se le fueron, era como si tuviera amnesia, no, resistía, había cerrado los diques de la angustia y aceptaba el castigo merecido sin quejarse.

—Quisiera ahogarla, y no tengo fuerzas. Llego hasta su cama y la veo, una pasa blanca, chistosa. Puta, lloro, y me arrepiento.

Confesaste, ligera, actuando el dramón de no atreverte a sacar una espina de uno de tus dedos, teatral y lírica, moqueando y sin lágrimas; sentada sobre mi chaqueta en un rincón del piso de la habitación del motel al que caímos en el segundo encuentro; te asqueó la cama, no quisiste tocarla, igual nos quedamos, al principio te sentaste en un mueble sin espaldar, inclinada hacia adelante con las rodillas juntas y los pies separados; hablaste de tus cuitas, haciendo terapia conmigo; más tarde lamiste la mugre alrededor del polvo que derramaste.

No me haces falta, Amelia, sueñas como una canción que me gusta y no acabo de entender; tengo tu celular ahogado, con el ángel de plata cayendo en el abismo negro de la carcasa, y no sé si te ahorcaste, jugando al orgasmo

de Carradine, o decidiste quedarte sobria y cuidar de tus viejos hasta que se murieran con naturalidad.

—Es mucho tiempo, esperar me da urticaria, prefiero buscarte.

Gritaban con desesperación, salí del desván que habito, una adolescente, alargada y robusta, corría de un lado al otro de la terraza, se inclinaba en el vacío y clamaba un nombre ridículo, me detuve a dos pasos, cerca de una tina plástica, el Bruno encaramado en mi pecho, auscultando al cielo; dejó de hacer la loca y se plantó, bajó el rostro y recorrió con la mirada, lentamente observó las uñas largas y sucias de mis pies, luego trepó de uno en uno los cuadros del pantalón de franela, se colgó un instante en el faldón del saco de lana, siguió por la barba, saltándose mis manos y el gato, buscó mis labios, se atrevió por la nariz, llegó a los lentes, y sumergió la mirada en el agua de la tina. “Los perros no se suicidan”, le aseguré con tono de superioridad; levantó la cabeza, la cara redonda y proporcionada, la tez pálida, las cejas negrísimas, el pelo agarrado en una trenza larga, y los labios gruesos bajo la nariz roma, “y a mí no me gustan los gatos”, respondió rencorosa, y saltó, se introdujo en el pozo de los condóminos; no pude verla más porque bajó a toda velocidad las gradas tras el eco de un ladrido agudo que salía del fondo; la perra no se llamaba Alicia, sino Chula.

No te vi regresar, solo te escuché chuleándome: “tengo quince años, y mi papá no va a volver”; me husmeaste desde la oreja, fuiste despacio, subiendo y bajando, llegaste a la boca, apenas si respirabas, te olí a menta y a fresas, a ron y a vapor de gasolina: una reminiscencia; no me inventé, tampoco me incomodó, te dejé dibujar mis labios

con los tuyos en vuelo rasante sin tropezar, quise abrirlos y chasqueaste, “podías aguantar un poco más”; me ofreciste un viaje y te dije que solo trago, que me gustaba el suelo, arrastrarme. Josiel se acercó con un par de tragos y le pasaste el cigarrito; ella sonrió, miró hacia el fondo y caló profundamente, llenando los pulmones, el estómago, las tetas, sabiendo donde guardar, se quedó quieta, hinchándose, iba a reventar, soltó fuelle y su rostro se apaciguó.

—¿Se siente mejor, profesor Rudito? —aduló, devolviéndote la ofrenda, y me acomodó el cuello de la chaqueta; le tocaste la cadera con la palma abierta, apretaste, tratando de saber si estaba despierta.

—Tráeme agua, ¿quieres?, y quédate por ahí buscando música —le ordenaste con dulzura, tus ojos se clavaron en su rostro y descendieron desgarrando el escote; tu mano la soltó y ella se incorporó como un resorte:

—Me dice lo que quiere, y le encuentro, señora, con permiso.

Un piloto no te había pasado a ver a la oficina de control de tráfico de la aerolínea donde hacías relaciones públicas *free lance*, descomedido, ni siquiera te había contestado al teléfono en toda la mañana; te desesperaste un tris, se te había acabado el maquillaje y te era muy difícil pasar más de una hora sin retocarte; dejaste el escritorio y bajaste al Valle, en taxi, a conseguir algún sucedáneo popular, impuro; volviste a llamarlo, enojada, le habías pagado con denuedo y a satisfacción, lo tenías tragado con tus encantos y habilidades; los tres últimos meses había cumplido con precisión. Era nórdico y le gustaba tu amistad, no el frío, y prefería encuentros tórridos y sórdidos

color canela, buscaba jóvenes y peludas, orangutanes, él era así, estúpido y albino; contigo volvía al invierno con hoguera y vodka, le gustaba obedecer en la intimidad de un hogar que no tenía. Hablabas con desparpajo, soltabas las anécdotas, si es que lo eran, con naturalidad, con sentimiento, sin ira, turbia, sin procacidad; bebías mirándome, midiéndome, sin preguntar, yo intervenía, acotaba y me seguías, tratando de que no me durmiera, ni de que me exaltara demasiado; me querías así, indiferente y ecuánime, dispuesto a perderme en ese peregrinaje que improvisaste esa noche, la que me descubriste, en mi esquina.

Aníbal cayó de rodillas y creí escuchar mi primer nombre en el rugido: Hugo, con la 'o' resonando entre un aluvión; el 'chimbuzo' vomitó lo que hubiesen ingerido diez personas, el charco nauseabundo se expandía, puchero *poderido*; él se vaciaba y se desvanecía, no, tosió y respiró, se limpió la boca con una manota y se sentó, aspiraba el aire y masticaba; encendí un cigarrillo, el ayudante se quedó de pie mirando la marea regurgitada, apestaba; "cónchale, ponte a limpiar, chico", ordenó Josiel, y se acercó a darle agua al 'odre', y el hombre invisible visualizó su total ausencia. Amenazó y juró venganza, luego de levantarse, rugía verde de ira en una versión obesa de Hulk, necio saco de arena; buscaba y encontró un maletín, buscaba y se descubrió solo, se envalentonó y gritó que no pagaría la cuenta, y se acobardó, ofreciendo traer a la policía porque le habíamos asaltado; se quedó de pie, perdido entre la maleta y la náusea, acompasó la respiración, iba a decir algo más y le dio una arcada; me vio, alejándose, sus ojos se humedecieron, sentí compasión, creo, y lo imaginé muriendo en mis brazos: Gus Moran ahogándose en su

propia sangre; Aníbal giró y se fue brincando a la calle, buscando la luz vespertina, escasa, que quedaba afuera, sosteniendo en la maleta una derrota más.

## VI

La puerta la dejo entreabierta, lo suficiente para que Bruno vaya y vuelva de hacer sus alquimias —la pequeña ventana no le sirve, lleva al vacío—, salta directo al vano que da paso a las escaleras del condominio; cuando la lluvia amaina, trepa a la loseta que cubre el ducto de ventilación y otea, a veces hay restos de comida para perros entre la caca que no han levantado los amos; alguna paloma picotea indiferente, impermeable, a veces un mirlo se arriesga buscando pan o restos de fruta, Bruno intenta cazarlos, consigue trompear a un pichón, nada más, solo se embarra, se sacude y desaparece, cuando regreso tengo una toalla a la mano para limpiarlo y secarlo. Te asustan las aves, Amelia, pero te las comes bien preparadas, y te gusta que ciertas plumas te abriguen en un edredón. El hombre delgado del apartamento 3 apareció blanco y beige, parecía que bailaba *breakin* con una capa oscura y peluda: la sacudía, le daba vueltas, tanteaba entre las palmas, murmurando: “debe haber, debe haber, algo más, debe haber”; la llovizna flotaba y nada más audible existía, su cuerpo se dividía en maderos articulados sin salirse de mi enfoque, impulsos diferentes movían sus partes; se detuvo, la colgó de su cabeza, elevó los brazos, y así permaneció un larguísimo minuto, fue una percha abandonada con el abrigo de alguien; bajó los brazos, el que estaba a mi vista perdió la mano en un bolsillo, reapareció con algo entre los dedos, la prenda resbaló y se detuvo antes de caer al suelo; el pelo corto era un rayo negro sobre el cráneo, el

perfil anguloso relajó sus líneas y salió: “lo sabía, lo sabía”.

Conducías autómatas, segura, en un laberinto de calles estrechas: pavimentadas, lastradas, adoquinadas, y al final una vía empedrada; “no me toques, bonito, espera a que lleguemos”, me pediste en cuanto encendiste el auto, te colocaste un par de lentes de marcos rojos, grandes, de broma retro, llevaste el pecho hacia adelante, empuñando el volante con las dos manos, y salimos del parqueadero del Teatro Diógenes; tenía en el puño la tanga color tabaco que te quitaste luego de compartir un par de líneas junto al capó. Empinaste la cola en la penumbra, las gotas espaciadas reventaban contra la grupa, un leve charco se formó al final de la columna, en el hoyuelo que tienes sobre el coxis; la lluvia resbalaba en lágrimas sobre la piel tersa, emitía débiles reflejos de las luces urbanas que brillaban desde la fachada del edificio de los espejos; gente reía con desenfreno detrás de la oscuridad sin percatarse de nuestra presencia, un escándalo sucedía al otro lado del vaho de tus quejas; te incorporaste, apretando casi furiosa la ridícula cartera de mano fucsia donde guardabas la polvera, un par de afeites y tus goces, que combinaba con las flores del vestido; levantaste la nariz, trataste de bajar la falda empapada de tu cintura, caminaste, sin mirar atrás, hasta el lado del conductor, tus nalgas firmes se contonearon con cierta melancolía teatral, en blanco y negro.

“Sálvame, no quiero estar sola, no quiero caer”, cantaste mirando al frente, las plumas remaban rápido al ritmo disonante de un tambor que retumbaba a lo lejos y rechazaban el aguacero que corría a raudales por el parabrisas; conducías ciega una galera a velocidad de combate en medio de la tormenta, algo resonaba en

tu cabeza, desacorde con lo que sucedía en la cabina; la mirada fija, tus labios modulaban, gesticulando, palabras que todavía no me llegaban. Jah Onfroy pedía perdón por haber pecado, la música brotó sola, desde los parlantes de atrás, la percusión seguía la improvisación electrónica y avanzaba en la melodía con voces superpuestas, mezcladas; conciencia y hombre se encontraban en armonía con un rasgado de cuerdas, golpeado, y acompasaba la voz que repetía una sufrida letanía, se confesaba, el clímax fue un abrazo vulnerable. Creías que tu padre era una deidad y lo admiraste desde que te acordabas; te levantaba sobre sus hombros, te enseñó a mirar la Tierra desde arriba, cometa volando con piola, te dio alas para pedir lo que quisieras, y para que obtuvieras tus caprichos seduciendo, sin llantos ni histerias; te enseñó a estar en el agua, nada de nadar de forma deportiva y vulgar, te enseñaba a respirar y a soltar tu cuerpo en la confianza de sus manos, al principio cerrabas los ojos y flotabas, hoja liviana, respirando apenas; te tocaba con la punta de los dedos delicadamente: la cabeza, un pie, el codo, la espalda, la cadera, empujaba o tiraba de tu cuerpo en el agua; girabas, te trasladabas de forma casi imperceptible, y logró que proyectaras cada pedazo de tu cuerpo en tu mente y los sintieras con cada impulso; creíste que podías controlar las emociones, ocultar el miedo, la desesperación que surgía, por milésimas de segundo, al imaginar que no podrías salir de la piscina, sola; evitabas la sensación de frío o de exceso de calor, sudabas o temblabas de escalofrío a discreción, tus sentidos despertaban urgidos ante cualquier estímulo sobre tu piel; tu mente discriminaba olores, sonidos, figuras, comer era un ritual eucarístico, tu gusto prefería la sal y lo tibio; guarda-

bas detalles de imágenes o situaciones, tomas cerradas, acercamientos, era absolutamente indiferente si era triste o alegre el momento, doloroso. Cierta dolor era éxtasis, extrañabas menstruar, el cólico; la menopausia llegó antes y te sentiste incompleta y desamparada, igual que a los once años cuando abrazaste por última vez a tu padre, en traje de baño, y sentiste la caída recorriéndote por todo el cuerpo, apretándote contra su cadera, expandiéndose en ondas en el agua que chocó contra los bordes de la piscina, y se desbordó.

La lluvia desapareció cuando salimos del túnel y caímos al Valle. La casa del vendedor de analgésicos naturales estaba al pie de una quebrada exclusiva, el perímetro se alumbró el momento en que frenaste el auto a raya, y apretaste el mando, a punto de reventar la puerta de la cochera. Te quitaste los lentes y te arrimaste al asiento, girando, acomodándote, tiraste el cabello hacia atrás y cayó esponjado, en hatos castaños, endurecidos; tu rostro era una sonrisa en ruinas, y en tus ojos sucedía la belleza de un naufragio: brillaban sin tristeza, melancólicos, y tus ojeras tenían trazos negros de alguna caligrafía diluyéndose; detrás de ti, algunas hebras doradas de tu pelo resplandecieron, “mírame las piernas, no tardó”; apenas pude verlas, las rodillas recibían la luz directa de una luminaria que exhibía la arquitectura: líneas rectas y limpias, asépticas, metálicas, y alumbraba esa área para la cámara de vigilancia; grababa mi actitud inmóvil, mirándote con indolencia: la ilustración de una sombra que actuará en el siguiente cuadro; tu regazo sostenía la cartera de los afeites, debajo estaba oscuro; sin embargo creí ver el triángulo depilado de tu pubis, hundido, difumi-

nado con tiza blanca, la piel de gallina, anhelando poder salir de la trampa del pudor, tan opresivo como los ojos de un acechador. Te acercaste y me recorriste la cara de izquierda a derecha, desde las cejas, tus labios, sin tocarme, trazaron mis rasgos, la forma de mi barba, y no tuvieron premura en cada milímetro de mi boca; toqué tus pechos delicados, fríos, con los pezones hundidos en las aureolas, no seguí, no me dejaste, “vamos por un trago, no quiero cogerte vencido”; quería dormir, acurrucarme, mi espalda seguía mojada, moverme significaba un esfuerzo que me podría romper, seguía entumido. La puerta se abrió de tu lado y la luz se atravesó entre tus piernas abiertas, te quedaste de pie mirando el fondo del garaje, vi el retazo de un auto a un lado y, al otro, algunas gradas que subían sin pasamano; el auto se cerró y estuve a punto de dormirme, un hombre me sacudió con brusquedad y me sacó a la rampa adoquinada, hosco me tomó del brazo y me sacudí; “tranquilo, bonito”, te escuché a un lado, no di un paso más y miré tu rostro fresco y hermoso, ridículamente angelical, y me enternecí; diste una señal y el hombre se cruzó delante de mí, pequeño, robusto, más estibador que mayordomo; “gracias, Manolito”, formalizaste, mientras me abrazabas y me dirigías a las gradas del fondo; olías delicioso, a buena vida, a confort, a belleza inconmensurable, olías a lo que yo imaginaba podía oler el Edén, biológico, con la asepsia y brutalidad de una buena película porno; antes de subir el primer peldaño introdujiste en mi boca un par de semillas, tenía la garganta reseca; te veías más alta, casi encima de mí, apretaste mis mejillas y dejaste caer un chorro de *pavo salvaje*, me atoré, iba a toser, tapaste mi boca y nariz hasta que tragué; tiraste de

mi mano y te seguí, tosiendo sin fuerza, aclarando, llevabas un traje de baño de dos piezas, turquesa, y entramos en un corredor amplio, horrorosamente blanco; sobre la pared altísima, un lienzo en bastidor, sin marco, largo, gritaba los brochazos coloridos de una banda de flores que separaba un tercio desde arriba, sobre trazos verticales, infinitos, de pálidos lilas, celestes y grises.

## VII

El chaparrón se soltó en cuanto las luces del parque se encendieron, veía hipnotizado caer las innumerables y veloces gotas que destellaban al cruzar la luminaria gigante en un claro dentro de la arboleda, haces oblicuos encendían las cabelleras que se sacudían por el viento. La música sobre las hojas me traía tu imagen vaporosa, te imaginaba despertando, apresurada, en algún rincón desconocido. El viento soplabá entre la puerta, solo había noche; la señora gorda del apartamento 9 abrió un paraguas, más bien un parasol grande de playa, al salir a la terraza; tiró y apareció un perro o algo parecido, ni alto ni bajo, ni largo ni corto, ni gordo ni flaco, era cualquier cosa que rotó sobre su propio eje y cagó; no quise moverme desde mi posición junto a la ventana, en la oscuridad, Bruno se sobresaltó, hice ruido y tropecé, el perro emitió un silbido; ella se agachó a recoger los excrementos con una funda de plástico que brilló un instante; encendí la lámpara: los pies estaban perdidos en pantuflas atigradas y peludas, llevaba una bata de algodón, sobre los tobillos, se abría a la altura de las rodillas desnudas y carnosas, una enagua le apretaba los muslos, y el cordón se ataba en un lazo en lo que podía ser la cintura; sus pechos emergieron rimbombantes, sujetos, redondos y altivos, un chal, encima de la bata, le cubría la espalda vigorosa, y las puntas caían desiguales de sus hombros; me incorporé, auscultó achinando los ojos, me atravesó entre las aguas, recorrió los estantes de libros, pasó sobre el escritorio, se detuvo en la

cómoda angosta y siguió lo que pudo, llamó su atención el filo de la cama deshecha, husmeaba, y regresó; tenía la mirada divertida, y su boca hizo un mohín, no sé si por mi delgadez o porque se dio cuenta de que no estaba para ser advertida. Ella y su mascota se fundieron en el vano negro, el paraguas saltó ruidosamente y se quedó boca arriba, recogiendo la lluvia; no te rías, Amelia, me quedé pensando en ella, salí y levanté el ‘parasol’, lo aseguré y lo arrimé contra la pared; pasó por mi cabeza el estribillo de la canción del chico de Selena.

El hombre de confianza de tu padre se llevó el Toyota viejo que tomaste apurada para subir a la ciudad en busca del piloto que salió de tu radar por algunas horas; te preguntó inútilmente si podía llevarte a casa, y se acercó, sosteniendo un paraguas en la mano izquierda, ofreciendo cubrirte más, en la oscuridad, a cien metros del Ben; suplicante, el rostro compungido y lleno de compasión, te habló con ese tono de adulto responsable que solo quiere acomodar con cariño el desaliño en la hija del gran jefe; te burlaste una vez más contra su nariz, lo venías haciendo desde que iniciaste la secundaria, ahora estaba realmente viejo; nunca te molestó su deseo, sino su ambigüedad, la cobardía en sus gestos, el temblor de su boca y la putrefacción en sus ojos; “no me quería coger, sino picotearme”, lo veías quieto, esperando, y cuando podía tocarte, apenas te rozaba, “¿estás bien, señorita?”, y huía, volviendo a mirar con distancia, comprobando si te estabas muriendo. Le ordenaste que te diera el dinero, sabías que el ‘ave’ nada hacía sin el consentimiento de tu padre, aunque él ya no se moviera de la casa, continuaba al mando de la compañía de seguros, todo lo resolvía con plata; te rogó una

vez más, y le dijiste que ya era tarde, muy tarde, le tocaste la punta de la nariz y le ofreciste hacerle un mameluco; el hombre de confianza se contrajo, asustado, y exhaló a Roquefort, dudó, te entregó un paquete de billetes nuevos, delicadamente doblados, y te tocó; te estremeciste, muy tarde, le repetiste, ya no eres más que un trapo, y lo dejaste helado, escuchando la vitalidad de tu taconeo sobre la calzada. Le habías hecho bromas así demasiadas veces, y siempre reaccionaba sorprendido.

—Creo que tenía el orgasmo al revés, descargaba y después buscaba un muerto para excitarse. —Reíste con todo tu cuerpo, y tus muslos bronceados se sacudieron, espantando algún mal agüero.

Desataste mi mano y miraste con atención el tajo que había dejado de sangrar, aunque seguía vivo al final de la línea de la vida, pensé que leías: “no me molestan los ancianos, solo los viejos”. Te relaté la batalla contra Aníbal y de cómo vencí su ira salvaje, cómo enfrenté su experiencia para golpear y evité que me hiciera daño; hice caer cada libra de su fortaleza, y quedé de pie en la llanura, igual que el joven Escipión, con apenas un rasguño; besaste la herida y la apretaste, sangró otra vez, “también los niños”; colocaste el fular donde estaba antes, acercaste el rostro y acariciaste con tu mejilla mi sien, tomaste mi cabeza y la llevaste contra tu pecho; un brillo oleoso descendía entre tus senos, estabas fría, una fragancia me inundó, abrigándome, eras lo que había imaginado: la diosa rubia esperando siempre, abriendo diferentes puertas una y otra vez, llevándome a un jardín, a una cama alta y mullida, al pie de una chimenea, en un convertible que corría a más de doscientos kilómetros por hora entre desiertos amarillos,

a un bar nudista, a una cantina del centro, a coger en un parque entre transexuales y prostitutas, a su regazo; olías también a orina y almendras, “nunca cometí errores, no me dejaron”, embrujabas contra mi boca, sin besarme; levantaste la mano, soltándome con ternura, llamando a Josiel. Fuiste a su encuentro dando pasos con soltura, con algunos billetes en una mano y un cigarrillo encendido en la otra; delgada y esbelta, tu cabello tornasolaba del plata al rubio, del dorado a un castaño cerca del cuello, el vestido ligero sugería los trazos definidos de tu espalda, tu cadera y tus piernas; te detuviste dejando, traviesa, un pie adelantado, las nalgas relajadas, hacia afuera, casi perfectas, apenas ensombrecidas por la gravedad; compraste tiempo y alquilaste el espacio, no querías salir, solo crear, esa noche.

Los pájaros generalmente llegan muy temprano a la terraza. Alguno se posa en lo que parece el alféizar de mi ventana, lo veo desde la cama, inquiriendo al interior con notas agudas, brinca sobre sus patas, gira y vuelve a volar. A la hora que menos llueve, cuando el sol ofrece de lejos que va a escampar, o cuando el cielo se encapota muy bajo y chispea, leve, se reúnen con la anciana del apartamento 1; les lleva pan, arroz y avena que extrae de fundas de colores metidas en los bolsillos de un encauchado gris con capucha, se queda de pie cerca del antepecho que da al parque, seca con una toalla el borde y suelta granos y migajas, a la distancia que le permite el brazo. Respira con avidez, mirando el vacío sin expectativa, parece ciega, aunque no puedo ver sus pupilas, la cabeza se orienta en la dirección que va, sin fijarse en algo físico, cercano, camina segura, sabiendo que nada se cruzará en su delante, no

tropieza, evade cualquier estorbo o porquería a su paso. A veces inclina la cabeza, al suelo, adonde siempre terminan demasiados granos de arroz; las palomas bajan y revolotean, picotean sus zapatos de cuero y alrededor, la anciana sacude de uno en uno los pies, el derecho aguanta más en el aire, y las espanta brevemente; ladridos y voces salen del pozo comunitario, ella cierra las bolsas, se coloca la capucha, estira el pañuelo del cuello y se cubre la boca, la nariz, gira y se va por donde vino, repitiendo el sitio exacto de cada pisada anterior. Bruno nunca sale cuando ella aparece, viene junto a mí y se queda quieto observándola, igual que yo, a veces ronronea y su pata es un guante delicado, frota sus bigotes y deja que su lengua devuelva la caricia, esporádicamente.

## VIII

No había orinado después de que se fue el 'odre', caminé dejándote hablarle a la caribeña con picardía y roces de pecho; el culo de la botella solo le abrió el cuero cabelludo, yo podía haberme desangrado realmente; me reía a gusto sentado en el inodoro, no quería intentar no salpicarme de pie, viéndome al espejo, no quería sacudirla, no se sacuden los botones, se secan con papel, luego de que te levantas un poco y dejas que chorreen las últimas gotas, sin pujo ni presión; sirvió el fular, se quedó colgando del tacho de papel, serpiente cansada de bailar la misma tonada de un faquir encantador; lo reventé porque las escleróticas oxidadas me asustan, no por el saludo malicioso, si me percató de ellas es que están demasiado cerca, y creo que voy a contagiarme de algo, podrían matarme; los ojos rojos no me importan así lleven furia, los amarillentos traen rencor y apetitos contenidos de maltratar al otro, el odio circula por esas venas, y es mejor cortarles la circulación en el primer envite. No me gusta la violencia, Amelia, sé para lo que sirve. *El pez solo puede salvarse en el relámpago.*

Por unos ojos así trabamos cómplice amistad con Cello Motos, colaborando para ahuyentar el miedo de los damnificados, recuperar sus muertos de entre los escombros, en la Costa norte; cuatro días después del terremoto, comíamos cerca del mar junto a lo que fuera un peñón simbólico en la punta de la bahía: noche cerrada, las olas reventando abajo, iluminados por los faros de las camio-

netas, apareció gente local, y los muchachos entregaron alimentos y vituallas, y dos hombres se quedaron a charlar con nosotros. Nos habíamos visto las caras en días anteriores, Motos era parte de un equipo de cinco jóvenes voluntarios que iban levantando comedores y refugios para damnificados, registrando la información necesaria para que las autoridades tomaran decisiones, y para que sus contactos privados enviaran equipamiento básico, medicinas, generando resiliencia a través del trabajo comunitario; mis asuntos tenían que ver con la seguridad, observaba, y algo más, para evitar cualquier situación de anarquía, no hacía nada más que recorrer caminos polvorientos o enlodados, tomando whisky, y a veces agua, hablando con oficiales militares y policías, poniendo aquí, retirando allá. Tú no conocías esta historia porque habías dejado de verlo mucho antes, cuando dejaste de frecuentar al otro hombre de tus sueños.

Atrevido con la parroquia, y contigo, sin medias palabras, seguro e inteligente, con respuestas para todo, conquistador, sabía detenerse si quería, jugar si le apetecía, se dejaba llevar por el deseo mutuo, hoja en el cauce violento de un río, golpeaba pervertido y enamorado, a tiempo y lo suficiente. Congresista, casado, con bellos hijos, exministro de Estado, biólogo y teórico del *neosocialismo*; había armado un equipo de comunicación y monitoreo de campo, contigo a la cabeza y Cello de segundo. El científico político hizo tu trabajo porque contigo descubrió un nuevo continente, y le gustó creer que invadía territorios, colonizaba y fundaba; te fotografiaba con minuciosidad, con la paciencia de un botánico dibujando plantas y flores, bichos; hasta que te desfalcó el amor y la confianza que le

entregaste para sus expediciones; creyó que dominaba el amante, el macho alfa de la especie, trató de decirte cómo debían ser tus noches, y tus acciones, imaginó que te mantenía a la distancia necesaria de una vara para apartar animales peligrosos; nunca se enteró que le obedecías porque te gustaba, no porque le temieses o respetaras. Le diste vuelta al lazo, lo dejaste, con una carta profesional y un golpe de puerta personal; no aguantó, se fue volviendo loco, un perro adicto: te acercabas, a veces, y sus pupilas se dilataban, anegándose; perdió todo, “menos la familia”, acentuaste, guardándote un poco de altruismo; te metías en la cafetería de la universidad, donde además daba clases, a tomarte un café cerca de él, a fumar debajo del árbol en medio del jardín del campus principal, y disfrutaste de verlo temblando, impotente, falo carcomiéndose, solo hiedra; tu frialdad lo volvió nervioso y se perdió en la ciudad, en el país y en el continente; se había ido a morir en Vík í Mýrdal estudiando el comportamiento social de los rorcuales azules. Nada hay nada más hermoso, tierno y desolador que tu risa, no es macabra, es divertida como un carrusel girando iluminado, sin nadie montado en los caballitos.

Josiel perreaba un tema pálido, idéntico a los huesos de un muerto, la misma voz reproducida para que pareciera un dúo o trío, la santa trinidad era demolida en el *twerking* incesante, a veces veloz, impetuoso, lento; el bajo daba los tiempos para que la cadera quebrara, en giros lentos, de ida y vuelta, y la melodía provocaba la caída del torso: los cabellos negros y ondulados recogían el polvo de las baldosas oscuras, mate, tremolando, regresaba cuando la voz alargaba la nota e intentaba un calderón, sin alcanzarlo; la danza

de la caribeña, a ratos histórica, nada tenía que ver con la canción: una fusión de rap, rock alternativo, y góspel en los lamentos, la guitarra detrás rasgando una balada, y el bajo al final clausuraba con campanadas y una bendición. La canción se repetía sin fin desde tu teléfono conectado por aire al reproductor del Ben; el bar estaba cerrado para afuera, el ayudante mudo había partido con buena propina; cerca de la mesa de ping pong, Josiel no paraba de bailar, su rostro era una máscara en éxtasis que planeaba lejos de allí, de mí, de lo que ocurría en ti delante del sofá; la ventana gigante detrás deteniendo el aguacero y desfigurando las luces que, de pronto, se encendían, transitando, en lapsos más largos, como si el planeta se alejara de nosotros; la barra era mía y bebí de pie durante el trance.

Tenías los brazos levantados, las muñecas cruzadas, atadas con el aire desde el techo, las manos sueltas se sacudían, despertándose, giraban hacia arriba en un espiral que nacía desde tus hombros, la cintura seguía el ritmo, agarrando cada acento musical, a contrapunto con los movimientos de la cabeza, la cadera giraba, media vuelta a la derecha, luego a la izquierda, y los pies, descalzos, en puntas, no salían de algunos centímetros cuadrados, elevándose o cayendo según la necesidad de la danza; tu cuerpo se dividía en partes armónicas que rotaban, yéndose una de otra sin soltarse, y se rencontraban para volver a formar nuevas figuras precisas, rítmicas, imperceptibles. La voz hablaba al inicio, tus ojos miraban al cielorraso y bajaban con el acuerdo de los versos; cantabas quedo, tus labios rojos, brillantes, formaban cada palabra del poema de Onfroy; eras una medusa, angula, cardumen huyendo con cadencia:

*I've dug two graves for us, my dear  
Can't pretend that I was perfect, leaving you in fear  
Oh man, what a world, the things I hear  
If I could act on my revenge, no, would I?  
Some kill, some steal, some break your heart  
And you'd have thought that I would let it go, and let you  
walk  
Well, broken hearts break bones, so break up fast  
And I don't wanna let it go, so in my grave I'll rot  
I've dug two graves for us, my dear  
Can't pretend that I was perfect, leaving you in fear (...)  
If I could act on my revenge, no, would I*

Las venas de agua sobre el vidrio seguían tus lamentos, lágrimas que ocultaban un dolor que no explotaba, que debía resolverse en ti: “*In my grave, I'll rot*”, gritabas cada vez más grave, angustiada, ronca, y a veces sin sonido, continuabas bailando como si el movimiento de tu cuerpo pudiera conseguir la continuidad del universo, y a la vez detuviera todo lo que habías empezado. Me acerqué con un vaso de whisky y me atravesé, traté de acompañarte en la cadencia, paraste, tus pupilas me aguijonearon centímetros más abajo; colocaste una mano sobre mi hombro, y buscaste los zapatos con los pies y te calzaste. Bebiste el trago, me devolviste el vaso y me acariciaste la quijada, “si me quitas todo este dolor, te dejo libre”, me propusiste con un beso lúbrico, voraz.

## IX

La terraza era diez lavanderías, cinco al norte y otras tantas al sur, con sendas piedras para estregar y tanques para recoger agua, divididas en rectángulos por mallas de alambre, entre ellas la cubierta de losa, elevada a dos metros de altura sobre paredes de bloque, que remata la torre cuadrada del graderío comunal y da acceso al área de distribución, y en los flancos, las dos torrecillas de los ductos de ventilación. Ahora ya no se dividen los tendederos; quedan un par de piedras, monolitos recordando que antes, en la gran ciudad, se lavaba la ropa a mano y a la intemperie, aprovechando el sol; han colocado horquillas de tubo a prudente distancia entre sí, y tensados alambres para colgar prendas; las últimas dos semanas nadie ha tendido nada porque la lluvia no ha cejado en su empeño de baldear la ciudad, o regar los jardines, cuando menos. Alguna de las mañanas, cuando trasteaba mis cosas, los alambres estaban llenos de ropa grande, de cama, trapos de limpieza, nada personal ni particular; el sol golpeaba con furia, y los humores de la mierda secándose fue lo primero que me impresionó de mi nuevo habitáculo, algo de cloro y detergente traía el viento nimio, fresco, que cruzaba.

El profesor Alcides había comprado también el apartamento 6, al principio para vivir en toda la planta, luego terminaría arrendándolo a un par de jóvenes creativos, y se asoció con el propietario del número 7; decidieron construir en el área los tres tendederos del lado sur, esta

celda que él llamó suite, y que tú, Amelia, habrías llamado británicamente *loft*: inodoro con ducha, en un cubo de bloque enlucido con cemento, y puerta corrediza de aluminio y plástico, mesón, lavabo; y el ventanuco comparte la vista, al oriente, con la salida estrecha del pozo comunal, de las copas de los árboles viejos, pinos y eucaliptos, y del cielo casi siempre bajo y cerrado desde que vivo aquí. En el occidente se levanta la gran montaña verde, azul y negra normalmente, a ratos cubierta por espesa niebla, casi nunca la veo, está a las espaldas de este y otros condominios, es un ídolo gigante que acecha; lo imagino rugiendo de impotencia, a punto de caer sobre lo que se ha levantado a sus pies de barro. Mi puerta mira al norte, en diagonal a la puerta de acceso al pozo comunitario, y se repiten terrazas, más o menos idénticas, oscuras o iluminadas, hacia un infinito punto de fuga.

Caían abundantes hilos gruesos de agua caliente. La ducha era el cielo niquelado del cuarto de baño gris grafito, veteado de blanco, me balanceaba al filo de la ebriedad, volviendo en mí; tú estabas del otro lado, en el área de estío, sentada en un bidé, seca y reluciente, desnuda, calzando un par de zapatos azules de tacón largo y agudo: destornillador de copa. Estábamos en la casa del señor Salmón, en alguna parte dialogaban instrumentos de cuerda con cierta jovialidad; no recordaba del todo el intervalo entre ese momento y el anterior, cuando me arrastraste vertiginosamente por el pasillo de luz; no podía apoyarme en ninguna pared, era una locura blanca, prolongada, un par de veces me diste a beber de la botella y te reías con algarabía, saltando en un campo nevado, tibio, sin horizonte, restos de whisky cayeron y rodaron: ámbar

sobre la superficie lisa, giraron y se fueron quedando en los bordes de un cuenco de porcelana, pepas, vetas de oro se mezclaban con verdes, rojos y negros; nos tendimos en un amplio mueble suave, cuadrado, cubierto por una colcha bordada de trepas, formando un mosaico de cientos y cientos de rombos multicolores, bajo la mirada soberbia, inquisitiva de una mujer: su cuerpo se deshacía entre las ramas doradas de un árbol seco que carcomía el bermellón de la túnica que caía desde sus hombros; llevaba una serpiente enroscada en el brazo diestro levantado, bebiendo de un plato sostenido en la palma abierta de la mano siniestra; todo en la pintura, menos el rostro, parecía desmoronarse, indetenible. Fumabas muy cerca, para los dos.

El señor Salmón hubiera sido tu marido, y no pudo ser porque era un mariguanero de primera clase; te declaró su amor completamente ido, gritándote poemas escabrosos y perversos; tú ya estabas de novia del principito y, con todo el egoísmo de una bella flor; creíste que viajarías por todos los planetas y serías feliz con el escogido, haciendo todo lo que soñabas, porque te merecías el mundo, según tu papá, y serías eternamente reina, según tu mamá. Te gustaban las procacidades del joven Salmón y te masturbabas con esas palabras, con los *close up* de las revistas *Hustler* que tus hermanos guardaban, y con las imágenes de tus padres retorciéndose en el dormitorio: ella repetía 'sí, señor', aunque delante de todos le decía 'querido', como si el adjetivo fuera único para él. El joven Salmón era hijo de otro amigo de tu papá; eran una gallada que se mantenía unida por clase, apellidos, negocios y algún que otro secreto, al final la mayoría con futuro y poder asegurados; de no ser así, lo compraban, hurtaban o secuestraban, era

un asunto de oportunidades; los escuchabas ironizar en la biblioteca, donde bebían y fumaban después de alguna tarde de asado en el jardín; se juntaban las damas por ahí, y por allá los jóvenes; el principito charlaba atildado y caballero, más serio de lo que correspondía, reprimido y moralista, a punto de obtener su profesión; “no me di cuenta hasta que me dejó”; y el joven Salmón, borracho y fumado, andaba por ahí robando plata y chucherías de las carteras de las señoras para comprarse mota y ‘semillas’; cada vez que podía se acercaba, te recitaba versos eróticos en el oído y te metía la mano debajo de la falda; “me desarmaba”.

Ibas a caer sin cuidado y a satisfacción. Tu padre intervino a tiempo, te llamó a la biblioteca y se levantó a abrazarte en cuanto entraste, se sentaron en el silloncito para dos al otro extremo del escritorio, debajo del retrato de tu abuelo, cerca de fotografías de la familia y de una imagen de la “Cena en Emaús”; te comentó, con cierta gravedad, que el joven Salmón había sido enviado a una clínica de recuperación en New York, entre delirios habría declarado que te amaba y juraba cambiar, dejar los vicios, solo por ti, y que, de algún modo, ponía en duda tu reputación, “reputa, le obedecí a él y no a mi coño”; nadie le creyó, por supuesto, y menos tu padre que ya había resuelto el futuro; te sugirió que salieras más con el principito, que intimaran de una vez, y comunicó que se casarían en cuanto concluyeras el bachillerato; no pudiste evitar llorar y tu padre te tomó de las manos, dijo que entendía, te había visto contenta con el salaz y disoluto Salmón, él, mejor que nadie, podía comprender el calor de la sangre joven; te atrajo para otro abrazo paternal, y te excitó, te sonrojaste

y creíste que se mojaba el sillón, él se percató y se puso de pie de inmediato, lo sentiste también a él; supiste que te acababa de hacer un extraño chantaje con algo que no habías cometido aún. Te besó en la frente con ardor y casi te empujó para que salieras; en sus ojos viste tu misma locura, reflejada, además, en la mirada de Paulo Sexto — presenciando en el televisor el alunizaje del módulo Eagle en julio de 1969, mes y año de tu nacimiento— colgado de la pared, junto a la puerta.

Deliraba. Un cuarteto de cuerdas se enfrentaba disonante, a momentos acordaban ir juntos en una sola armonía, rompían nuevamente y vibraban nerviosos, chillaban los violines y la viola mordía, y el violonchelo daba dentelladas; en el silencio me atrapaste ya desnudo por tus propias manos, y nos retorcimos en un apareo apasionado, mecidos por el jadeo lento; luchábamos por atraparnos, nos escurríamos, enredándonos y soltándonos, te veía naciendo de mí y devorado al mismo tiempo en giros veloces, en trampas que me ahogaban, y me liberaba con aire de tu boca; todas las palabras de la rabia y el coito, del amor y la súplica, fueron cantadas y ordenadas, pedidas, tan pocas silenciadas; sentí mi derrota en el descenso lentísimo de tus brazos, en la caída de tu cuerpo sudando, en el extraño mohín de satisfacción desolada, larga, profunda de tus labios. Te habías enamorado tantas veces, bastaba que lo decidieras y te sucedía, te enamorabas locamente por minutos, horas, días, o meses; esa era la primera vez que no habías decidido enamorarte, “te amo”, susurraste, y otro apetito brotó de tus pupilas, renaciendo, giraste para mirar las vigas oblicuas, encima de Hígia, que sostenían el alto cielorraso sin luz; laso apoyé mi cabeza

sobre tu pecho, me fui quedando dormido: dentro, en mi cabeza, muy adentro, escuchaba el desesperante llanto de un niño. Tampoco te creí.

## X

“¿Me matarías, bonito?”, pedías casi ronroneando, como si de rascarte la espalda se tratara, “si te lo pido, ¿me matarías?”, me seducías, acercándote sobre la cama mugrienta del motel, olvidando que te asqueaba; te alejabas y pedías contra las paredes, “júrame, por lo menos, que me acompañarás si me mato”, exigías melodramática, lamías los restos de coca y retornabas; “¡júrame!”, gritabas una y otra vez, llevando todo al límite; mi impavidez, o algo en ti, hacía que siguieras hablándome, escarneciéndote, hablando de ti misma, siendo otra. Te seguía en las modulaciones de tu voz, en las formas de tu cuerpo contoneándose entre lo bello y lo espantoso; la tristeza y la furia hacían verte hermosa, vital y decadente; tus ojos jugaban a descubrirme, desmintiendo tus propias palabras, negándote, declarándome amor; buscabas un momento que te permitiera burlarte de una vez de mí. No podía decir una palabra, aceptar o negarme, el colibrí me sacó de mis cabales, Amelia, me tenía concentrado en la quijada, intentaba moverla.

Las gotas caían del alero de la ‘suite’ con la alegría de la sonata número 2 (obra 19) de Scriabin; la mañana decaía, de pronto, la lluvia aceleró en un chubasco y volvió a la vaguedad de la garúa. Bruno estaba a la expectativa de poder irse graderío abajo, sentado sobre el tapete detrás de la puerta; tuvo que recular hacia el abrigo de su concha-cama, un vocerío infantil vino primero, luego, los cuatro niños del

apartamento 8 se agarraban y se soltaban, se empujaban, se reían en un ritual que solo ellos entendían, se escuchaban liberados; gorras y chaquetas de colores aparecían y desaparecían ante mi vista, a veces pasaban de uno en uno, en diapositivas, o en una ronda continua de imágenes: dos parejas entre los cuatro y diez años, rostros esbozados, gestos pixelados; voces que proponían y otras que aceptaban, una que se negaba a todo. Jugaban a las escondidas en este pedazo de cemento que no podía esconder nada más que a mí, a menos que saltaran a las nubes; sin embargo, iban detrás de los monolitos, de las torrecillas, o del rincón exterior de mi celda. Cada uno buscaba según su turno a los demás, y cada descubrimiento era festejado con chillidos de sobresalto y sorpresa representados; solo una voz no era cómplice, no hacía que se escondía, se quedaba de pie, en medio de ninguna parte: “agáchate”, “más atrás”, “cierra los ojos y no te verá”, “no hables”; los otros la evadían, pretendían que no la veían y, de pronto, la encontraban, y ella emitía un grito largo y agudo, de desahogo, reían; ella no buscaba porque los veía, repetían el juego. Lloviznó más fuerte y no les quedó más remedio que meterse en el rellano que inicia el descenso al pozo; “tengo frío”, “no todavía”, “quiero ir a la casa”. El sendero de luz y agua me llevaba sobre las otras terrazas abandonadas, al fondo blanco de un cielo vaciándose constantemente, una rémora impedía salir y respirar; realmente no había nada más de lo que llevamos dentro, eso dijiste: “me duele vivir, porque todo está aquí adentro”, y buscabas coca entre el elástico del sostén y tu piel, bajo los sobacos. Continuaban los niños discutiendo si volvían o no al apartamento, en realidad solo ella insistía y no quería entender: “dijo

mínimo una hora”, “espera”, “juguemos manitas calientes”, “yo te abrazo”, “no, eres grosero”, “vamos ya”, “no podemos”; empezó a sollozar y a llamar a su mamá, las otras voces trataban de callarla, de entretenerla, “¿hago magia?”, “¿por qué no podemos ir?”, “cierra los ojos”, “no, tengo frío”; “¿por qué no podemos ir a la casa?”; se callaron un instante, querían recibir una señal, escuchar en el aire algo más que la lluvia, volvieron las frases: “están gozando”, “no podemos entrar todavía”, “yo también quiero”, “si la abuelita está ahí”, “ella no existe”, “nos castigará”, “solo los adultos pueden gozar”. Ella volvió a chillar, esta vez de alegría, bajaron.

No fuiste a París, olvidaste que tenías que asistir a tu matrimonio, los juegos con el principito estaban en su apogeo; imaginaste la posibilidad de que te dejarían concluir los estudios de francés en la Alianza y te enviarían en verano a Europa, parecía tu sueño esa costumbre; no te importaba, fue tu madre quien te contó tantas veces, hace más de treinta años, su viaje a la Ciudad Luz, a fines de los cincuenta; travesía anodina en general, había asistido al concierto de Charles Aznavour en el Olympia, y en una noche de aburrimiento, ambulando por Val de Grace, descubrió la vida de Luisa Brooks, en una retrospectiva de cine mudo, en la Cinemateca de la calle Ulm, número 29, del distrito 5; preciosa actriz norteamericana que igual bailaba, cantaba, tenía sexo y bebía libre, le gustaba a todos los hombres y a no pocas mujeres; dejó la actuación porque detestaba el cine sonoro, prefería el ruido de las grandes ciudades, la algarabía escandalosa de su existencia, el rumor de su desencanto por la vida, creía que si las películas repetían los sonidos de la realidad, las

voces de los personajes, acabarían con la fantasía de los espectadores, no sería más que una burda repetición de la cotidianidad. Tu madre paseaba felizmente sola, camino del Panteón de París, imaginándose a sí misma en las vidas de Lulú y de Thymian, disfrutando las horas que le quedaban de su último verano, soltera. Te besaba levemente en los labios cada vez que repetía cuánto se había estremecido, con el fondo de su corazón humedecido, al extraviarse en las miradas elocuentes, casi enloquecidas, de los personajes, y el beso apasionado con Alice Roberts (la condesa Geschwitz), en la pantalla temblorosa; nadie cerca, lo había disfrutado con el descaro permitido en la penumbra, con la libertad que le otorgaba el encierro de la sala semivacía.

La boda con el principito fue un arreglo empresarial, y de clase, entre los señores, uno ganaba en acciones y el otro lograba que te cases bajo los preceptos de Dios; tu ‘vaginoprontismo’ había sido un hecho que todos conocían, menos tú, en sentido moral y comercial, porque en tu libido lo disfrutabas plenamente. En el *penthouse* solo la vista fue tuya, y los tiempos de sueño, lo demás fue el experimento libérrimo en los quehaceres del deseo, en las posibilidades de los cuerpos, en la osadía y la fantasía que potenciaban algo de hierba y mucho alcohol; meses de euforia, hasta que la falta de un dolor te provocó otro mayor: te embarazaste, y la familia empezó a intervenir, a decirte lo que tenías que hacer; el principito iba cambiando, no del todo, poco a poco fue asumiendo el papel de señor, y los juegos fueron cada vez más leves, creció cierta perversión al filo de los deseos que provocaba la misma gravedad. Las últimas semanas de embarazo te acompañaba

tu madre y trató de adiestrarte en cómo ser mamá, y esposa en sociedad; se acabó la fiesta, te decía, y no sabías a qué se refería, el principito te había aceptado así, y ahora debías controlarte y cuidar de su buen nombre, “el cerdo era él, le seguía el juego y me gustaba. Le pedía, claro que le pedía”. Hablando de mujer a mujer, tu madre no te creyó que el principito fuera el primero, y, hablando de hombre a hombre, por las infidencias del principito, eras una desvergonzada absoluta, lo que deseabas en la cama, y donde fuese posible, con tu marido, no era decente; “trogloditas, me juzgaron, puta, y mi mamá con ellos”. Tus derrotas y recuerdos habían sido escritos, no había triunfos; los buenos momentos solo te pertenecían porque formaban parte de tu infancia; trataste de que pasara, pasa un mal olor y lo olvidas, intentaste creer que la vida te pertenecía, y creíste, entre ridículos rezos, que dabas vida, que el dolor que sentiste y casi te destruyó, cuando pariste iba a recompensarte con extendida felicidad; gozaste parir: te dio un orgasmo gigante con muchos enanos detrás, y otro más grande todavía, y más, y más enanos; convulsionabas, y te desmayaste, despacio, escuchando el llanto de los recién nacidos; no sentiste curiosidad sino ganas de dormir, solo dormir, metiendo las manos entre los muslos, no podías, estabas herida, y resentiste ese dolor que se fue apagando y quedándose en algún lugar donde reside el rencor.

Despertaste en una habitación inmensa con los mellizos a un lado, dos niñeras cerca y una nodriza traída del campo con su propio bebé; “una vaca alquilada para alimentar a mis hijos”, al de ella le daban fórmula y le regalaban docenas de latas para que se llevara a su casa, para que sus otros terneros, paridos cada año, crecieran sanos

y fuertes también; te burlabas de tu maternidad, no produjiste leche, les metías el biberón y no sentías nada, nada de lo que te decían las amigas, tu hermana, tu madre misma; insistían que la devoción vendría enseguida, la ternura emergería con el pasar de las horas; fue un gran evento que te transformó, te hizo volver a sentir conciencia de tu cuerpo y de tu mente, aislándote de los demás, e intentaste que pasara lo mismo con tus hijos: tener conciencia de su llegada, sentirlos; lograbas quererlos cada día como te querías a ti misma, por intervalos, con más o menos interés, no te soportabas, y a ratos solo querías acariciarte. Tu abuela apareció semanas antes de morir de un infarto, a solas te tomó de la mano y te miró breves minutos, “quíerelos sin esfuerzo, no vale la pena”; y no entendiste qué no valía la pena, ¿ser hembra?, ¿no saber ser madre?, “todo fue una contradicción”; te diagnosticaron síndrome posparto y algún médico te recetó pastillas para la depresión; tuviste tiempos maternales deliciosos, y te hizo falta algo más, fuiste en busca del principito, él te miró con la distancia que merece alguien que se ha recuperado de alguna enfermedad perniciosa; gritaste, protestaste y reclamaste derechos, te concedió todo, menos sexo, y se fue, haciendo todos los arreglos. Te dejó el principito, reina, porque el síndrome te hizo odiarlo, no había forma de sanar esa fobia, murmuró la sociedad, casos más raros se habían visto; te dejó tu marido, reina, porque al principito no se le ocurría que podías ser la madre de sus vástagos, eras solo una flor para cortar, y ni siquiera eso; él quería una mujer aséptica para formar una familia sana, que viviera en una casa desinfectada en un terreno ecológicamente equilibrado; creíste que perdías. En la noche, mientras

jugabas con un frasco de perfume, no te hizo falta él sino la humanidad, su cuerpo, y soñaste con el chofer, con algunos trotadores que alcanzabas a ver en la avenida en las madrugadas, recordaste a Salmón. Quisiste a tus hijos sin esfuerzo, estaban ahí, eran parte de ti y eso era suficiente, tenías todo lo necesario para que crecieran sanos y felices; el amor maternal estaba allí, en ciertos gestos, en los instantes en que el tiempo, juntos, no existía; en realidad no valía la pena el esfuerzo, los querías, no valía la pena preocuparse, había suficientes personas para cuidarlos. No había quién cuidara de ti.

## XI

Las sirenas enloquecidas ululaban debajo de la noche, un ventarrón abrió de una vez la puerta; el agua era una vela hinchada empujando, y los condominios los ejes innumerables de la rueda de timón que hacía girar el mundo. Bruno saltó y nos atrapamos en el aire, miramos a través del ventanuco, los árboles fantasmagóricos, desaforados y rugientes trataban de alcanzar el sur, la ruta que lleva a mar abierto, el agua apenas corría en los vidrios; en el bosque, los ojos encendidos de una víbora fantástica, en película de escaso presupuesto, avanzaba por los paseos del parque hasta que la sirena desmayó; un patrullero se detuvo entre los pinos jóvenes y el viejo eucalipto de copa en forma de proyectil buscando la luna, y alumbró al basurero: dos sombras parecían golpearse y chocaban contra el latón que retumbaba, alguien abrió alguna ventana para mirar también la razón del escándalo, y el agudo lírico se tomó la situación, al menos la mía, y vibró: *Oh won't you stay, just a little bit a longer; please, please, please, say you will, say you will...*, se caían, gateaban, se usaban mutuamente para levantarse y continuar golpeándose. Gritabas al amanecer, ese martes, ante la puerta del Shootes, porque querías bailar y, desde adentro del Ben, Jackson Browne te halagaba; yo te miraba manotear la lluvia ante la cerrada tiniebla del antro, pegabas alaridos y pretendías bailar sobre los charcos; el cabello asió los gestos de tu rostro suplicante, enérgico, sensual y vulnerable,

y Josiel te atrapó y arrastró de vuelta. Un policía bajó del auto con una linterna cuando las figuras se detuvieron y se sentaron en el agua, contra el basurero; les habló brevemente con el haz de luz alternándose en lo que fueran los rostros, y los abandonó; el animal retrocedió bajo los árboles y todo regresó a la oscuridad urbana; recordé la puerta y el agua, ya no soplaba el viento, apenas lloviznaba, “¡eres un hijo de puta!”, resonó la recriminación entre los callejones de los condominios, al mismo tiempo que intentaba empujar el tapete empapado y cerrar las hojas con el brazo extendido para evitar mojarme; el gato miraba la estupidez de mis actos desde el escritorio, con los ojos encendidos, junto a la lámpara apagada.

No hubo energía en toda la provincia por siete días; aquella noche, junto a la bahía, no veíamos nada más que a nosotros mismos, bebíamos el whisky que llevaba en el cajón de la camioneta, junto a un par de maletas, vituallas y algunas herramientas que iba entregando a discreción, y al azar, entre los habitantes de las fincas azotadas por el sismo: construcciones empíricas, la mayoría vetustas, se habían caído en el interior de los montes; los campesinos asustados temían trabajar la tierra, salir a comerciar los productos por terror a que la muerte los tomara desprevenidos y perecieran tragados o aplastados sin alguien cerca que los acompañara, sin la virgen o el santo de su devoción. La brisa refrescaba sobre la playa contra los restos del peñón en forma de duna negra; Cello Motos se había casado recientemente y tenía a su mujer embarazada, lo comentaba, realizado, la felicidad del género humano era suya, treintaicinco años y formalizaba su vida; antes vivía de aquí para allá luego de un matrimonio desastroso por

los celos enfermizos de la señora, a causa de la liviandad de los ojos castaños del joven que no podía evitar salir de juerga cada semana con sendas compañías; le costó cierta tristeza, la tranquilidad de tener a alguien esperándolo con calma, la hipoteca de la casa y algunas deudas que tuvo que asumir por ser un bendito desgraciado; la risa alegre enlazaba las anécdotas sin amargura ni resentimientos, más bien se amparaba en cierto orgullo de tener una vida para contarla; se movía libremente, ayudando en medio de la tragedia, soñando en las grandezas que le correspondían a la clase media alta que ostentaba casi con impudicia; buen tipo, sin malicia en las entrañas, era un hombre sencillo con gustos caros, y una mujer decididamente hermosa que quería salir en portadas de revistas con la naturalidad con la que sale un futbolista en su apogeo.

Tiago y Manú hablaban hasta por los codos de fútbol y de autos, eran una pareja extraña, algo disoluta, mujeres y sexo de burdel les enervaba a orillas del mar; el uno largo: una vara atezada con barbas de monje, y el otro más bien fornido, rosado, a punto de quemarse por el sol, era incapaz de ocultar sus emociones, mentir le estaba prohibido por un hechizo, cuando entraba en temas serios, de opinión, o de gustos muy personales, prefería callar, evadirse haciendo preguntas inanes que no impedían que se riera de sí mismo, la verdad le daba carácter y fuerza, esa noche pareció un titán; con Cello hacían un trío que trabajaba unido en ciertos proyectos desde los años de facultad. No lo supiste, Amelia, porque juraron callar, aunque contigo hayan corrido algunas faenas, además, a ti las confidencias de los 'niños' nunca te interesaron; yo

no tenía que hacerlo, no era necesario, trabajo callado; los otros dos eran conocidos de cualquiera, habían llegado de otros países para ayudar a salvar vidas, con la ridícula espiritualidad de devolver lo recibido; trabajaban con seriedad, con agendas y cuadros de distribución, datos de personas y georreferencia de lugares visitados, alertas con el registro de los epicentros de las constantes réplicas que continuaron, inclusive, meses después del gran sismo. Alguien más que su propia voluntariedad y capacidad privada de gasto los financiaba, son parte de la urdimbre que alguien teje y jode al mundo, al parecer lo van sosteniendo con estudios, fórmulas, estadísticas y estrategias que lo minan: deliran de placer por la devota solidaridad que muestran con quienes no sirven para soñar porque ni siquiera pueden dormir, cuestión de suerte y ascendencia. Yo tampoco duermo demasiado, Amelia, no me alcanza el tiempo para descubrir por qué todos estos me provocan piedad, y los demás, hastío; menos tu ausencia, mejor dicho, el no saber si estás viva o muerta de risa en otra jaula.

El oleaje reventaba allá, cerca y al fondo, a la vez, de un abismo, nada se veía alrededor, algún vehículo de patrullaje pasó y el resto fue un vacío infinito; sentíamos la adrenalina de estar corriendo, rodando a velocidad inusitada, con la sospecha de que la Tierra podía caerse de un momento a otro, risa y espanto acompañaban los diálogos y monólogos; los hombres de la localidad casi no se movieron de entre nosotros, adulando las historias, riéndose del sinsentido de las bromas y la ebriedad; uno de los dos regresó de la oscuridad con algo en la mano y abrazó a Cello con demasiada fuerza, él se quejó, Tiago fue a desatarlo y recibió un planazo de machete en la oreja,

lo revolcó, y rodó fuera de las luces de los faros encendidos del vehículo en el que yo andaba; alguien ofreció no destazarlos, se llevarían las camionetas y nuestras pertenencias; otros dos hombres vinieron del mar, armados de acero, y exigieron que nos reuniéramos dentro de la luz, golpearon los autos; Cello se acercó, casi me besó, sus ojos despavoridos señalaron detrás de mí, me empujó y caí en la arena fría, tragué, tosí, escupí y me levanté: todo sucedió de forma frenética, cortada por los haces de luz, nadie se quedó quieto; Manú entraba y salía de la oscuridad hablando de paz y tranquilidad, hubiese caído descabezado si no fuera porque Tiago salió de alguna parte y arrastró al envarado monje a la nada; los otros dos muchachos desaparecieron, el hombre que estuvo a mis espaldas se acercó con el machete levantado, a punto de asestarme el golpe adelanté un paso y alcancé a tomarlo de un trapo que vestía y del cuello, gritó, apestaba a vómito y a yodo, sus ojos saltones, embrutecidos, estaban oxidados, llenos de pus, me hundía en la arena, resbalaba y caía, solo tenía cuatro dientes inferiores adelante, detrás estaba hueco, le brillaron las encías y el paladar, no lograba sostener su brazo, llamé: un disparo le explotó el maxilar superior y parte de la nariz, caímos. Cello estaba agazapado entre dos camionetas y otro hombre se le iba encima; Tiago, desde abajo, con un golpe de hombro en el culo lo levantó y lo impulsó encima del capó; Manú evadía los golpes del tercer atacante en un juego de reacción y reflejos; me hice del machete del muerto, fui detrás de uno de ellos, otro tiro reventó y calló en el instante en que le ensarté un golpe al cuerpo que brotó de la oscuridad; Tiago retrocedía ante el avance del último asesino, tropezó y se sentó, levantó los

brazos para cubrirse la cara y un tiro en la sien destelló en el fondo negro. El golpe de las olas retumbó en mi cabeza, rompían dentro, combatiendo al silencio del universo, creí ver la espuma deshaciéndose en las rocas, agarrándose de la playa, y el agua retrocediendo hacia la amenaza de luz en el horizonte.

## XII

Cada fin de tarde de aquellos días pasaste por el Ben, creí que te había impactado mi frívola, inadecuada y perecible presencia; me río de mí, rubia de Lempicka, tus representaciones no me provocaron risa; supe enseguida que las cosas y la gente te pasaban bajo los lóbulos de las orejas, los tocabas porque te irritaba la joyería y, en señal de alerta, cuando creías que te repetías; actuabas con naturalidad sin escuela ni método, por simple conocimiento, evitabas repetirte aunque no dejaras de ser tú bajo esas máscaras que llevabas; cambiabas de rol antes que de vestuario, solo la primavera continuaba en tus ojos, un clisé, temperamental y en celo; eras tú y algunas otras.

Juana Fernández me acompaña raras veces, leo sus textos, su diario incompleto en particular, es mi devocionario; no avanzo en mi crónica, quizá retrocedo, ya no apunto, tacho, mi *laptop* vacía su memoria al mismo tiempo que resuelvo, mirándome las uñas largas de los pies: *lo sé todo y nada vale la pena*; me siento inútil como la lluvia perenne, insecto apaciguado en el rincón de un desván, sin nostalgia, consciente apenas de la eternidad que me corresponde; el gato se ha ido sin que lo vea, puede salir cuando quiera. ¿Sales tú? “*Soy la misma muchacha que hace años trajiste a tu lado*. Estoy en París. T.”, mensaje de mayo de 1926 enviado a Juana por la novelista Teresa Parra Sanojo. “Ha vuelto de Caracas. La dulzura grave de su voz es albricia, elocuente y exótica, su caligrafía es firme y delicada como el lápiz con que escribe. Al parecer

acabó ese asunto con el Embajador. Alfonso no ha dicho nada al respecto, come con Gonzalo y Ventura en ese hotelito *du quai d'Orsay*, son divertidas sus andanzas secretas, igual que las peripecias de los personajes de Anatole. Luisa quiere ir a la exposición de la Villanueva, en la galería Devambez en el boulevard *Malesherbes*. Le hablé de su desnudo, maravillosa fuerza expresiva, usa el color con melancolía y cierto dejo de obsesión escondida. Extraños ojos. Tienen algún defecto, seducen, quizá porque siempre miran a las estrellas”.

Un mirlo afilaba el pico amarillo en la jamba de la ventana, la anciana del apartamento 1 cruzó, de salida, la terraza. Dos cabezas con gorras de lana y hebras de cabello saliendo a la altura de las orejas se juntaron, sostenían un rollo largo, el extremo se quedó quieto y el resto salió de mi vista, se abrió; era una estera de esparto, tal vez un tejido de punto grueso más liviano y poroso, con manchas de diversos colores por doquier, desde el centro del vano alguien apuntaba con una cámara hacia los árboles; dejaron caer una suerte de forro de la parte de abajo y luego de contar hasta tres la sacudieron, escuché un trueno vago, pesado, y enseguida el par de manos tiraron para templar, esperaron a que las gotas de la llovizna se asentaran, rocío imperceptible; volvieron a sacudir y saltaron puntos rojos y azules, otros de tonalidades diversas, y subieron entre la garúa transparente; en un brevísimo momento vi un paisaje contra la cúpula gris del cielo, encima de las terrazas, caían los colores y parecían ligeras cometas soltadas al viento; repitieron una vez más el acto, recogieron enseguida el rollo y el plástico, esta vez sin diligencia, y descendieron casi atropellándose, huyendo del

experimento y el frío. Son los artistas del apartamento 6, aunque puedo confundirme, con el de la cámara eran tres personas, lo pensé un instante, no es que me importara, a veces termino dedicándole atención a los cuernos de un caballo. Bruno subía maullando un concierto de serrucho destemplado, me acerqué a la puerta buscando restos de la experiencia de color, en el piso se desvanecieron las huellas de las patas delanteras del gato que saltó hacia mí y pasó entre las piernas. Tus pasos no sonaron sobre el mármol vetado de blanco en el baño del señor Salmón, ni dejaste huellas cuando te alejaste, luego de cubrirme con la toalla suave, tibia, y de mordirme la barba, protesté adolorido.

Llegaste de fucsia y oro, virgen rubia bajo el manto de seda palo de rosa, te acercaste y me quitaste el cigarrillo de la boca, te veías fresca y luminosa; Josiel vino, mimetizaste un beso poniendo distancia y le pediste un whisky seco, pasaste de mí, te seguí con las palpitations de mi pecho redoblando tambores, apestoso personaje de *Looney Tunes*; volviste desvergonzada y portentosa, metiste un dedo cargado de coca detrás de mis labios y la deshiciste en mis encías, “¿me esperabas, bonito?”. Quise decir que te parecías a alguien, que me recordabas a otras diosas, menores, y te respondí que sí, con la seguridad de un macho dudoso y demacrado, disfrazado de pistolero de juguete, intentando una mirada torva y cínica; ese mediodía fui a la barbería y me acicalé, me dieron masaje con exfoliante y podada de orejas y nariz, estaba disfrazado del doctor que me vendió los dientes imponiendo el tono de la sonrisa que iba con mi edad; me di cuenta y cerré los labios, ocultando el hurto, odiaste mi respuesta y me dejaste suelto

bajo la pérgola, el whisky doble me retuvo mirándote en el fondo, al otro lado del mar de la mesa de ping pong, tenías la expresión escrutadora, decidiendo qué ruta tomar en una bifurcación; me acerqué, *tengo la sogá de tu sueño en el cuello, estoy aquí a tu antojo*, te reíste sin herirme; “recítame lo que copias”, y casi me besaste otra vez, te detuviste dejándome sentir el aliento a alcohol y a chicle de sandía. *Quisiera llevarte conmigo a dormir una noche en el campo y en tus brazos pasar hasta el día bajo el techo alocado de un árbol*. Bebimos; mirabas a través de la ventana a un motociclista que revisaba contra el casco una libreta de apuntes, a las mujeres en minifalda que pasaban levantando las caderas bajo el peso de doce horas encima, a los empleados con las identificaciones colgadas de su cuello para que no olvidaran a quién pertenecían; puse mi mano en tu rodilla bronceada y me herí con la tersura de tu piel, pude haber recitado toda la poesía de Juana Fernández sin llamar tu atención; manejabas la ebriedad, era tu escudo y celada, sabías que te subestimaban y dejabas que se acercase cualquiera, los enredabas y al parecer salías ilesa; la borrachera te servía para igualarnos, y podías ver las bajezas humanas, las resaltabas, las tomabas para acariciarlas: mascotas que luego soltabas para que corrieran a esconderse detrás de convencionales cobardías; levantaste la pierna donde estaba mi mano, evitaste que me alejara y tus ojos celestes dejaron caer un rayo de picardía sobre mis labios, “¿quieres conocer mujeres de verdad?”.

El viento hablaba entre las esculturas abandonadas sobre el césped mal cortado de la Casa de la Cultura, nadie las veía, confinadas detrás de la malla de alambre

que las protege de la peste del grafiti; delirios y homenajes, monolitos estrafalarios buscando la mirada de un astro en el revuelo de nubes que se reunían a proponer otra tormenta, llegamos a tiempo al *hall* del teatro Diógenes. Caminabas despacio, la cartera suspendida de tus dedos blancos, deslizándote sobre el piso irregular de piedra, manchado de gomas escupidas y pisoteadas; la otra mano sostenía las puntas del chal, el rostro fijado al frente, tus ojos miraban encima de todos con algo parecido a la indulgencia, vi un par de veces el gesto frío de tu boca insinuando una sonrisa; te veían con descaro y lo sabías, seguían tus piernas, los rasgos de tus nalgas a cada paso, tu espalda recta y elegante; creí ver solo mujeres inmensas, deslumbrantes, bajo la iluminación de cantina de barrio con lámparas fluorescentes; luz blanca, sucia, débil, salía de las alturas para esconder la mugre percutida de las paredes. Dos jóvenes risueños nos dieron la bienvenida y nos condujeron a las butacas delanteras, quisiste la primera fila y no pudieron negarse; una muchacha rapada media cabeza llegó a tu lado, “donde tú quieras, reina”, no agradeciste y te sentaste; iba contigo, era un fantasma, una caricatura asida de tu capricho, se fijaron en mí, demasiada gente se movía sobre el escenario; al fondo, sobre la pantalla colgada, se proyectaba la imagen al revés de *Windows*, a la izquierda, subido en la escalera de tijera, un muchacho barbado intentaba conectar un cable, abajo le sostenía un obrero grueso, mal encarado, vestido de overol negro etiquetado con el rótulo “Producción”; una pareja de niños menores de ocho años jugaban a perseguirse, una mujer fornida y tatuada seguía el juego con la mirada

orgullosa y se encontró con el mismo gesto del hombre alargadísimo al otro lado de la platea, se admiraron a la distancia, y cabecearon, sentí la densidad de su orgullo: el juego infantil no era algo único ni divino, menos reverencial; asistía a una feria extraña con escenas fuera de lugar, muchos jóvenes personajes iban llenando la sala, y escuchaba, desde la galería, euforia, chiflidos y aplausos, esperando que iniciara la función, al parecer había una función; te pregunté qué hacíamos allí, clavaste tus ojos en los míos, y dejaste una semilla en mi boca y otra se perdió en la tuya; me miraron de pies a cabeza: el calvo con ínfulas de capitán Kazan con chaqueta de piel de zorro y botas de húsar, y una lánguida pelirroja con piercing en la nariz, vestida con una bata blanca de hilo, descalza (me hizo falta un cuchillo de cocina en su mano); el joven en camisa de mosquetero, sin sombrero ni florete, me indicó al oído que mi deseo era estar en la platea alta, lo seguí, después de tu susurro en la oreja: “vete”, sabiendo que vendrías por mí.

### XIII

El martes en la tarde descubriste al piloto en la habitación de la planta alta de la Residencia para “estudiantes” de la calle Rendón, a seis cuadras del Ben. Le pagaste a la señora del mostrador, le dejaste bien claro que eras empleada de Miikko Huhtala y que perderías la vida misma si no hablabas con él; pusiste la cara demacrada, absorbida, lacrimosa por la abstinencia que sufrías, la dependiente creyó que morirías allí, sobre el rostro de Pluto sacándote la lengua y dándote la bienvenida en un tapete de caucho; “olía a patacones y a calcetines sucios”, te acompañó hasta el final de la escalera y te dio el duplicado de la llave, señalando la puerta; esperaste a que desapareciera, relajaste el cuello, respiraste para ocultar la urgencia, y caminaste entre las paredes tapizadas con reproducciones de comics de superhéroes y otras truculencias anodinas; era la Casa de estar para recuperados del ácido, imaginaste a los dueños, al decorador, y pensaste en conocerlos algún día, te atraía la rareza de quien mezclaba a Thor y al Hombre Araña con mujeres semidesnudas armadas, a Robin de manito cruzada con Linterna Verde; las puertas no tenían número sino imágenes: la cabeza en sepia y blanco de un sacerdote furioso te vio girar la llave al mismo tiempo que el pomo, adentro sonaba música tropical; las luces encendidas, las cortinas cerradas: habitación amplia con una vieja chimenea apagada, ropa tirada en el piso y varias botellas; junto a un sillón, que sostenía la chaqueta azul rey, con insignias doradas en uno de los brazos, se encontraba

la maleta de mano del piloto, con la gorra de plato colgada de la agarradera de aluminio extendida.

Una ráfaga de olor a cloaca humana llegó hasta el escritorio y casi me ahoga; dos perros blancos gigantes acababan de gestionarse delante de mi puerta, me levanté con la intención de cerrarla y tuve náusea, acerqué la nariz a la ventana en busca de aire sin ninguna fragancia, Bruno reaccionó, oteó y siguió durmiendo; la lluvia caía de lado, líneas blancas trazadas sobre el cielo ennegrecido, y las hojas de los árboles me parecieron tendidas, aferrándose a la rama que se iba sin ellas; tomé el pote de mentol que tengo cerca, bajo el agua y el pan, junto a los chocolates, y al *Apéndice* del poeta de Mantua, unté debajo de las fosas y respiré profundamente; ladró la jauría, otra perra, color miel, saltó delante del enfermero del departamento 2 que recogía en una pala las plastas, y las dejaba caer en una funda plástica abierta sobre el suelo; no sé, Amelia, debía ser enfermero, usaba zapatos blancos, de cuero, planta de fibra, sin lustrar sino pintados con esponja, las estrías brillaban, no podía ser un heladero porque recogía con resignación, se veía sano respirando a todo pulmón, su perfil ambiguo no tenía piedad. Una mujer, cuyo rostro se escondía bajo la visera de plástico, contra el sol, hueca: brotaban mechones de pelo negro que brillaron enseguida con diminutos bombillos de plata, llamó a la perra, esta se detuvo, dejándome a la vista las tetas inflamadas, oscuras y rosadas, tenía vitíligo. Se hablaron entre los amos con aspereza, sin violencia, los ladridos dejaron espacio solo a las gesticulaciones; él desapareció primero, con sus lobos detrás sacudiéndose la humedad; la mujer del apartamento 10, pequeña y robusta, lo miró irse con

fijeza, su mano sostenía un embozo contra su cara, se regresó y fue detrás de la piedra, ya no podía verla; la perra salió sola y ladró desde el pozo, llamando, con discreción y paciencia, madre de camada feliz.

La cabeza de Miikko estaba tirada hacia atrás, la columna arqueada, la espalda apoyada contra las almohadas y el espaldar imaginario de una cama, congelado, a punto de morder el aire, los dientes blancos queriendo alcanzar las manchas mohosas del techo; los músculos tensionados de la quijada y el cuello, los brazos estirados, las manos apretaban la tela floreada en el colchón; del pecho blanco, lampiño, resaltaban los mechones negrísimos, de nylon, de una cabeza que brincaba entre las piernas levantadas y recogidas en posición de parto, “apagué la música”; soltaste la llave, tomaste un cuero cargado y lo encendiste: en la mesa había paquetes intactos, mota regada, semillas y coca soplada; viste la polvera de bronce, cerrada, con los bambúes esmaltados brillando apetecibles; habías perdido la última y le pediste que te buscara una, si no idéntica, parecida, “era su gemela”, acariciaste el relieve con la yemas de los dedos y cayó la cartera que sostenías bajo el brazo. Escuchaste el rugido y recordaste dónde estabas; delante de ti, de pie, una muchacha desnuda, con agua chorreando sobre la piel morena, se detuvo sorprendida, los matorrales de pelos enmarañados que subían desde los muslos y acababan dispersándose hasta el ombligo llamaron tu atención, y el garabato de un turbante en la cabeza. “*Nainen, nainen*”, escuchaste y te volviste, Miikko empujó un cuerpo que se arrancó la peluca con firmeza, sin rabia: tenía el pelo corto, oscuro, las facciones andróginas; no la viste antes, camuflada entre el traperío

de cama, muy delgada sin llegar a ser un espectro, los pechos diminutos y el monte de Venus pronunciado con mínimo rastro de vello pubescente; debajo brilló un pétalo del molusco, quisiste chuparlo, chupaste el cigarrito y la viste pasar al baño llevándose a la otra: un culo magro y tierno, el otro abundante, redondo y timbalero; “las niñas sí”, los niños no, porque te parecían faltos de higiene, y de “suciedad”. “*Nainen*”, repitió suspirando, acercándose a ti, rechazaste el abrazo desnudo, desvergonzado y simio.

Golpearon a mi puerta, no podía ver el callejón de luz, solo negrura, como si las luces urbanas se hubiesen apagado; encendí el foco alto, un poncho a rayas, café y tabaco, sostenía una cara regordeta detrás de un par de lentes para lectura, de los que venden a la entrada de los supermercados: modelo coqueto, marco de pasta negra, adornado de corazones blancos, anticuado; volvió a golpear y me incorporé, el gato se puso en alerta y a la defensiva, una boca corta de labios apretados, pintados en el gesto de un beso falso, brillaron entre las mejillas con rubor, bajo la nariz respingada. La señora del apartamento 9 me saludó con una queja, sin articular palabras, le respondí casi igual y esperé, infinitos segundos pasaron, las gotas de lluvia caían descompasadas del alero de fibrocemento, interrumpiendo la frase acostumbrada, un par de notas le caían en la espalda; “déjeme entrar”, murmuró, continué impávido, insistió y entró, pisó el tapete de Bruno; la chica que odiaba a los gatos apareció en el vano del pozo comunal con un perro diminuto y escuálido, se quedó quieta, acusando mi fracaso. “Le traje algo”, por debajo del poncho salió un recipiente plástico transparente con un pedazo de pastel sin decorar, de pronto olió a vainilla y al

escándalo barato de una loción; sí, Amelia, recibí el presente sin pensarlo, mecánico, no tuve tiempo de largarla por inoportuna; el temblor del perro entre los brazos de la muchacha me atrapó, parecía derrotado, miraba el foco de mi celda esperando el golpe de gracia; desaparecieron al momento en que escuché el murmullo en los ojos negros, de capulí: “no pueden verme aquí, coma, está muy flaquito”, y la vi alejarse con desatino, sabiendo llevar su peso, salpicando a cada paso.

*Persigo angelicales vestiduras y las veo caer sobre ciudades que arden.* Desperté sobre el sofá, sin chaqueta, la camisa abierta y la garganta quemándome, Josiel trapeaba el piso entre las mesas del Ben, el sol quería llegar al cénit, aún reventaba contra la vidriera, llovería en la tarde otra vez; me levanté sobre la mesa, donde horas antes estuve sentada, bailaste encima y aspiraste algunos gramos sin recato, estaba una botella de agua helada, me refresqué tocándola, apenas pude tragar un sorbo; “váyase ya, que quiero descansar un poquito, profesor”, fui al baño y regresé igual de perdido, algo acomodado, me zampé un trago de whisky; escuché que te fuiste con mi chaqueta, del brazo de un hombre viejo que había venido por ti, luego de que habías llamado y reclamado protección: habrías estado a punto de morir; “yonquisita es lo que estaba”, te habías ido pataleando, protegiendo con desesperación la cartera que guardaba la polvera y tus afeites, “¿se lo apunto, profesor Rudito?”.

## XIV

El insomnio trae sus propios fantasmas, las texturas de la lluvia: muro estremecedor, granos de arena cayendo sobre las hojas de los árboles, salto de chispas frías con el viento en espirales, gotas reventando, salpicando del cemento contra el vidrio, el ruido blanco del techo pretendiendo desaparecer los sonidos que hay de la terraza hacia abajo; en la calle fluye uniforme, refleja la noche con las formas retorcidas de los condominios, y la danza espectral de los árboles, canta el agua en fuga, cayendo de las cornisas, bañando las fachadas, tomándose los rincones, haciéndose cauce en las cunetas y cayendo en los huecos de las alcantarillas; todo se lava aunque no se limpie del todo, brilla la ciudad con sus luces centelleando, breve y desenfocada, entorpece a los demonios que no encuentran transeúntes. Me tendí en la cama para dormir en el reflejo de la luz naciendo del poste de la calle, siluetas treparon por el ventanuco y brincaron sobre el techo, crujía a ratos por el peso de las zancadas; tú corrías sobre la superficie de un estanque de agua cristalina, iluminada desde el fondo de un acuario verde aceituna, deshabitado.

Tenías frío, te abrigué con mi chaqueta y te dejé respirar, sentada en el piso de la oficina a oscuras, recogidas las piernas, de lado, contra la pared; te hablé de mi estancia en El Paraíso y de los cuentos que ofrecí narrar para encontrar el origen de una región que no existía y a nadie le importaba, solo el intercambio comercial de artefactos y de gente, incluyendo el ganado, perros, caballos, droga y

algunas frutas, no me oías; la noche te trazaba con una franja iluminada que recorría toda la pared y se perdía debajo de la puerta, tu cabello era de bronce y tus ojos parecían demasiado juntos ubicando en la penumbra, detrás de la ventana; en la tez pálida resaltaron los rasgos alargados, firmes y delicados de tu rostro, media boca temerosa temblaba sobre la curva del mentón apenas alumbrado, se aclaraba, luego, una parte del cuello; no podía creer que estuvieras allí al alcance de mi mano, y te olía, tu belleza era solamente el reflejo de un deseo, de una idea estética, la victoria pírrica de un muchacho que soñaba en una diosa determinada, esbelta y elegante, dueña de sí y de lo que la rodeara, que lo amara, así no pudiera ser el gallo del barrio; ahí estabas, décadas tarde. “Quiero bañarme”, escuché, y te moviste, ayudé a levantarte, sacudiste con las manos estirando el vestido, quise besarte y lo impediste, apretaste un lóbulo al mismo tiempo que tu pie tanteaba buscando los zapatos; los encontré, no los recibiste, dejaste que los colocara delante de tus pies y te calzaste, diste un paso hacia el escritorio, el whisky se había acabado en menos tiempo del que nos tomó retozar; “ven”, salimos de la universidad, no tenías nada que llevarte, solo mi chaqueta sobre tus hombros, y el calzoncito en el puño que con el índice y el pulgar sostenía las puntas de ese abrigo.

No recibiste el dúplex formalmente, el hombre de confianza de tu padre quiso entregártelo con título de propiedad y renta mensual, y te negaste, aunque lo tomaras para tumbarte ciertas jornadas que te hacían imposible volver a la casa familiar; “el muy cabrón trató de alejarme”. Tu hijo se fue primero a la universidad en Los Ángeles, y regresó más pervertido y violento de lo que se había ido;

bebía con tus ansias y golpeaba todo lo que estuviera cerca de sus desvaríos, solo a tu padre respetaba, a ti más de una vez te volteó de un revés, no por maldad sino porque se perdía en este medio apocado y sin glamour; en esas ocasiones ninguno de los dos sabía dónde ni con quién estaba; encontró su nicho de negocio y fama, se convirtió en *coach* empresarial, gracias a los contactos de tu exmarido y a la experticia bilingüe que adquirió en el norte para vender humo; levantaba el ánimo a las personas, mostraba de forma mágica los caminos del triunfo, los rincones de la paz, los cinco sacrificios para llegar a la cima del amor al prójimo y a la naturaleza; llegó, incluso, a tener un programa de televisión que logró popularidad, no se sostuvo en el aire, pues no faltó más de una modelo burda que lo denunció por violencia física y mental; mentiras temerarias que buscaban las fortunas del abuelo asegurador de las fuerzas armadas patrias y otros equipamientos nacionales, y del padre reasegurador de riesgos en Dublín; a través de la mediación aquello se silenció, y el joven Adonis logró una plaza en Buenos Aires; era un consumado *influencer* de las redes sociales, a veces grababa en Santiago, Madrid, México o Sao Paulo, nunca volvió a Quito. Estabas orgullosa de él, a veces lo veías en YouTube y festejabas con un chafo, tendida en la cama, cada vez que subía en diez mil suscriptores, y acelerabas con el iPhone la vibración del óvulo en el recto. Tu hijo no tenía maldad en sus entrañas ni en su corazón, solo esa insaciable necesidad de satisfacción que a ti también te embargaba, justificabas ilusionada, con cierta conmisericordia en el tono. Quería descubrir tu gesto en el espejo empañado, no podía reflejarnos, con tu cabeza apoyada en mi pecho, hundidos en la tina.

El hombre uniformado salió de la garita y tú alcanzaste a señalar el parabrisas, levantó la mano y la reja se corrió, avanzamos algunos metros y entramos en una cochera vacía sin puerta, estaba limpia, recién pintada. El dúplex estaba en un callejón sin salida, a un lado del Estadio Olímpico, entre las imitaciones de casitas estilo suizo, de dos pisos con el techo a dos aguas. En el mesón te vi masticar un par de bocados de champiñones y pepinillos encurtidos con trocitos de jamón serrano que sacaste del refrigerador y serviste en dos platillos; bajaste una botella de whisky del mueble, llenaste los vasitos tequileros y brindamos sin palabras, y te perdiste por la escalera que giraba una sola vez a la izquierda. Era tu matadero, estaba construido para ejecutivos de la aseguradora; a pesar de la limpieza y el orden, las huellas de tus desatinos se notaban sobre los muebles, y las paredes; alguien de la oficina mantenía tu tronera para cuidarte, reparaba, pintaba y abastecía; nadie te preguntaba nada, una sola vez habías hecho tu requerimiento y lo demás se resolvía, te dejaban efectivo si lo requerías; me parecía una lotería, un arreglo familiar lleno de ganancias, te reíste de mí, de mi básica pobreza. Era lo menos que podían hacer si no querían la culpa de tu muerte, “no puedo matarme”; todo había sido planificado sin preguntarte, tu padre decidió tu existencia y le falló el plan, le falló la estrategia; cuando se fue tu marido, reina, tu padre replanteó, se los llevó a la casa familiar y allí crecieron tus hijos tras la tutela de tu maternidad biológica, en las condiciones que ellos impusieron: tu madre y su angelical paciencia inmutable para enseñar a ver las diferencias de clase entre la gente, incapaz de una

queja, la sonrisa a flor de labios y dispuesta a la obediencia; los masculinos valores de tu progenitor, la falaz autoridad de su carácter y la frívola coquetería de sus acciones que conseguían lo que fuera, menos tu sumisión, cuidaba las apariencias y no se atrevía a abandonarte, ni a quitarte a tus hijos; intentó mantener aislada, lo más lejos posible de sus pares, de cualquier gentuza, a la niña de hacía poco tiempo; alguna vez trató de impedir, con descaro y de un solo tajo, que permitieras la entrada, a tu habitación, de alguno de sus amigos ebrios, del guardaespaldas soñoliento y apestoso que hacía guardia en el jardín mientras los poderosos bebían en la biblioteca; una mañana entró a tu dormitorio, te gritó, acostumbrado a irrespetar y ofender a la servidumbre, a sus ejecutivos, a cualquiera por el teléfono, y te ordenó con amenazas, juró hacerte infeliz el resto de tus días, habló de dignidad y de apellido, y tu madre estaba lejos, tratando de sostener la sonrisa, ordenando la disposición de las mesas en el jardín para el asado social que empezaría a mediodía; le miraste a los ojos y le sonreíste como te enseñó de niña, y te desnudaste, “¿quieres quedarte tú?”, te miró entera, sorprendido, sin prejuicios, y huyó, sin perder la compostura; viste la culpa y el deseo, no le dijiste ni una palabra más, solo le clavaste las agujas de tus ojos angelicales y mordiste traviesa uno de tus dedos, no pudo más contigo.

## XV

Soñé con el placer en los ojos del Topo de la Schweblin, eso no se sabe en el cuento, nada parecido a la mirada lujuriosa de Tiago cuando se levantó y vio la cabeza reventada de uno de los asesinos: el hueco del ojo era una masa sanguinolenta oscura, con delgados hilos de leche inmaculada que salieron del rincón de una burbuja diminuta, la ceja y el pómulo estaban rotos; en el amanecer gris los huesos me parecieron restos de un cántaro de arcilla, antropomorfo, destrozado, algo de pelo bailaba con la brisa y no hubo cangrejos pequeños corriendo veloces en busca de escondrijo. Las olas resonaban con el viento que golpeaba contra la duna y volvía con arena, el conductor se acercó con la pistola colgada de la mano izquierda, con el puño derecho se refregaba la nariz mirando el perímetro, pensando en qué hacer inmediatamente. No era ningún tipo de uniformado, era un hombre común que se pasó la vida soñando en ser detective, creció viendo series policiales en la televisión; de un momento a otro, sin disfraz de por medio, entre el bachillerato y la primera novia, se vio enredado en el comercio de hierba camuflada en hojas de achira, y acabó en la cárcel de menores, de donde salió chulo y bebedor; hasta que regresó a casa; a su madre no le quedó más remedio que reventarlo a palos, lo puso a disposición de una autoridad vecina que lo llevó a un cuartel de policía, donde recibió un escarmiento que le ajustó la mirada, aunque nunca dejó ese grado de estrabismo que llamaba la atención y al mismo tiempo perdías cuando le hablabas, no se sabía si atendía o estaba

absorto mirando algo detrás de uno; dejó la andadas y se buscó la comida ejerciendo cualquier oficio, a estudiar no regresó más, la novia se le había ido con un hombre libre; no me mofo de nada, Amelia, lo contaba así, con alegría, nunca conocí a un ciudadano que dijera sin asco que lo había conseguido todo.

Copiaba llaves y piezas metálicas según modelo en la mano, conducía una motocicleta que le servía para hacer entregas a domicilio de los trabajos encomendados en el taller, nada excepcional; un día, el patrón le dijo que su gremio apoyaba al nuevo *outsider* de la política nacional. Con sueldo y gastos pagados lo puso a colaborar en los primeros recorridos del candidato por el país, era un avanzada, o inmediata, iba adelante con su motocicleta a ver cómo se presentaba la localidad para el encuentro con los pobladores, o se unía a la caravana de protección al líder, hizo fraternidad con la seguridad y los estrategas de campaña, y fue el hombre de confianza para los mandados urgentes; ganaron las elecciones y obtuvo el cargo de chofer, le consiguieron licencia profesional y recibió un curso de seguridad y protección para autoridades; llevaba y traía a visitantes extranjeros, asesores, a veces conducía los autos liebre, los anzuelo; se preciaba de saludar amistosamente con el presidente, creía firmemente, con humildad, que ayudaba a transformar la patria, “para qué más, mi doctor”; iba armado siempre, aunque no lo ostentaba, hacía notar el bulto y crecía algunos centímetros de altura, su mirada ensayada se iba por vacíos confines y su ojo derecho tomaba su propio derrotero. No rehuía ningún tipo de tarea, incansable y comedido, leal y comprometido, daría la vida por el régimen si fuese necesario.

Manú estaba enloquecido, hablaba sin parar, decía que había que llamar a la policía, repetía que nos iban a matar de cualquier modo, era una vara que temblaba, clavada en la playa, mesaba su barba y aún no se percataba de que su pecho estaba empapado de sangre; otro cuerpo yacía inmóvil, tendido boca abajo, con los brazos retorcidos, congelados en el último chispazo, un hueco casi negro brillaba a la altura del occipital, y un machete de mango incoloro hundía la punta de la hoja en la arena a pocos centímetros; los otros dos muchachos aparecieron, caminando pesadamente, zombis recién salidos de sus tumbas, los ojos inundados de lágrimas en los rostros enlodados, miraron el callejón entre dos camionetas; Cello estaba en cuclillas, arrimado contra una de las llantas, agarrándose la cabeza con las dos manos, no estaba crispado, más bien pensativo, decidiendo cómo salir de un problema logístico; a un lado, el cadáver descarado tenía la cabeza caída y los ojos buscaban, al revés, la salida del sol sobre el mar platinado con martillados brillos en constante movimiento; a tres pasos del conductor, otro machete se erguía entre el esternón y la quijada de un cuerpo cuadrado, la perspectiva lo hacía ver más ancho que largo, el rostro no se veía, era la visión surrealista de un campesino con el trabajo en mente.

El conductor hacía exactamente lo que le decían, muy pocas veces tenía iniciativas propias, dejaba que los superiores las descubrieran en sus frases cortas, en el desvío de su ojo autónomo, en la sobadera morbosa del bulto de la pistola; no bebía ni fumaba, vivía en los autos que le asignaban, no usaba hoteles para dormir, comía lo que fuera donde pellizcara el hambre, alquilaba garajes para guardar

el vehículo de turno, para obtener agua para limpiarlo cuidadosamente antes de iniciar una jornada, aprovechaba para lavarse él, y la mudada de recambio también, que luego ponía a secar de forma folclórica sobre el capó. “Todos estaban borrachos”, me sopló al oído, y lo vi mirarme, su ojo observaba las olas reventando cada vez más lejos, no teníamos que hablarnos demasiado para entendernos; se alejó, recogió los machetes a la vista, puso un pie en el pecho cuadrado y retiró el último, lo limpió sobre la ropa del cuerpo; fue adonde los muchachos estaban paralizados y los empujó con firmeza, hablándoles con indulgencia, hacia el mar. Te gustaba la playa para broncearte, para coger ese color de fruta madura, en su punto, que tenías, dejando las delgadas líneas claras de la tanga como un anuncio, te gustaba el agua salada y su color, no el tránsito sobre la arena. Cello fue en ayuda de Manú, Tiago se acercó, comparando: eso era mejor que las descripciones de cadáveres que le hacía su padre, que cualquier película; sonaba divertido, excitado, sin una muestra de temor, a ratos se tocaba con molestia en el inicio izquierdo de la mandíbula: tenía la marca de la hoja sobre la oreja enrojecida, hinchada, a punto de reventar por la sangre remordida, y un corte superficial de varios centímetros, detrás, en el cuero cabelludo.

No salgo a caminar en la terraza, prefiero no tener que lavar los zapatos ni la ropa, me cambio muy poco de pantalón de pijama y de camiseta, he dejado la costumbre de ducharme a diario, no tengo quien me huela y he perdido el olfato para mi cuerpo en este encierro; el gato no se aturde, me lavo en el grifo para refrescarme, más

que para limpiarme, tengo lo necesario, no me hace falta nada, mi frugalidad viene del desempleo y del pudor que tengo para mostrarme con necesidad o angustia, no es que me importe demasiado la gente, me gusta gustarme nada más; podría salir si quisiera, Amelia, no quiero, estoy en una etapa de resignación, desapareciste corriente abajo y el agua me persigue sin parar. “El pudor no está en la ropa”, aclaraste ante mi sorpresa, cuando te encontré metiéndote las bolitas electrónicas en la vagina; diste vuelta sobre la toalla tendida en la plancha de cerámica junto a la tina que empezaba a llenarse de agua caliente, pediste que te diera un masaje con aceite en todo el cuerpo, “no te quedes ahí”, ordenaste, adivinando. Compartíamos una lata de atún y pan viejo con Bruno, es melindroso, come menos que yo si tuviéramos el mismo tamaño; siento que adelgazo y la panza se recoge en un rollo entre la cintura y la cadera, no es muy grande, lo sé, pero creo que soy un cuerpo castigado, y me convierto en el hueso y pellejo que buscaba la jauría, con desesperación, en el parque: era otra hambre; corrían detrás de una perra en celo que iba y venía con la cola entre las patas, no huía de una vez ni se agazapaba, le permitía acercarse a uno y lo espantaba con un gruñido; toda la perrada ladró y aulló, algunos canes timoratos daban vueltas en las cercanías, las cabezas inclinadas en actitud ladina; la hembra no se alejó demasiado, provocó la pelea entre ansiosos; los gruñidos, silbidos y lamentos llenaron el espacio, y el resto de perros domésticos aullaron desde todas las ventanas: ruidosos y exhibicionistas como la gente de poca sensibilidad y nada de talento en las redes; Bruno lengüetea sus patas, oficioso, retira los restos de atún que ha separado del pan que

le serví, mezclados; el ruido de la llovizna está ahogado y me alejo en la línea infinita de terrazas, soy el hombre singular que se piensa repetido en el mismo instante en que otro se mira en el espejo y no se reconoce.

## XVI

*Bendito sea el daño que tu amor me dé, bendita sea el hacha, bendita la red, y loadas sean tijeras y sed.* Juana pasó por el número 23 de la calle Lavoisier, retirando la edición de *Las canciones de Bilitis* de Pierre Louÿs, ilustrada con doce aguafuertes de Edouard Chimot, dedicada para Luisa —en el primer aguafuerte, la rubia de pie podrías ser tú abrazando por la cadera a la morena, apenas más alta, que toma tu mano; posan desnudas para una concurrencia invisible, por detrás caen dos vestidos vaporosos: el blanco, de tu mano, delante de unos arbustos sombreados, el negro, entre las dos, y abajo, atrás de ella, un macho cabrío gris, que en apariencia no debería verse, tira de la prenda con malicia; el fondo se ilumina con el atardecer que tintura las nubes, aún sostiene el cielo claro sobre montañas azules y una casa solariega, y enrojece un amplio campo de trigo—, sería una sorpresa parisina, íntima y artística a la vez.

Pequeño y afectado, con el monóculo brillando y el puro sin encender, Félicien Durand ayudó a salir del convertible a Juana Fernández, quien soltó la llave en la mano de un mozo de la casa Devambe; Teresa Parra Sanojo, varios pasos más adelante, sonreía con Alfonso Reyes, del brazo de Tsuguharu Foujita, a punto de ingresar a la galería; el encuentro fue divertido, Félicien extremó el saludo a la dama con una genuflexión que casi lo puso de rodillas, Teresa le extendió la mano enguantada con frivolidad, y lo sostuvo, apenas, hasta que se levantó un

saltimbanqui alegre; el rostro del japonés se abrió con la sonrisa, sus ojos brincaron con curiosidad sobre el abrazo y los besos leves entre las damas, las miradas ardientes y el deseo, en las palabras, de hablarse en cuanto estuvieran a solas; Reyes acarició su bigote y observó la situación, registrándola, sus cachetes de adolescente se sonrojaron, y se fijó en las sombras que cruzaban, mojigato y complacido. “Félicien hizo el ridículo, siempre. Teresa, lánguida y romántica, su boca era de fuego y sus ojos ascuas bermejas sobre la piel de lirios, estaba ansiosa y ‘sola’. La noche sin caballeros habría sido suficiente, no soporté la malla teñida bajo el abrigo de Foji. ¡El sombrero de Alfonso! Los hombres, demasiado, o nada”.

“Aquí no entra nadie, a veces alguna serpiente”. Cansada del libreto masculino te abandonabas a las calles y recogías transeúntes perdidas huyendo de su propia angustia, aterrorizadas por el delirio del exceso de alcohol y la falta de droga; no las deseabas, la mayoría de ellas tampoco, necesitaban de compañía que no tuviera prescripción, que no sanara ni empeorara la existencia, un placebo que no incomodase al menos por varias horas; te seguían y disfrutaban de tu paraíso escondido en el dúplex, soltaban sus horrores y deseos, te dejabas amar o te las cogías cuando sus rabias iban parejas con sus hormonas, cuando sus rostros eran un engaño y descubrías que adentro otras alimañas habitaban, incapaces de misericordia, entrenadas en formas de ternura social. Estirada y plena, mirando al techo que parecía sudar, tu cabeza apenas levantada sobre una toalla enrollada, no dejabas de fumar y beber, de hablar, de exigirme que frotara tu piel lentamente, que hiciera movimientos concéntricos con

mis pulgares sobre tus músculos, tus huesos, tus pliegues y cimas, menos ahí, la vulva era una mueca indiferente. ¿Tienes orgasmos, Amelia, con esas bolas adentro? “Quería que alguna me matara”, ninguna pasó de darte un par de bofetadas, otra te pateó en el suelo, no culminaron la ejecución, en el fondo tú también les dabas pena; eras una víctima más del sistema machista y opresor, de la sociedad, de los extraterrestres y de la capacidad de gestación; encontraste una asesina en potencia, supo que te amaba, juró protegerte de lo que fuera, y ofreció matar por ti a cambio de tu amor, era la misma canción con diferencia de género; obsesiva y demandante, elemental y charlatana, solo era un animal que succionaba, te trataba como a una muñeca a la que había que descubrirle el botoncito que la hiciera gozar con plenitud, y te preguntaba a cada minuto si la amabas; soportaste la aventura y la convenciste de matar a tu padre: la llevaste cerca de la casa, sin darle muchos detalles, al amanecer, esperaron en el chaquiñán hasta que el señor saliera a realizar su caminata diaria con el sol trepando todavía el horizonte; lo dejaron avanzar, lo siguieron, y se detuvieron antes del recodo donde el camino se estrecha, la montaña se vuelve roca, y la caída es vertical; treinta o cuarenta metros de matojos y pencos, hasta el lecho de la cloaca que, cuando llueve, suena y parece un río.

Sumergimos nuestros cuerpos, no sin antes meternos un par de líneas cada uno, los vasos de whisky al filo de la tina, y tú viéndome con cariño; esa mirada que busca compasión para manipular, tu pie, bajo el agua, frotaba mis genitales, y solo quería besarte, aprovechar el deseo que me invadía desde que empecé el masaje, me detenías

templando la pierna, tampoco me esforcé por romper tu juego. La mujer de tu vida avanzó detrás de tu padre, resuelta, con los puños apretados, de espaldas parecía una bandolera con el pelo cobrizo alborotado, vestida de bividí estampado con catrinas, los hombros y los brazos tatuados con arabescos y rostros femeninos llorando, una minifalda suelta, sucia, sin color definido, la mallas rotas exponían los tatuajes de sus piernas: enredaderas y flores rojas, labios y lenguas desaparecían en las botas de policía de seguridad urbana; tenía que pasar junto a él y empujarlo, con el hombro o la cadera, una distracción y un tropiezo, no había nadie cerca, ni desayunadores concurridos a la vista; se podía demostrar un accidente lamentable si fuera el caso, exhibiste tu capacidad para llorar sin esfuerzo y convencer de que habías sido testigo del traspie mortal, del doloroso hecho; él apenas gritaría, un hombre de más de setenta y cinco años escasamente habría alcanzado a sorprenderse, quizá disfrutase del viaje. La viste igualarle el paso, le habló y tu padre la miró, seguro que le sonrió con coquetería, y ella siguió avanzando como si nada, lo dejó atrás, empezó a correr y desapareció al fondo del sendero, en otra curva; quedó solamente una floja nube de polvo, el viejo avanzando con tranquilidad, sin imaginar siquiera que tú la insultabas detrás con impotencia; “nadie nos puede dañar”.

Nada vuela, ni descansa la lluvia. Sentí que la nubosidad se iluminaba, un azote de puerta reventó en el pozo, vibraron los vidrios en alguna parte con un temblor sísmico; un vehículo pasó veloz, imaginé el agua salpicando a los lados de las llantas; no hubo algo que se inmutara, no existió nadie que reclamara, quise hacerlo y no sabía

para qué ni a quién dirigirme, ¿reclamar? El vehículo va solitario levantando estelas de agua, deslizándose sobre el lomo negro y brillante de la avenida Occidental que sigue infinita y se retuerce, se arrastra entre los árboles y los condominios, debajo de los pasos a desnivel, avanza en la dirección que se me ocurra, gusano de agua, falo para tu cabalgadura, Amelia. Mediodía y anocheceía con el gris brutal sobre las copas extenuadas, las ramas y las hojas soltaban chorros eternos sobre otras hojas y otras ramas; dentro de las copas había otro silencio semejante al mío, con el gato dormido entre las almohadas de la cama; cabezas recogidas bajo las alas, los cuerpos confiados a las patas aferradas, acurrucados en la seguridad de los nidos, empollando; una mancha pequeñita se desprendió y cayó perpendicular, acerqué la nariz al vidrio, solo lo empañé; las acacias jóvenes en medio de la acera eran la caricatura de cobijas y plásticos amontonados sobre los cuerpos esmirriados de los sin casa, detenidos en el sitio con la esperanza de que el diluvio amainara; tanta agua y todo se veía percudido, no hay paisaje en las ciudades, solo laberintos sórdidos, el claro del parque era una trampa donde todas las aguas se reunían; mi celda estaba oscura a pesar de la lámpara encendida, se apagó la pantalla de la *laptop*, el vano delgado era un brochazo claro al final de un corredor muy largo; la bolsa de trajes colgada en la pared era un hombre de negro esperando detrás de la puerta, cuyas hojas entreabiertas dejaban entrar el frío afilado y la lobretez agotadora del cielo; volvieron a vibrar las ventanas del condominio, no hubo estruendo, o no lo escuché, tenía embotados los sentidos; un ser de torso ancho y piernas cortas, la cabeza grande con el pelo cortísimo

salió por el otro vano y se detuvo bajo la lluvia, levantó el rostro exasperado y dejó que el agua le corriera, la boca abierta tragaba haciendo ruidos, la mano de un niño soltó el mando a distancia de un televisor, apenas rebotó sobre el agua; una mujer corpulenta, el doble envejecido de la adolescente del apartamento 4, lo cubrió con una frazada o algo semejante, tomó el control del piso y lo sacudió, empujó del hombro al muchacho y este se dejó guiar dócil de vuelta a las gradas. Bruno ronroneó y me cabeceó en la pantorrilla, arqueaba el lomo, tenía hambre, o no quería dormir solo.

## XVII

Te encontré tirada con descuido sobre las colchonetas de cuero blanco, en una tumbona de tubo cromado, junto a la piscina alargada que llegaba al filo de la cañada; llevabas otra vez el bikini turquesa que tenías puesto antes de llegar al salón de Higía: un brazo alojado atrás de tu cabeza que se apoyaba en el cojín cilíndrico, mirabas al firmamento con atención, en la mano sujetabas un vaso con whisky descansando en el muslo, y cerca, en una mesa, había una botella de *Pavo salvaje* recién destapada, una hielera, un vaso y un par de ceniceros de cristal, tu cartera; el estibador estaba en la penumbra que le daba la pérgola de un asadero al otro extremo del jardín, lejos de la casa, vigilando; yo solo llevaba la toalla atada bajo el ombligo, no hacía frío; sin embargo, el vapor se levantaba por los contornos iluminados del rectángulo de agua; me senté en otra tumbona, cerca de ti, estuve a punto de preguntarme qué carajos hacía allí, semidesnudo, con nadie, despierto y expectante, me ofreciste el vaso y bebí, fue un bálsamo; tu cuerpo se ajustaba al diván: la espalda inclinada caía liviana y tu cadera se asentaba sin hundirse y continuaba, ensanchándose apenas, tus piernas se levantaban y descendían con delicadeza en la curva, y uno de tus pies, descalzo, suspendido a varios centímetros del césped, “¿te gustan las estrellas?”; necesitaba un cigarrillo, otro whisky y un empujón, me lo diste y me tumbé también; la bóveda era el conjunto de hojas de zinc agujereado a balazos en una gallera de El Paraíso.

Tus hijos crecieron contigo en las fiestas familiares y en las sesiones de fotografía, a veces en alguna comida, asistías, y de lejos, a los eventos escolares y públicos de los niños; no es que no quisieras asistir, siempre estabas volando, con alguien, o dormida; ser reina y madre no era suficiente, había que estar y parecer; para evitar malos entendidos, tu madre dejaba la puerta de atrás abierta y tu padre la tarjeta de crédito limitada a tu nombre; tenías que estudiar, con clases semipresenciales, en la universidad de pacotilla que uno de los socios de la empresa fundara en una casona de Monteserrín; tus padres querían salvarte y pensaron, si es que lo hicieron, que pronto el rayo de la sensatez iba a atravesarte, consiguieron que cogieras poco en la casa y lograron que volvieras menos a dormir; conseguiste ver a tus hijos crecer y tenerlos en el regazo, recitarles los cuentos que alguna vez tu padre te narró; se adoraban entre los tres en medio de un sueño que sucedía en las fantasías que se les ocurría, en tardes de regalo cuando el señor no aparecía, a veces en el jardín, otras ante la chimenea encendida, tu madre concedía, comprensiva, “mis recuerdos son imágenes de revista para el hogar”; no te dejaban mucho tiempo a solas con ellos, ni bañarlos, menos hacerles dormir, más de una vez casi los ahogaste, y otra habías intentado huir de la casa con tus hijos en un arrebatado de maternidad y derecho; los tres, de las manos, huyendo calle abajo, desesperados, pidiendo ayuda; no recordabas el suceso, te lo habían repetido tanto que parecía real; el hombre de confianza de tu padre los encontró corriendo despavoridos por la avenida, te golpeó para aquietarte, y con la ayuda del chofer te metieron en el auto y te ataron; varias semanas pasaste

en una clínica, los convenciste de que estudiarías y te dejaran volver a casa; el “avé” te aconsejó que aparentaras, podrían deshacerse de ti dejándote en algún hospicio, y días después consiguió el colibrí que te inyectabas con la anuencia de tu progenitor. “¿Lo matarías por mí?”, me mirabas a los ojos con espanto, pidiendo que aplastara una araña cerca de tus pies, “tú podrías matarlos”; me besaste con hambre, desbocada, y nos revolcamos sobre la hierba, montaste sobre mí, llorabas; no querías envejecer, ellos estaban viejos y te daban asco, solo veías tu fin en su apariencia pasiva, y reías, gritaste por más whisky; “se puede ser anciano sin envejecer”, el sirviente pasó rodeándonos y trató de limpiar las mesas, te acercaste a él, lo besaste, cariñosa, y le pediste que se fuera, desapareció en las sombras, no se fue.

Los ancianos pueden ser bellos como las cosas antiguas, las cosas viejas estorban y envilecen, los humanos viejos también; decías que los viejos tenían fuerzas ocultas que nacían de sus deseos no complacidos, que roían y hacían daño, no podían ser sabios. Ajustaste tus horarios y pasaste por una mujer normal, estudiaste la carrera porque el rector de la universidad era empleado de uno de la gallada de tu padre, y sirvió para guiarte; encontró la forma de que aprendieras algo, asistieras a las clases y respondieras, no evitó tampoco seducirte y lo permitiste: era un hombrecillo sin vanidad que aprovechó la oportunidad de compartir un apartamento secreto contigo, hasta que lo frecuentaron algunos estudiantes, “todos quieren cogermé”; lo resolvieron en paz y cumpliste la parte que te correspondía, y el rector logró que te dieran la licenciatura.

Tu risa desoladora tintineó y nos metimos en la piscina, el agua estaba abrigada y la recibimos en un abrazo, reíste otra vez, diferente, te divertías, llevabas los zapatos puestos, me zambullí y te los quité, los arrojaste lejos, por el jardín; flotaste apenas sostenida de las puntas de mis dedos, casi no habías buceado de pequeña, no te gustaba la sensación de estar bajo el agua completamente, te daba miedo el peso, te angustiabas a los pocos segundos; flotar con el rostro afuera era tu mayor placer, sabiendo que con solo bajar una pierna podías ponerte de pie, o que alguien estuviera cerca para atraparte; cuando sucedió lo del orgasmo en la piscina con tu padre, él te arrojó y te hundiste, te ahogabas, tragaste agua, no podías salir, te dolían los brazos y las piernas al tratar de moverlos, solo caías, viste que tu padre salió de la piscina, escuchaste voces lejanas, retumbando, hablaban lento y ronco, alguien cayó con gran estruendo cerca de ti, te atrapó y sacó de golpe del fondo; el borde de la piscina estaba tan cerca, el agua golpeaba, olas imparables, y se desbordaba por un tsunami el mar enano, creciendo indetenible, yendo y viniendo; veías saltar a quienes conocías: a tus hermanos, gente que habías visto en la calle, en el campo, en algún paseo, brincaban por encima de ti, divertidos, y caían en la mitad, nunca se vaciaba; estabas tendida, tu madre gritaba tu nombre, aplastándote con su cuerpo, sus manos sobre tu pecho, el agua salía tibia de tu boca por las comisuras, se iba por la quijada, por el cuello, tosiste y vomitaste de una vez; abriste los ojos y ella estaba allí con una de sus manos sobre tu frente, heroica y maternal, el maquillaje apenas corrido; tu padre, un gigante, arriba, con una toa-

lla sobre los hombros, te sonrió y se miraron, no supiste si quererle o temerle, tu madre siguió la expresión y te levantó, se encontraron los tres en medio del corro de familia, sirvientes, y la mucama gorda, empapada, tiritando; algo cambió definitivamente, ellos se entendieron, empezaron a envejecer.

Te saqué de la piscina, caminando, temblábamos, volviste a gritar, el estibador apareció de nuevo y se detuvo bajo una luz, le pediste toallas, un calentador y whisky, “con él no, bonito, es sabio”; regresó y trajo todo con diligencia, el pedido estaba listo en alguna parte, acto ensayado de una obra representada demasiadas veces, él veía a través de mí, se dirigía a ti directamente de modo servicial, sin humildad, hacía lo que tenía que hacer sin desvío ni duda, no pronunció una sola palabra; la piel curtida, los ojos pequeños y brillantes, la boca gruesa y la nariz tosca, los huesos angulosos y firmes, llevaba el pelo largo, atado en una trenza, no lo había notado y te lo dije, “nadie lo ve, solo yo”; Manolito desapareció y nos metimos colibrí, cobijados con las toallas, bebíamos de boca a boca y vi rayar el alba tus ojos celestes.

## XVIII

El gato me miraba desde el escritorio cuando desperté, erguido sobre sus cuatro patas, la cola levantada, el lomo plano, la cabeza parda, felino nocturno al fin, quieta sobre mí, sus ojos incoloros escudriñaban, supuse que querría salir; nunca sé a qué horas he cerrado la puerta, si es que lo hice, o alguien cierra, normalmente continúa abierta cuando despierto en cualquier momento. El frío nos invade, conquista la celda, pasa lentamente hurgando cada resquicio, una estela que envuelve, aprieta y cala, casi podemos verlo, tocarlo, Bruno sube a mi regazo y se enrolla o se mete entre mis piernas en la cama; queda una pátina helada y siento que moja, no, mis dedos están secos como tallos de totora. El gato me siguió al baño, sin moverse; apenas toqué el agua del grifo, la pared y un mantel colgado se movieron en el espejo negro de la olla con restos de café; el cielo estaba más claro que de costumbre, seguía encapotado, había dejado de llover, el suelo de la terraza quería orearse sobre las imperceptibles oquedades, algunas cimas palidecían; juntos nos acercamos a la puerta y abrí de una vez las hojas, Bruno se trepó en mis brazos y nos llamó la atención el parque.

Las gotas colgaban de los alambres de electricidad y telefonía, alguna paloma ya estaba encaramada, varios trinos resonaron en ninguna parte, las copas de los árboles estaban perladas, el descanso parecía volver a su rutina; un viento débil soplaba a mis espaldas, rugieron los motores de un par de motocicletas y varios perros las per-

siguieron entre la arboleda, varias figuras corrían; uno de los uniformados se detuvo y golpeó al perro más osado y continuó, desaparecieron, los motores gemían o tosían; al sur, sobre la calle transversal, un camión pasó respirando tranquilo, más allá se perdía el callejón de condominios, algunos balcones encendidos sin un alma moviéndose en ninguno; el norte idéntico, reflejo del espejo en otro, y así; Bruno giró y clavó sus garras, se incorporó para mirar a mis espaldas, di vuelta con él, estaba descalzo; la mujer del apartamento 9 estaba con su ejemplar único, el rostro fijo en los árboles, pálida y orgullosa, casi soberbia, esperaba a que el can evacuara, el pelo castaño claro revoloteaba a la altura de la nuca: la piel sin mácula, desde el cuello ancho, blando, bajo la papada resignada, adornado con una gargantilla dorada, descansaba en los hombros y caía suave, se dividió en los pechos opíparos, lustrosos, creí que estaba desnuda; sí, Amelia, llevaba un camisón de algodón escotado, nada más, solo que la expresión carecía de pudor; se agachó y recogió la gracia sin ver con la mano enguantada en una funda —los ojos de capulí clavados, detrás de las gafas de aumento, regodeándose en las uñas largas y sucias de mis pies helados—, envolvió, levantándose, giró y se fueron; el gato saltó y se encaramó en el antepecho del otro lado, junto a la pared del pozo común; la montaña estaba ennegrecida, imponente, las nubes tormentosas bajaban lentamente devorando antenas, el bosque, las formas de la urbe alta, las terrazas; di unos pasos para alcanzar a Bruno que recorría con elegancia el borde, de ida y vuelta, como si llevara bombín y paraguas de bastón ingleses, no lo alcancé, me evadió y corrió hacia el graderío comunal; abajo, en el fondo, en el estrecho jardín

del otro condominio, entre las plantas largas, brillaban los ojos de una gata ploma que maullaba reclamando brega.

Subimos por las escaleras del teatro Diógenes entre lentejuelas y gritos de colores, perfumes de hechicería y aromas de plantas dulces, alguna loción para después de afeitarse, colonia de peluqueros, tabaco y mariguana; varias *drag queen* charlaban animadamente, esperando en el pasillo el momento de ingresar a escena, otras formas de representación humana y de género aparecían desordenadas, subiendo y bajando, gritando, despotricando contra la inutilidad de los servicios culturales; jóvenes, diversos, llegaban y buscaban dónde acomodarse, todos parecíamos disfrazados; me sentí un anciano en medio de ese tumulto, el más viejo tendría cuarenta años: un transexual de casi dos metros de altura, vestido con prendas de hace medio siglo, blusa de seda estampada de flores y pantalón forrado, las bastas anchas sobre plataformas doradas, fiordos altos, el pecho lampiño con un leve busto levantado, el vientre plano caía vertical y liso por el pubis tapizado; el rostro fuerte de corte gitano, altanero y sensual, la carne de la boca y las pupilas de los ojos falsas, encendidas, le daban cierto carácter de ingenuidad morbosa, atraía bajo la melena azul, levantada en una permanente rígida, semejante a un casco; me miró adentro, repasó brevemente cada centímetro de mi estampa y me despreció con un ademán encubierto, de mujer, amenazante. Sin los atavíos no era más que un petimetre más bajo que yo, un navajero de zona rosa con ganas de gemir por un verdadero y masculino amor; no es desprecio, Amelia, no era más que otro animal peregrinando en la ciudad en busca de su

propio lugar sagrado, no importaba por dónde se orientara; andamos perdidos y ninguno tenemos salvación; tuve que verlo después, muy de cerca, cuando se despidió de ti con lágrimas en los ojos, pidiéndote perdón y regalándome a mí un poco de su malévola y discriminada indulgencia. Tampoco quiso hacerte el favor.

El mosquetero me guio hasta allí, en el centro de la platea alta, y me sentó en la butaca, empujó mi hombro, agarrándolo, como quien tantea el fruto antes de cosechar, nos miramos y se fue con la sonrisa burlona; en el teatro todo era ironía y sorna, un perro vestido con tutú ladraba en una cartera de baúl, muchos masticaban chicle, otros lamían chupetes colorados; varias miradas tenían la expectativa de estar a punto de ver la asunción, algunos muchachos, de cualquier género, se contenían, sentados con rigidez, las piernas juntas y las manos apretadas entre sí, otros eran islas heladas, inexpresivas, incómodas; alcancé a verte en la luneta, conversabas con alguien vestido con toga y llevaba en la cabeza una corona de laureles o algo parecido, reías libre, cómoda, lugar común para ti, más de uno te saludó con besos imitados en las dos mejillas, eras el centro de atención de algunos: la mujer que querían ser, la aspiración femenina de quienes nacieron con la cubierta equivocada; el ser que llevamos dentro es el mismo, se aprende a contenerlo, se ajusta a lo largo de la vida y se afila entre los abrazos y la furia, o se anuda; parejas se besaban sin libertad, retando excesivas, ofreciendo con la lengua las entrañas, eran bofetadas, exponiendo el deseo de cada uno, el gusto adquirido, un reclamo que exigía que todos se enterasen de su modo de apareamiento, y de placer; allí residía la protesta, en la búsqueda del reconocimiento a su

existencia, del respeto a su propio espacio, en el llamado a la indiferencia general sobre sus preferencias y formas de ver y vivir el entorno; otra minoría en la minoría, otra recua dentro de la manada, gregarios buscando la individualidad en una sociedad que promulga igualdad, convivencia y tolerancia: esa ‘virtud’ que solo la utilizan quienes creen que pueden autorizar comportamientos diferentes a los propios; no tan extraña búsqueda de la calma a través del exabrupto, marcando fronteras al romper las de los demás, el mismo y anacrónico encuentro de la paz en la promoción de la guerra; *pactos sexuales con los escorpiones del engaño y el desenfreno*.

Presentaron a Ivonice; salió deslumbrante, llevaba una suerte de capa de gaza con los bordes de algodón sembrado de lentejuelas, brillaban las joyas que no le vi antes, exhibía las plataformas y hacía resonar los brazaletes de cobre en las muñecas, mostraba la dentadura interminable en una sonrisa melancólica; se detuvo ante el micrófono, con los brazos en jarra, con un aire a María Callas esperando la nota para entrar a cantar la “Habanera” en el *Musikhalle* de Hamburgo en 1962. Jorge Puma, técnico administrativo, ingresó a trabajar cerca del despacho de presidencia de la aseguradora, joven frágil y colaborador que tenía talento para organizar la logística de las reuniones del directorio: informes, café, refrigerios y almuerzos, tardes y noches largas de trabajo, a veces con alcohol, cigarrillos y líneas discretas de cocaína en el cuarto de baño de la oficina principal; servicial y callado, con las grandes aspiraciones de cualquier muerto de hambre de barrio bajo, gastaba lo que tenía en parecer distinto, pero *fashion*, un caballerito aseado que caminaba con cierto desdén

y algo de tenue extravagancia; un artista de mercado de pulgas, un putito de jardinera y estación de autobús cerca de un hotel cinco estrellas, con ansias de convertirse en mujer. Jorge apareció en tu casa, limpiándose la sangre de la nariz en el baño para invitados, al interior de la sala principal, tu madre lo había dejado entrar; uno de los guardias de seguridad lo había golpeado por pasarse de listo con un socio de las tierras altas: el borracho bailarín habría rodado por el piso con el kilt levantado, Jorge acudió en su ayuda y le tomó primero de la fruta, le pareció muy grande, casi transparente, y falsa, fue curiosidad, una acción espontánea, sin malicia; sabía comportarse, a pesar de que no le había faltado algún señor coqueto, y más de alguna socia lo había sonsacado para invitarlo a conocer algún caballero mayor, tímido, con la juventud oculta allí, donde no llega el sol. Se rieron cómplices, lo llevaste a la planta alta para encontrarle algo para cambiarse de camisa, charlaron sin ton ni son y le brindaste un chafo; vio tu vestidor, las joyas y adornos, enloqueció, soñó, te ofreció que podría conseguir la mejor mota del mundo; así nació la amistad, que al parecer se rompió esa noche, “tampoco sirvió”. No te importaba demasiado, lo necesitaste y te falló, tú eras su cuento de hadas, maltrecho, y él la risa espontánea, divertida y escabrosa. ¿Lo has vuelto a ver, Amelia?, quizás por la hierba, y por la risa, solo así soportabas tu tragedia.

## XIX

Abrió y entró, cerró con los codos de golpe, el gato no estaba para alertarme, llevaba un manto plástico sobre la cabeza, lo soltó para atrás y vibró una pequeña tormenta, encendió la luz; la misma bata de algodón, ahí, cerca, la tela gruesa tenía infinidad de florecillas moradas, en los hombros un suéter de lana abierto, los brazos en la espalda; me levanté y le pregunté qué quería, con fuerza; eso creo, Amelia, el sorprendido era yo; me miró achicando los ojos a pesar de los lentes de corazoncitos, “no grite, nadie me puede ver aquí”, me recriminó en tono bajo; dio un paso sin dejar de mirar alrededor, bajó de mí, buscaba mis pies, recién me percaté que sostenía media mano de plátanos verdes, extendió la ofrenda, “para que se haga chifles”; le escupí furibundo que se fuera, escuché mi voz retumbar contra el techo, estrellarse contra los vidrios del ventanuco, volver y chorrearse por la puerta del baño, perderse en las cobijas caídas en el suelo; la lluvia pegaba con un solo ruido, imparable, toneladas de maíz vaciándose de un silo; “vengo por la tarrina”, habló esa boca diminuta, haciendo pucheros, negué la existencia de Dios y di un paso para detener su avance; recordé el trozo de pastel de vainilla que traté de compartir con el gato, lo había rechazado con indiferencia; me lo comí con un poco de café, hacía tiempo que no había probado nada fresco, esponjoso y dulce; ella vio mi recuerdo y aprovechó el instante para ponerse muy cerca, su pecho brillaba oleaginoso y entre los senos la piel se acumulaba en un leve y arrugado exceso; le

exigí que saliera, estuve a punto de empujarla, su cuerpo me lo impidió, no me atreví a tocarla, no era pudor ni respeto, no era temor; encontró el recipiente sobre el mesón, se inclinó, lo tomó y mejoró el ángulo sobre mí, observaba lentamente, me escaneaba; vio la *laptop* encendida, el jarro, el libro de Juana Fernández abierto, con tu teléfono encima, se detuvo un instante en el ángel plateado, y siguió por mis muslos; le ordené que se largara de una vez o iba a sacarla a patadas, grité para mí mismo y las piernas no quisieron moverse.

—Si quiere, le corto las uñas. —Me amenazó, escarbando en las sombras donde trataba de esconder los pies, le pedí que desapareciera de una vez.

Está muy flaquito.

Bruno maulló desde la puerta, reclamando entrada, y la lluvia seguía ahogando la ciudad, y mis gritos; sí, gritaba, gritaba desahogado, y el gato me dio el impulso, la agarré de un brazo, grueso, menos blando de lo que pensaba, la empujé, apenas se resistió, obedeció: la visita, para ella, ya fue suficiente.

—La mocosa del 4 sube a espiarle.

Supuse que ella también, levantó el plástico y resonó tenebroso, despertándose, esparciendo gotas a su alrededor, se envolvió en él y abrió la puerta, Bruno entró desparovido y se metió en la concha-cama; no lo sabía, ni siquiera había pensado en nadie, solo en ti, Amelia, a veces; esa mujer parecía una chistera, sacaba y guardaba deseos en alguna parte, tuvo tiempo de volverse:

—No tiene nada, pobrecito.

Y se fue golpeada por el aguacero, calzaba botas de caucho, de bombero, amarillas.

La Villanueva estaba rodeada de luces, ante varias cámaras, concluía una sesión de fotografía delante de su obra, llevaba un vestido recto de tonos ladrillo y cobre, estilo inglés con motivos griegos, un cloché ceñido, adornado con un prendedor dorado y plata, y zapatos negros; mantenía el gesto coqueto, mirando entre el incendio, a pesar de cierto fastidio por el exceso, y la obligación de mantener la sonrisa fresca cada vez que disparaban; se hartó, tomó la mano de un hombre muy alto y se alejaron por el fondo del salón. La galería Devambeiz exhibía en la sala alterna varias naturalezas muertas y paisajes de M. Rothschild, dibujos sin encanto de J. Nemes, y paisajes y retratos de campesinos del húngaro Kernstok, algún cronista se detenía ante los cuadros, los registraba en un cuaderno, parecía bocetarlos, y anotaba con minuciosidad cada detalle; la sala principal estaba dedicada a la pintora ecuatoriana Leonor Villanueva, aunque no faltó quien alabara su origen español, y otro que la viera nacer en la Patagonia. Se dispersaron los periodistas, y el cuadro en la pared principal se liberó a plenitud, “Nu”: “Desnudo reflejándose en un espejo”; óleo sobre arpillera de 2 x 1,60 m. Trazos largos y fuertes para el decorado de cortinajes pesados, cojines y tapices coloridos, ella está sentada sobre un diván, la cabeza inclinada sobre el hombro, el pelo cortado a lo *eton crop*, la actitud es de resignada espera; figura grande, voluptuosa, parece reclusa, se protege a sí misma en las acciones de las manos, una empuñada sobre el tapete y la otra sujetando una pierna levantada; la fuerza apasionada ilumina y esconde, los trazos duros, a ratos displicentes, construyen una ‘escultura’ monumental; cierta desproporción en el cuerpo y del conjunto

llevan a imaginar lo que sucede en ese momento con la mujer en la pintura —en el reflejo, mínimo retazo del espejo, de quienes la miran, quizá el grupo la observa para comprarla— y en lo que estaría pensando Leonor al pintarla: reclamaba y conseguía la obra con las pinceladas eufóricas que parecen castigar, desahogándose. No se parece a ti, Amelia, es menos bella y parece inocente, podrías haber sido tú, en aquel instante, cuando descubriste que todos querían coger contigo, inmortal en el deseo ajeno.

*Con los ojos gimamos, con los ojos hablemos.* Juana Fernández mantenía animada charla con Teresa Parra Sanojo, desprendidas de los caballeros que disfrutaban del “Desnudo reclinado sobre un sillón”: obra menos colorida, más íntima, el olvido de la desnudez por la posición de pudorosa vergüenza, perceptible en el perfil del rostro recluso entre el brazo, el arrebol encendido del pezón redondo sugiere la entrega, o el capricho de la artista en una pincelada final; la Villanueva reapareció del brazo del gigante Laureano, su marido, médico venezolano, aventurero y millonario, iban acompañados de J. J. Tablada, quien había llegado desde Nueva York a presentar su libro *Intersecciones*, traducido por Supervielle; Juana secuestró a Leonor, y con Teresa se alejaron algunos pasos, el tema de conversación fue Luisa Brooks, llegaría muy pronto a la galería, Edouard Chimot había ido a buscarla al hotel Majestic; la bailarina y actriz norteamericana no tenía horario, y demasiada pasión por la vida, no hacía más de una semana que había llegado de Berlín, y luego de estar tres días con Juana, relajada y desinhibida, se había esfumado; la encontró caminando sola por la avenida Klèber, fumando, esperando a que

alguien la descubriera y la raptase; la recogió en la esquina con Hamelin y fueron en busca de la noche que empezaría en el Folies Bergère.

Luisa se había quitado los zapatos, había bebido demasiado champaña; bailó sola, desaprensiva, una coreografía que siguió a la orquesta, y después a sus propios impulsos, por breves momentos fue admirada por la concurrencia, pronto no fue más que un hermoso y pervertido ridículo; Juana intentó rescatarla, se le adelantó Arsenio Lupin, quien la levantó casi en vuelo y la llevó hasta una mesa, le dio algo por la nariz y la obligó a reaccionar, la muchacha estaba feliz, pálida *por la fatiga de la risa loca*, no quería descansar, cantaba en un inglés incomprensible, a ratos matizado por delirios en francés; Arsenio ofreció llevarla a donde fuera, Juana intervino y salieron los tres; Luisa volvió a sentirse mal y se detuvieron en la casa de Caracciolo Parra, entraron a un gran salón de altas paredes, suntuoso y algo descuidado; recostaron a la muchacha que balbuceaba y trataba de bailar lo que resonaba en su espíritu; comieron algo cerca del balcón central, París murmuraba sin rubor todavía, y Parra Pérez hablaba efusivo, con énfasis y orgullo, de *Miranda y la Revolución francesa*, su más reciente obra publicada: levantaba la voz y se le notaba el acento caribeño atravesado en el fino francés que se esmeraba en pronunciar; Luisa pidió un whisky, recostada sobre el sillón, con la mano en la frente, afectada; Arsenio se acercó, ella lo rechazó con coquetería, necesitaba compañía, sin duda, de una mujer, ese momento; Lupin le rindió pleitesía y la llamó *la señorita de los ojos verdes*. No llevaba bragas y estaba esplendorosa a pesar de la calamidad de su aspecto, *serán nuestras*

*pupilas dos lenguas de diamantes movidas por la magia de deseos supremos.*

Nada murmura afuera de la celda, solo la cantilena de la lluvia molesta la intranquilidad del insomnio; no te extraño y apareces en lo que borro, resaltas donde tacho, resuelves donde no entiendo; escasos días, como si fueran otras vidas, y tantos personajes; nunca había sentido una soledad tan aglomerada, un silencio tan vocinglero, puedo cortarla en cubos con cada una de las voces que han callado; el sendero nocturno sigue allí, entre las hojas de la puerta, tentándome a que camine sobre los condominios: un viejo Gulliver a la espera de liliputienses cayendo de las nubes para poder atraparlos en una red, y no se corran entre los dedos ni se deshagan: migas de pan en las cloacas; me hace falta un trago y no hay más que agua, el café empieza a doler cuando lo bebo; los libros, la cama y el gato sufren mi ausencia, pienso en mí recordándote, Amelia; qué pasaría si se fuera la luz, si de aquí en adelante todo fuese noche y la energía también desapareciera, ¿qué me calentaría, cómo y en qué escribiría? Nada importa en lo oscuro, solo tu tacto, nada se atreve en lo nocturno, apenas tus miedos, y el día que se viene solo adolecerá de vaguedad.

## XX

El señor Salmón casi te atropelló tres décadas después. Cruzabas la placita de lo que fuera el viejo centro poblado del Valle; se conserva la iglesia pintada: casita de muñecas para diversión de los nuevos niños y aún recibe en misa simbólica y democrática a los dueños y señores venidos de la ciudad alta, a su personal doméstico, también a otras tribus de origen antiguo; habitan por ahí personajes contemporáneos estafalarios, *millennials* suicidas, contraproducentes, desquiciados, ateos creyentes, pintores de moda, artistas de academia, intelectuales de abolengo y emprendedores de la política que todavía les subsidia su nueva y recientísima riqueza. Ibas al Café Minerva, el encargado de servir y mantener brillando los postres, en los exhibidores, recién salidos del horno, decorados, divididos en los pedazos exactos que satisfacen al cliente, era tu *dealer*; no alcanzaste a llegar porque ibas eufórica, sin poner atención a los peatones ni a los vehículos, tenías la resaca de una campaña de más de tres días y ya no te quedaban reservas, necesitabas dormir en silencio, despojada de cualquier alerta sensorial, en tu casa, donde de cualquier forma te sentías más segura. Tu cuerpo se recuperaba de las heridas de una guerra, se limpiaba, aunque no del todo, de los fluidos y secreciones de las mujeres y hombres que aparecían en lechos y sillones, en jardines y garajes, en pistas de baile traslúcidas y pisos de parquet; no sentías culpa ni remordimientos, te dolía la amnesia de ardores y huellas, de cuerpos y nombres; en la mansión

nadie entraba a tus aposentos, solo tu madre para alimentarte, coronarte con florecillas anudadas, recogidas en el jardín, mientras pasabas hundida en el jacuzzi aromatizado, sanando para volver a recaer, recordando que ya no tenías pretexto para seguir fingiendo, tu hija acababa de irse, solo quedaban ellos; tu padre encerrado en la biblioteca, dominando su imperio de humo, desapareciendo a veces con el chofer, mirándote de soslayo, cobarde, demostrando su amor sin decir una palabra, payaso tolerante que envidiaba verte morir con indecencia; así te miró, pulcro y elegante, estoico, a pesar del terror al escándalo enrojeciéndole la mirada, cuando intentó alejarte de la casa familiar regalándote el dúplex y un generoso monto mensual de por vida, escondido detrás de la abyecta y salaz fachada del “ave”, no te quería cerca porque eras una perra enferma; intentó negarlo, responsabilizando de la “iniciativa” a su hombre de confianza, te habló de su amor incondicional y pidió perdón por haberte obligado a ese matrimonio; falacias, pretendió darte por fin la libertad y supiste que sería tu muerte; le amenazaste con denunciarlo por abuso y pederastia, no podías probarlo, ni lo habías visto intentar algún abuso con nadie cercano, todo en él era posible; ninguno de sus amigos tuvo la tentación de comentar ese vicio, aunque habían relatado, con lujo de detalles, ciertas perversiones, después de revolcarse contigo, “le gustan las mismas niñas que a mí, bonito”; reculó con asco al verte ofrecida, ninfa avejentada, y giró sin perder la compostura, te dejó allí con tu desnudez a cuestras porque te atreviste a tocarlo, gritaste con desesperación y juraste meterlo preso, acabarlo, verlo sufrir cuando muriera, “ese viejo es un delito”; ordenó que te protegieran lo

necesario, sin encerrarte, y los días fueron yéndose con la lucidez de tu madre, sin incomodar, asentándose como el polvo sobre los muebles, todo se iba opacando, la gente, la ciudad, menos tú.

Le dimos la espalda al sol debajo de la tienda de toallas que armamos entre las tumbonas, aún quedaba *Pavo salvaje* y aliento en ti, algo me mantenía erguido, aunque los párpados se me caían y cada vez era más difícil levantarlos. Manolito se bajó del sedán y ayudó a levantarte del pavimento, el auto no te tocó, frenó de golpe en el chillido de alguien, caíste de rodillas sin saber lo que sucedía, al incorporarte habías olvidado por un instante qué hacías allí; el señor Salmón preguntó algo y te sentaron en una banqueta de la plaza, la voracidad de los transeúntes disminuyó lo suficiente al percatarse de que nada sangriento había sucedido, y él te reconoció, reina, vio emocionado a su primer amor; casi lloraste, ridícula, te perdiste un segundo eterno en los ojos castaños que te repasaron gozosos; la misma boca, un poco entristecida, los labios perfilados y algo gruesos, casi femeninos, modulando palabras sucias la vida entera; lo abrazaste con fuerza y besaste su mejilla, el cuello, olía a limpio y a un perfume delicado y profundo que lo identificaba; te dio confianza, lo atrapaste y le dijiste que no habías hecho otra cosa que esperarlo, que lo amabas, Penélope repasada y atropellada, moco untado en el filo de una silla; te revisaba las pupilas, te hizo sacar la lengua, te tomó el pulso, y te llevó al sushi bar de enfrente para que tomaras algo, “me faltaba azúcar”. Pediste *gin tonic* y no quisieron servirte-lo, viste las palabras que le decía a la anfitriona alargada que aún no se había cambiado de zapatos: calzaba tenis

de tela estampada, fulana de barrio invadido, las piernas torneadas y bronceadas de tanto caminar de la casucha a la parada del bus; ella concedió, coqueta, antes de que te levantas de la mesa con ganas de embarrarle la grasa que le inflaba la boca sobre el rostro: muchacha con sueños de ser modelo en ropa interior, “putita de entresuelo”; regresó y te llevó a la terraza exterior, sabiendo lo que te hacía falta, a él le gustaban las mujeres, no esas, y en ese instante solo tú, reina, y te mintió, igual que todos, que no habías cambiado una pizca; la emoción fue verdadera, bebieron pronto, y fumaste con tranquilidad, disfrutando en el transcurso de una cita, fuiste feliz escuchándole los gestos elocuentes en las manos cuidadas, imaginándote cada frase, recitando fantasías árabes; su rostro maduro tenía la frescura de una vida realizada, era el hombre de tus sueños, había viajado por ti en el tiempo; dividió cada rollo en la mitad, enjugaba los pedazos en la salsa de anguila y los ponía en tu boca: la abrías y recibías humilde cada bocado, observaba masticar y tragar a una niña remilgosa; se acabó y rechazaste el postre, seguiste risueña con otro trago, luego no pudiste más y quisiste salir de allí, huir de él; te zumbaban los oídos, tuviste ganas de vomitar, el sueño te acogía, querías recostarte, que se silenciara el mundo, correr en contra del viento tratando de que el sol, esa tarde, no cayera; te atrapó entre sus brazos y te llevó, entraron al auto y sentiste algo muy frío en la frente, estabas recostada, la cabeza en su muslo; no podías verlo, debajo de la toalla divisaste apenas un pedazo de cielo azul con nubes esporádicas cruzando por la ventana abierta, resonaba el choque del viento cada vez que rebasaban objetos a distancias iguales, percutía en tu interior

y te cubriste los oídos; un dedo empujó entre tus dientes y dejó una pastilla bajo la lengua, la toalla se enfrió más, soltaste los brazos, “Salmón, el chamán”; se amortiguaba la lengua y el cuerpo se recuperaba del desvanecimiento; sin embargo, el frío entraba despiadado entre tus piernas, él te cubrió, sintió lo mismo, escuchaste el elevador del vidrio, y sentiste una palmada traviesa en la cadera; Manolito conducía, el rostro de piedra sin apenas respirar.

## XXI

El conductor volvió de la playa con los machetes lavados y atados con una cuerda; detrás, donde el agua se hacía espejo, los dos muchachos dejaban que las olas bajas rompieran contra sus pies, uno frente al otro, hablándose, los brazos congelados en el gesto de acunar; el viento les revolvió los cabellos y yo ya había resuelto qué hacer con los cuerpos; salarlos solamente, quemarlos al sol dentro de la barquita solemne que estaba clavada más allá, lejos de la ensenada; la corriente ocultaba su velocidad y el raptó de lo que parecía seguro en las orillas. No era momento de denuncias ni declaraciones, no había que explicar lo inexplicable, menos provocar preguntas, oficios y memorandos, declarar responsabilidades de los involucrados; a Cello tampoco le interesó explicar demasiado el trabajo de su equipo, la ayuda que ofrecían a los damnificados, ni de dónde venía; todos tenían bueno el corazón, Amelia, no necesariamente el origen de lo que entregaban con altruismo; la publicidad de los donadores era necesaria y con altos predicamentos, sin mezclarlos en matanzas de novelitas montaraces; Tiago estuvo de acuerdo, entendiendo la situación legal y engorrosa que se nos hubiera venido encima; se le ocurrió repartirlos a lo largo de la provincia, llevarnos en cada vehículo un cuerpo y abandonarlos a discreción lejos los unos de los otros, o dividirlos en partes para que se los comieran los tiburones: mucho

cine y fantasía, no era malo sino algo estúpido; Manú observó con diligencia la situación y sopesó entre sus nervios lo que había sucedido, aquello que no se acababa de armar en su cabeza y dijo que sí, siempre y cuando no tocara un muerto, iba y venía de aquí para allá susurrando una letanía.

La marea bajando nos cogía dormidos, aunque estábamos en ascuas. Cello tomó una de las camionetas y con Manú fueron en busca de la barca abandonada, tenían que arrastrarla, sin romperla, hasta la orilla de la ensenada, llamaron a los muchachos y nadie supo qué les dijo Cello, se alejaron juntos; Tiago y el conductor cargaron los cuerpos en otro vehículo, y conduje al lugar definido; la bahía se extendía muy ancha más allá, se elevaba apenas el lomo gris de un banco de arena, el viento soplaba con fuerza y las camisetas ondearon como banderas; arrojaron los cadáveres, uno sobre otro rodaron y encontraron su sitio, descalabrados y sanguinolentos, la arena, en el arrastre, había copado los agujeros y parecían espantapájaros destrozados por los cuervos y la desidia de los patronos; la camioneta venía despacio; detrás, la barca se deslizaba equilibrada sobre la quilla, una cuerda tensa, atada, desde el *roll bar* sobre la cabina hasta el gancho en la punta de la roda sobre el tajamar, levantaba apenas la proa; Manú iba en el balde y los muchachos trotando a los flancos de la barquita para evitar que se virara; Cello supo qué hacer en el momento necesario, aceleró un tris y fue girando a su izquierda y la nave se arrastró un par de metros, de lado, dejando un rayón sesgo sobre la playa: la huella de un frenazo de patín sobre hielo; los muchachos aguantaron y trancaron el bote por el lado derecho para

que no cayera, se volvieron corriendo, sin decir nada, siguiendo la línea de la espuma reventando bajo los pies, o levantándose y huyendo también con el viento.

El bote tenía la mordida fresca de un motor fuera de borda, alguien vino con ellos y se lo llevó en otra lancha, y abandonaron la fibra, o se lo robaron cuando la noche transcurría entre los tragos; no había tiempo para deducir ni investigar y lo peor que podría pasar era que los muertos tuviesen deudos y pidieran a las autoridades indemnización, vivienda o cualquier valor que se ajustase a las ausencias; la justicia es un clamor, Amelia, puedes pedirla, pregonarla, pretender imponerla, y solo sucede igual que la muerte, a tiempo y sin intervención divina; “esos no valían nada hace rato”, dijo el conductor con desprecio, repartió el peso adentro y saltó sobre la playa, apenas pudimos moverla, utilicé la camioneta para empujar la barca hacia la corriente, hubo que amontonar los muertos en la popa, y empujé nuevamente, la fibra cayó, tocó el agua, torció la proa enseguida y tambaleó, se hizo hacia el horizonte de alta mar, iba rauda, se escondía ligera en la mortaja luminosa; la camioneta empezó a hundirse, retrocedí a tiempo; los tres seguían el punto que se deslizaba con el reflujó, bajando; agarró nivel y la vimos sacudirse, más de una vez se elevó en una cresta y creímos que volvía, se perdió; regresamos, revisamos los vehículos, no había huellas de nada inexplicable, restos de sangre se disolvieron con agua dulce en el cajón donde estuvieron los cadáveres; la madrugada se calentaba, Tiago nos entregó una lata de cerveza fría a cada uno, quería hablar del tema, enardecido; “hay que lavarse también”, el conductor se dirigió a mí viendo la playa y su ojo señaló la oreja sangrando del titán,

fuimos todos hacia el agua, trotando, luego corrieron los cinco jóvenes y se metieron en el mar; se quitaron las camisetitas y jugaron a romper olas; me quedé al filo del reflejo del cielo y volví sobre mis pasos, quería enjuagarme con agua dulce y fumar, el conductor me seguía a unos pasos; gritaban las gaviotas a lo lejos y el día se levantó acrisolado, la duna de la peña parecía estar allí desde siempre, muda, el viento la reducía poco a poco y pronto vendrían a removerla de una vez, enterró parte de la vía; nadie estaba cerca, nadie había visto lo que pasó, por lo tanto no sucedió nada, ese fue el acuerdo, no volver a hablar del asunto y perder el mal sueño en la memoria; Tiago intentó perorar, desahogarse y Cello lo silenció vendándole la cabeza luego de curarle la herida; Manú trató de recordar alguna anécdota y los muchachos intentaron volver a sus registros; recogieron la basura y nos repartimos en los autos como llegamos, avancé primero, iríamos a desayunar en el campamento, a cinco kilómetros al otro lado de la bahía, ellos tenían que aprovisionarse y yo seguiría mi recorrido; el conductor patinó una y otra vez sobre las huellas de sangre todavía visibles, tomó por breves minutos la línea de playa sobre el espejo de agua y fuimos una irresponsable flota motorizada que disfrutaba la ebriedad, el mar y el sol; evitamos la mesa rota de la carretera antes de llegar a la hoz que lleva a San Vicente; enfilamos por el carril hacia el puente que se sostenía incólume después del terremoto que mató a cientos de personas, asoló algunas ciudades y destruyó miles de edificaciones; íbamos lento, miraba la gran masa, infinita y vacía, nada navegaba, alguna bandada de pájaros caía y se levantaba, y se iba planeando al horizonte, era una mañana alegre y los

imaginé pudriéndose en la fibra, carcomidos por carroñeros nerviosos, poco acostumbrados a ese tipo de piltrafa; “tuvimos suerte”, dije en voz alta, y el ojo autónomo me sonrió, “nadie muere la víspera”, encendió la radio y buscó una señal; algunos pobladores cruzaban a pie en busca de agua potable y comida, los muchachos empezaron a repartir algunas vituallas, y el conductor se deshizo de los machetes en manos de gente que también necesitaba herramientas para volver a levantarse y sobrevivir.

Desperté y llovía, algo se quemó en alguna parte, hedía a pescado, el olor era tan denso que parecía pegado a la cosas, como se adhiere el humo del tabaco negro, de la cáscara carbonizada de huevos olvidados en una cacerola sobre la hornilla encendida, el sudor en el encierro; creí que me ahogaba, abrí el ventanuco, la lluvia pertinaz corría de lado y el viento fresco entró, algunas gotas me golpearon en la cara, respiré y me enfrié perdido en el vacío quieto de la superficie gris de la bóveda, sobre los vestigios de las terrazas al otro lado del parque; un redoble delicado llamó mi atención y vi el delgado goteo que se aceleraba sobre el ojo oscuro de Dávila Andrade, y mojaba *El vago cofre de los astros perdidos*, detuve el agua con el brazo y cerré la ventana; tomé el libro, lo sequé sobándolo contra la ropa, lo abrí: *Amo la soledad, la sed, el frío, la carne vestidora de incurables, el pecado y su fina risa de ámbar*; no es cierto, no amo nada, me recluyo, me hace falta ver sonreír a los ingenuos y saber que les puedo hacer daño, saberlo simplemente, me fatiga infringirlo, siempre resulta ser una redundancia, todos llevamos el daño adentro con el tiempo de obsolescencia programada en los actos que cometemos; rodeamos mucho, Amelia, disimulamos

ante nosotros mismos, por eso se amontonan más los vivos que los muertos; el gato saltó sobre el ejemplar y rodó el faquir por el piso, Bruno estaba sucio y herido, lo había lastimado el amor en sus travesías de callejón; trataba de lamerse el lomo, sobre las vértebras torácicas tenía una herida abierta, más grande que el resto de rasguños, excepto un corte sobre el ojo, lagrimeaba mucho y el globo parecía desorbitado; calenté un poco de agua con manzanilla, lo limpié despacio sobre el escritorio, sufría y aguantaba, a ratos bufaba, se cansó, empujó mis manos, bajó al regazo y se durmió. La mañana interminable y, con el gato convaleciendo, no podía levantarme a preparar café; el hombre flaco, articulado, apareció, vestido con un mono azul eléctrico, con capucha y embozado, abrió el largo cierre desde el cuello hasta la altura de la bragueta, metió las manos dentro, creí que sacaba su vientre por arte de una contorsión: un mimo sacando otros cuerpos de su cuerpo; fue retirando de uno en uno overoles idénticos al que vestía, salían planos, hojas de papel, y los fue colocando en el umbral, haciendo que se doblasen sobre sí mismos al caer, protegiéndolos de la lluvia, conté más de seis; enseguida desenrolló una funda, se dobló sin mover los pies, y con las puntas de los dedos los fue acomodando adentro, cerró el paquete, se irguió, dando vuelta, y permitió que la lluvia lo mojara por ambos lados: lo puso bajo el brazo, brincó haciendo un giro, dio un paso largo y se deshizo en el vano.

## XXII

Miikko fue a la cama. Recordaste la textura y el olor dulzón de su piel blanquísima, algo rojiza en el cuello, el rostro y las manos; los brazos demasiados largos, la espalda ancha, el culo pequeño y triangular, patizambo, y pies talla 14. Desnudo y de pie te pareció cómico cuando se levantó de tu lado en la habitación del apartahotel Corona: el vello rubio platinado y el falo colgando, morcilla de arroz atada en la punta; te dijo que en el pasado te hubiera hecho su mujer para dejarte con seis hijos en Porvoo, su pueblo natal; no había nadie joven que lo esperase, no encontraba hembra idónea para formar su familia, no le importaba amar sino asegurarse de que hubiera quién lo cuidase cuando se jubilara. Se conocieron en las oficinas de la aerolínea, nadie los presentó, él se acercó, te dijo su nombre y alguna frase más en esa lengua desahogada, parecía aglutinar las sílabas en el paladar, antes de sonar grave y con cierta calidez; se burlaba de ti con sus ojos grises y alargados, despiertos, la cara algo maciza y a la vez fina, era una ilustración; te tocó la nariz con la punta de uno de los dedos y se rio malicioso, frotó las yemas y probó, casi te avergonzaste, te pusiste de pie; era demasiado alto, atrayente, un maniquí vistoso, sonrieron y por fin te habló en español. Quiso llevarte con él y te agarró del brazo con desatino, te soltaste, él continuaba riéndose, mirando a una fulanita encantada con su uniforme de capitán; recibió un golpe de tu mano abierta que alcanzó apenas su quijada, te retuvo y rasguñaste, te dejó con un

guiño y se fue por ahí frotándose la piel; nadie reparó en el encuentro, como si no hubiese pasado o el acto hubiera sido íntimo.

La ducha abierta resonaba adentro del baño de la habitación, y las voces de las muchachas, riéndose; el finlandés estaba tirado en la cama envuelto en una sábana, fumando, le agradeciste por la polvera y te pidió que le acercaras la maleta de mano, dejaste a un lado la gorra de plato y se la llevaste, la abrió, sacó un paquete delicadamente envuelto y te mostró una esfera montada sobre una base cuadrada con dos cajoncitos con tiraderas de metal; la bola de cristal era totalmente blanca, supusiste que era una de esas fantasías vulgares que al sacudirlas o rotarlas parecía que caía, revoloteaba nieve; desarmó la base y sacó tres paquetes de polvo de cuatro onzas cada uno, te entregó dos, y el otro lo volvió a guardar en la esfera; “un encargo”, rearmó y envolvió, la guardaste en la maleta y la dejaste en su sitio, te sentaste en el sillón sobre la chaqueta y chupaste lo último del cigarrito. Miikko se levantó y, sosteniendo la sábana envuelta, sirvió un trago, te lo ofreció, sentado al filo de la cama, inclinándose, buscándote los ojos: “no volveré, *nainen*”; lo dijo en el mismo tono con que te habló la noche que te invitó a tomar un trago en el bar del apartahotel para disculparse; no lo hizo, tenía una forma muy particular de ser cortés, te sedujo despacio, trago tras línea y trago, y te convenció de que lo azotarás cada vez que le tocara este páramo; conseguía el polvo más diáfano del planeta cuando volvía por Santa Cruz; no aceptaste ni te negaste, y recordaste cabalgarlo con las luces apagadas ante el ventanal de la habitación en el piso 12, la ciudad refulgiendo y él relinchando con la

corbata atorada entre las mandíbulas y corcoveando, un caballo salvaje alebrestado, “¿sabes cómo se dice *okey* en finés?”, y le dabas látigo para que se amansara; se tiraba en el piso ante la chimenea y te cogía en un ritual amoroso, con ternura, tan despacio que alguna vez te quedaste dormida plácidamente; despertabas con sus embates cadenciosos, sin violencia, te abría y lograba que, de pronto, te recogieras en su abrazo y gimieras, sin expandirte, “¿cómo suena rata?”; tenía tu aliento para los vicios, mucho más, y cuando despertabas del todo te hablaba de los colores que propone el hielo según el sitio, la hora y la mirada, estaba lleno de cuentos fríos.

Era su última estancia, se iba al amanecer directo al aeropuerto de Los Ángeles, le cambiaron la ruta a Norteamérica, y sería la de jubilación; aparecieron las niñas, convaleciendo, y se sirvieron de los sobrecitos que quedaban en la mesa, y fueron a la cama, junto a él, y empezaron a hurgarse con desatino; allá le salía más fácil comprar adolescentes con polvo y algunos billetes, especialmente a estudiantes que suplicaban por un poco de fortuna rápida, emoción y olvido, y las iba abandonando en habitaciones sórdidas que alquilaban ellas mismas para la ocasión; Miikko decía que las salvaba, estaba seguro de que, al despertar, pensarían seriamente en no dejarse llevar por otro “hombre de los pantanos”. Te invitaron a jugar y casi te atrapa la contorsión inaudita de la niña andrógina, su contacto electrizaba, la tuviste tan cerca que percibiste la acidez de sus efluvios; te evadiste por debajo de sus extremidades, y aún dudaste, acomodando las bolsitas de polvo en la cartera; acariciaste la textura verde de los bambúes en la polvera, era tan poco lo que llevabas y nada

lo que dejabas, quisiste quedarte, inquietada por la vulva majadera, el simio blanco se reía desde el piso; “*nainen*”, escuchaste una vez más y saliste, cerrando la puerta detrás de ti, y te desataste de los personajes en el tapiz del corredor: querían retenerte, al fin Pluto te vio salir con la lengua afuera. Llovía, entraste en el viejo Toyota y te igualaste los colores en el espejo retrovisor, buscaste, un paquete lo escondiste entre los asientos, volviste a acariciar la polviera; el motor encendió, cascabeleando, avanzaste así tres o cuatro cuadras hasta que se apagó, alcanzaste a orillarlo, apenas; trataste de animarlo, tosió, chirrió el arranque y se cortó, no reaccionó por las patadas ni los gritos, solo el olor a gasolina te invadió y te mareaste; con la cartera en la mano empezaste a caminar, el Ben estaba allí, adelante, tiritando en la luz interrumpida del neón.

La lluvia parecía rubia, de alguna forma la luminaria del poste se intensificó; pegado al vidrio del ventanuco veía el resplandor y el agua chispeando en tonos ocres, desde allí la noche tenía un filtro de antigüedad, de lámpara bronceada, y las copas seducían con sus hojas nítidas, a pesar del desenfoque que provocaban las lágrimas sobre el cristal; los árboles se movían débiles y el cuadro parecía estático, congelado, animado por partes: el haz dorado trepaba y se metía contra el techo de la celda y se expandía exangüe deteniendo el tiempo; me escuchaba respirar, y el roce de mis dedos en la lana cerrando el cuello del saco; la noche era más oscura en la terraza y solo el frío me recordaba que estaba vivo; temblaron los vidrios, la vibración pasó hacia arriba, nada se sacudió, y el grito furibundo de un hombre entró por la puerta, venía del pozo, otras voces lo tranquilizaban; me acerqué, en la penumbra, a la puerta,

el vano estaba ciego, y escuché nítidamente el forcejeo: alguien cayó y subió un alarido agudo; puertas se abrieron y cerraron y una pupila se encendió en el graderío, solo una sombra turbia creció y desapareció inmediatamente; volvió la oscuridad urbana y podía ver el otro lado de la terraza, las otras, con vago resplandor; otra vez resonó el portazo y la vibración vino de la ventana, me volví y era más intensa la luz del poste, las gotas en el cristal tenían tonos ambarinos; regresé por el ruido de un chapoteo: la cabeza redonda y lívida recibía la lluvia, sacudiéndola; fue un instante siniestro, el muchacho del apartamento 4 batía los pies, literalmente, sobre el agua, al mismo tiempo, ¿aluciné que rotaban?, la hermana llegó y lo cubrió, pude ver el perfil impávido, regordete, y a ella tensa, asustada, tratando de descubrirme entre las hojas; cruzaron el vano y creí ver, en las hebras de su cabello suelto, tenues fulgores castaños flotando en retirada; nada de monstruos ni fantasmas, Amelia, todos somos lo mismo, nos diferencia lo que nos ilumina; el silencio retornó y la lluvia tocó su parte con paciencia; la luminaria titiló, se apagó y se prendió de una vez, la celda volvió a su normalidad y encendió la lámpara; el parque era solamente un conjunto de sombras ebrias bailando con cansancio una tonada andina, el motor del gato ronroneó y todo al parecer iba a continuar, impasible, en nada; un dios ya se había orinado a la intemperie.

### XXIII

“Solo podemos matarnos entre nosotros”; en la línea de tu madre hubo una historia de suicidio, por el lado de los hombres, y tu padre solo tenía sangre para devorar a los demás; giraste de golpe desbordando la tina, me besaste, y vaciaste en mi boca el whisky de un vaso, “¿tú podrías, bonito?”, no me dejaste contestar, besándome, iniciando una vez más tu recorrido amoroso, desahogado; tenías que llegar a la cima de algo y desfallecer, rodabas y volvías a empujar mi deseo con el tuyo en un sacrificio extenuante, querías retener la juventud, como si el éxtasis te diera otras oportunidades; te renovabas para decaer, no querías envejecer, pero te veías anciana, acompañada y amada, sin culpa ni malos recuerdos; lo que llevabas en la memoria era recomendable para justos, los muertos ya no actuaban sobre nadie; dejaste la tina y trepaste a la cama, desliéndote, y te metiste colibrí, me ofreciste, no pude negarme, temblabas y no hacía frío, sudábamos entre un vaho blanco que te traía demonios; lo veías allí, detrás de los visillos, en el balcón, la neblina tropezando contra las casas y los árboles, ascendiendo lenta y definitiva, tragándose lo que encontraba, rumiando bajo los aleros y zaguanes, tomándose callejones y evadiéndose en la avenida, dispersándose para que no se vea lo de adentro ni huelga su peste; tu padre observaba siempre, te veía dormir de niña, fantasma al que te acostumbraste, te gustaba saber que las sombras a momentos te estremecían, eran él, so-

ñabas y te tocaban imperceptiblemente, “soñaba cogiendo y él estaba allí”; más tarde creíste verlo en el balcón del piso 18, cuando fuiste feliz con el principito, ahí, sonriendo con desfachatez, mientras jugaban a perseguirse: cachorros ladrando detrás de sus esfínteres; lo viste demasiadas veces en la penumbra de tus aposentos, espionando tus bregas, enfebrecido con las humillaciones que permitías, casi lo atrapas más de una vez: se diluía con la niebla, escuchabas solamente el sonido de sus pasos, yéndose sin premura, y no sabías si los golpes que chasqueaban en el aire eran la reminiscencia de lo que rogabas que te dieran; “sí, mi señor, sí, mi señor”, repercutía; encontrabas el sueño encogido bajo las sábanas cuando todas las formas se habían ido, y pesadillabas con tu madre, vestida de militar, cortando cabezas infantiles, rapadas, que brotaban de los capullos de tulipanes negros, “cantaban”, y corrías por el jardín, bailando con tus hermanos; *Well, I'm your Venus, I'm your fire at your desire...*, repetiste hasta que me desmayé. Me desperté solo, y busqué mi ropa en medio de la devastación del dúplex, bajé la escalera y alcancé a tomar agua, una mujer entró y se sorprendió al verme, la dejé paralizada y salí al sol del callejón, me encaminé a la tarde cumplida; el guardia planchado de gris me vio, registró en la tabla y la reja se abrió, en la calle había gente con gorros y camisetitas rosadas, y rojinegras, evité la ruta del Estadio y me alejé, pensando en verte pronto, drogado de ti; una ducha y otra ropa, caería en el Ben a desvanecerme con el tropicalismo de Josiel y su necesidad de hacer fortuna decúbite prono; el bar no pegaba, cada día iba menos gente, a veces creí que yo mantenía abierto ese vacío, y tú, los días que dejaste los desperdicios de billetes nuevos;

la caribeña te esperaba con la boca dispuesta y las manos abiertas, “¿su catira viene hoy, profesor?”.

Chocó en el filo alto de la losa sobre el vano y cayó, un movimiento negro, aturdido, en el reflejo húmedo se distorsionó; algo más fuerte que un relente caía ondulando en el aire apenas quieto de la mañana, el cielo parecía juntarse en la crudeza incolora de las terrazas, ni una mancha en el abandono largo entre las hojas, acudí; la línea aguda del pico amarillo salía y entraba del plumaje del pájaro palpitante, el movimiento parecía provocado por un hipo, no alcancé la puerta; el trino agudo, reiterado, del mirlo me detuvo, aterrizó cerca y brincó alrededor sobre las patas anaranjadas, cerrando el círculo, lo miró inclinando la cabeza y dio otro giro, piaba ahora con fuerza, con agudos cortados, insistiendo, lo empujó apenas, quizá una y otra vez, el pichón caído apenas se movió, lo intentó, se viró un instante y retornó a la posición original: las patas escondidas como si empollara, encogido, las gotas lo blanqueaban iluminando la cabecilla hundida entre el ala famélica y el cuerpo redondeado que parecía hundirse en su reflejo; el mirlo adulto brincó y voló a los árboles, y fue un coro de mirlos que gritaban desde las copas, el pichón hizo el esfuerzo y reintentó un salto, cayó enseguida algunos centímetros más allá; la anciana del apartamento I apareció, y sin dejar de ver al frente se agachó, el trasero casi tocó los talones, las plantas de los pies fijas, bajó el pañuelo de la cara; recogió con las dos manos al ave caída, delicada, la levantó suavemente tratando de no despegar siquiera la delgada película de agua en el piso, acercó al animal hasta

su rostro y le dio aliento varias veces, primero abriendo la boca para empañar un vidrio, luego sopló despacio aliviando un ardor o avivando un ascua diminuta, temiendo que se apagase de una vez; las palomas se habían tomado ya todo el antepecho del fondo y zureaban con ignominia, algunas caminaban muy cerca de ella, a punto de rebuscarla; dos mirlos aparecieron clamando, uno de ellos se detuvo sobre la loseta del ducto de ventilación, la anciana comprendió, colocó al herido sobre la misma con cuidado y se desentendió; el mirlo observó al pichón y le cantó, lo animaba, desde los árboles gritaron una fanfarria, el otro mirlo trajo algo y lo alimentó, lo picoteó, tratando de albrestarlo, volaron los dos, alejándose, no dejaron de trinar, fraseaban lamentos y aclamaciones, vivaban; la anciana repartía el arroz, nada de pan ni de avena, las palomas comían ágiles sin perder ningún grano, un par de ellas rotó alrededor del ave en la loseta, alguna se quedó quieta y lo miró con atención, como si no hubiese visto nunca un pájaro inmóvil; la pareja de mirlos volvió, lo azuzaron esta vez, algo recibió nuevamente en el pico, y el ave intentó otro salto, logró un par de aleteos y cayó cerca de los pies de la mujer, en un aterrizaje forzoso y suave. Ya no la vi, Amelia, se perdió de mi vista; yo no sé lo que se hace con los pájaros heridos, los he visto tirados entre la hojarasca, entre las fauces de algún cazador, degollados y desplumados en la noria de los asaderos; esos no son de rapiña, son negros solamente.

El hombre de confianza de tu padre era un avechicho, “lo veré agonizando”, te prometiste, antes de que me durmiera bajo la tienda de toallas en la casa del señor Salmón; extrañamente el carroñero te servía para vivir así,

para que tu padre no se excediera, era puente y peto, tenía la capacidad de sugerir, induciendo a que el otro le ordenara cometer lo que no se atrevía por su propio impulso; disfrutaba de las sobras, del prestigio de tu padre y era capaz de desentrañar lo que fuera para sostenerse, era un apéndice imprescindible en el despacho de la compañía, aunque no pasaba de parecer el paje personal del presidente, el que limpiaba sus cagadas, quien barría las ruinas que provocaba en la gente que acosaba, el que resolvía con eficiencia los asuntos personales del señor; observaba a todos y muy pocos sabían de él, habitaba lo oscuro, aun cuando lo veías a la luz del día era siniestro, “grazna el hijo de puta”; cometía pequeñas traiciones por ti, al menos de eso te quería convencer, buscando un poco de gratitud, virtud que nunca aprendiste, ni devoción por nadie; veneración que el “ave” te ofrecía a cambio de un poco de tu carne y de tu amor, “peor que un mal bolero”. Reapareció la anciana caminando para atrás, los mirlos ensordecían con sus trinos y ella mantenía al pichón entre sus dos manos, sopló otra vez contra el pico y percibí por primera vez que fijaba la vista, creí que suplicaba; su cuerpo hizo el gesto de correr dos o tres pasos y lanzó al pájaro hacia arriba y los otros mirlos fueron con él: cayeron a la calle en picada y se levantaron huyendo de los nubarrones que amenazaban con aplastarnos; retrocedí al escritorio donde Bruno estaba sentado mirando fijamente el rincón oscuro sobre el mesón: aún quedaban latas de atún, detrás de la media mano de plátano verde, ennegreciéndose en lugar de madurar.

## XXIV

*Estamos pintados dentro de la oscuridad por manos contrarias a las nuestras para reconocernos, más allá.* No junto ni ato nada, es la inercia de este abandono, de este retiro momentáneo que busqué sin los arrestos necesarios; siempre se cruzaba algún cervatillo para perseguir, aplazando la zozobra, postergando el reflejo malsano de la decadencia y enfrentar que nunca he estado enfermo de nada sino tullido del espíritu, ahora me obligo, por las circunstancias, a estar aquí, escuchando los tonos que usa el agua cuando cae de largo, imitando una eternidad triste y abotagada, desbordándose por todas partes, hasta donde la vista alcanza, si esta ceguera gris puede alcanzar algo con cierto color como tu estampa, Amelia, esa intromisión diezmada por el desorden, ultrajada por la felicidad y la infamia colorida de tu risa de callejón de tolerancia, la viveza de tus ojos celestes retándole al cielo y a la superficie marina de tus andanzas; tenías la alegría de las plantas carnívoras, olorosa y abierta, atrapando lo que se acercara, porque ir, nunca fuiste, “crecí como un geranio”, esperando siempre a que te llegue lo que te hiciera florecer, plantada en la maceta de un balcón; sin saberlo, eras la línea de un cuento de Rulfo; tu madre te regaba y podaba a medida que ibas creciendo, creía que lucirías eternamente bella, deliciosa, idéntica a sus propios sueños, reprimiendo sus deseos desde que se descubrió con Luisa en la sala de cine en París; solo fuiste el ejemplo feroz para que huyera el

principito; ella te develó, reina, que el cuerpo también se levantaba en los pezones, en el ombligo, por la presencia de otra mujer, que una igual podía darte verdadero sosiego; te ofreció confianza y no le entendiste porque hablaba ocultando el sufrimiento de algún daño cruel, evadiendo la corazonada de que llevaras algún demonio dormido en el bajo vientre, te prevenía para que estuvieses alerta cuando despertara; no supo decirte lo que ella creía padecer, e intentó que conocieras antes lo que pudiera desear tu cuerpo; te lo dijo después de que te devolvió la respiración, boca a boca, al borde de la piscina, mucho después de que vio la tentación en la mirada de tu padre, y creyó que podías irte de una vez; trataba de salvarte nuevamente, y no se atrevió a soltarlo con claridad, más bien te confundió y te enredó en el juego que dominaba tu padre; ella no intuyó que sabías manejar la libido: ensayabas en el colegio, descubriendo en la piel algún pueblo remoto en un atlas, tocando con emoción sin apropiarte de nadie, solo era un alimento del deseo que llevabas y no temías ni sentías culpa, era tuyo, personal, un lunar osado que no lo andabas mostrando por ahí, ibas con las ganas a cuestras, sencillamente; no supiste decirle que era el deseo lo que disfrutabas, la sensibilidad de cada poro, las fantasías que creabas en tu mente te hacían gozar de vivir sin necesidad de exégesis, prevenciones, ni cuentos malvados; “si coges penetras”, sentenciabas sobre mi cuerpo exangüe, intentando conseguir algo de complicidad, odiando mi desapego. No encontré mucho en los caminos que he recorrido ni guardo nada, solo restos, rescoldos que a veces me animo a darles algún sentido y no sean nada más espasmos que asaltan mi mente sin petición de parte.

“Un escándalo deslumbrante. *Su beso aún me sorbe lentamente vida como una incurable y ardorosa herida.* Edouard, altivo, fuera de tono, se pone frenético entre las mujeres, insaciable perro de Esopo. Los caballeros me hacen reír. Gonzalo, discreto, solo, vino sin la condesa. Iremos a la proyección de ‘Venus’ en *La Roue*.” Luisa Brooks apareció en la galería Devambe con vestido de noche, ceñido, los hombros desnudos, el cuello adornado con perlas, el cabello negrísimo, sin laca, brillaba: el corte terminaba en alas posadas, cuyas puntas señalaban la delicada proporción de su rostro ardiente, la mirada inquisitiva recorrió brevemente el entorno y se detuvo sobre el desnudo, sus ojos se iluminaron con impudor; Edouard Chimot, alto y rubio, parecía calvo, con bigote abierto, podría haber sido un empleado de comercio, hurgaba entre la concurrencia femenina. Luisa y Leonor Villanueva se encontraron luego de los besos con Juana Fernández, y de corresponder a la mirada insinuante y lánguida de Teresa Parra Sanojo. “No es una mujer”, declaró sin discreción; un silencio instantáneo surgió, y Laureano adelantó un pie dispuesto a defender a su mujer de una ofensa, Alfonso Reyes ensayó una risita inútil, y Foujita alabó la fuerza del trazo; “son todas”, levantó la voz, en francés, su boca se detuvo en la “u”, y Leonor entendió el halago; la pintora, baja de estatura, miraba encima de las pupilas de Luisa que no paraba de admirar la cadera de la mujer; el pecho abandonado y la resignación en la postura llena de *sensualité*; ninguno esperaba que la joven actriz dijera algo interesante o académico sobre el cuadro, la “é” al final de la última frase fue recogida por los hombres como una invitación; discretos, y algo desbocados, pulularon a su alrededor, y hablaron

del cinematógrafo, de Fairbanks, no faltó quien trató de hablar de 'Avaricia' de Stroheim, Luisa interrogó sobre lo que se hacía en Francia, en realidad a muy pocos les importaba la banalidad del cine americano; se abrió camino y observó la exposición, charlando con Leonor como si hubiesen estado solas, Juana y Teresa iban detrás, muy cerca, interesadas en que acabara de una vez el recorrido, no faltaban personas a quienes saludar; junto a "Naturaleza muerta 2", Luisa observó, elevando, una vez más, el tono de la voz, que la pintura de la Villanueva era definitivamente "apetitosa", aun cuando pintase frutas, jarrones o *poupées*; Foujita festejó con el rostro, los párpados se encogieron detrás de las gafas redondas; Reyes aclaró la garganta y no le quedó más remedio que estar de acuerdo con la aguda apreciación de la señorita y, además, agregó: era momento oportuno para ir a cenar, todos se rieron; Gonzalo Zaldumbide bosquejaba una sonrisa, arrimado con descuido a una columna, al parecer, observando la escena con los ojos ausentes, la mente enredada en las volutas que subían del cigarrillo entre sus dedos; Chimot, más allá, charlaba con la actriz Ginette Maddie, quien actuó en su película 'L'Ornière', y un par de bailarinas de cancan que posarían junto a Luisa para una composición, que esa noche bocetarían con Leonor.

Luisa Brooks viajó a Berlín directamente desde Nueva York; es un decir, lo sé, barco, tren, y coche, Amelia, la expresión trata de indicar que no hizo paradas especiales para quedarse, a la ida al menos; invitada por Georg Pabst, fue a presentar su película "La Venus americana" de Frank Tuttle, estrenada en enero; al cineasta austriaco le importaba un pepino el cine del neoyorquino, estaba prendado

de la belleza de la actriz, obsesionado con su desparpajo y sorprendido de su capacidad expresiva ante la cámara: se transformaba, camaleónica, y abordaba cualquier personaje con soltura, capaz de improvisar sobre la marcha, anonadaba, era mágica; le dio a leer una traducción informal de *El espíritu de la tierra* de Frank Wedekind y la mantuvo distraída algunos días; al principio le aburrió Berlín, fríos de corazón y de labios, con la perversión de un madero, en lugar de divertirse se castigaban, les gustaba el suplicio del dolor, no el placer, eran solamente malvados; usaban el cine para esconder lo que eran en realidad, le comentaría a Juana en la suite del Majestic. Luego de la proyección, en la sala improvisada de un cabaré en Potsdamer Platz, ante doscientos espectadores, durante el brindis, conoció a Fritz Lang, y a Hanna Fuchs: una belleza desenvuelta que hablaba perfectamente en inglés y tuvo la serena osadía de ofrecerle su casa en Bubeneč, junto a su marido Herbert, un hombre espléndido y despreocupado del deseo de su mujer; almorzaron al otro día, y las dos tomaron el té en una habitación, en la noche los acompañó a la presentación de la ópera *Wozzek*, de Alban Berg; le encantó la prostituta, su deseo de ser feliz, tenía que vender su cuerpo para comer con dignidad; Hanna no le seguía la corriente, se comportaba como una institutriz impoluta: su mirada y los labios avariciosos recorrían los territorios de un escote, un cuello, un hombro desnudo, la punta de una lengua imprudente, una bragueta orgullosa; era una adolescente de treinta años deseando tocar y ser tocada, coqueteaba y languidecía, se acercaba y huía llamando la atención, frotaba un arete, buscaba en la comisura izquierda de la boca o enredaba el cabello en uno

de los dedos; le presentaron al compositor austriaco, y este apenas la miró, vio que se le humedecieron los ojos ante la indiferencia de Hanna; Herbert lo saludó con atención y los dejó, prefirió seguir charlando con Lang, Luisa intentó hablarle del personaje, de la mayor víctima de su ópera, no del tarado asesino, sino de María: Berg balbuceó algo sobre la injusticia social, se alejaron; ese hombre no era más que una mala imitación de la imagen melancólica que tuviera de Oscar Wilde.

Cómo saber lo que va a suceder en un día, o en un momento; llegaste y desapareciste, Amelia, dejándome algunas de tus confesiones en retazos, tus fantasiosos intentos de librarte de tus malos deseos, el poco tino que tuviste para proponerme que me deshiciera de tus padres; cuando más feliz parecías o creía que estabas a punto de suicidarte, te llevabas todo por delante, caminando erguida como si la ciudad fuera la pasarela para tus devaneos, aunque para ti no era más que un ático lleno de cosas viejas, donde la gente embutía sus miedos y culpas: muebles en desuso, y escondía los recuerdos, escombros para que la mala memoria tejiera sus telarañas y sorprendiera a los incautos: moscas torpes que creen que el pasado sirve para masturbarse, cuando ya no acude ni siquiera el sueño. Hanna casi la secuestró de los brazos de Pabst, le ofreció financiar alguna de sus películas en el futuro, hablaría con Herbert, si conseguía que Luisa volviese a Europa para filmar como protagonista; viajaron en tren, en una estación antigua les esperó un coche que las llevó a Bubenec: la ciudad le pareció triste y demasiado callada, presentía secretos guardados, pululaba gente huyendo de su presente entre calles viejas y falansterios, y una minoría

elegante en el centro que iba disfrazada, a orillas del Moldava, el cosmopolitismo le pareció anticuado y oscuro, en construcción, absurdo; una noche disfrutó, cuando el señor Fuchs las alcanzó, aún fueron demasiado pudorosos, guardaban las formas, sus emociones, cuando estaban en público, adentro se liberaban, y se aburrían demasiado pronto; los bosques, como Central Park, solo servían para un picnic; al inicio de la segunda semana de estadía, a Luisa le empezó a invadir la tristeza y el desgano, Hanna la atraía vestida y entre la multitud, a solas apenas era una simpática caprichosa con hambre en el cuerpo; la casa y la ciudad ofrecían el silencio de los cuentos infantiles de terror; no el que dejaban los ronquidos de los migrantes en Nueva York; Hanna la dejó en el tren rumbo a París, le ofreció alcanzarla, su amiga Juana Fernández la recibiría en la Ciudad Luz; valía la pena que se mostrara, un par de semanas serían suficientes, presentaría su película, las noches parisinas le devolverían el color perdido en Praga; no retomó la ruta por Berlín, se detuvo en Núremberg, recibió una nota personal de Pabst junto al libreto en inglés de *La caja de pandora*; la historia de Lulú le apasionó en el camino y, entre escena y escena, compartió el coche con un joven médico francés que había equivocado su destino; viajaron juntos hasta Reims, él quiso seguirla, Luisa le convenció de que lo esperaría en América si él se atrevía a dejar la uvas familiares, la hipnosis y el psicoanálisis a cambio de verdadera libertad; le obsesionaban los recuerdos infantiles, la escatología de los deseos y la cocaína.

## XXV

La mujer del apartamento 9 se llama Rebeca, alguna vez trabajó de muchacha de mano en tu casa, Amelia; hasta hace pocos días era el ama de llaves en una residencia vecina, estas semanas 'gozaba' de vacaciones obligadas; lo sabría después, antes de la despedida, cuando le escuché que mató a su primer hijo con un golpe, accidental. Era media tarde, apenas lloviznaba, el ambiente estaba sombrío, el día se acostaba antes, lentamente, cansado y achacoso; el ángel de la carcasa de tu teléfono muerto se avivó en los bordes con la luz escandalosa de la pantalla de la *laptop*, lo demás oscuro; la visión que me permitían las hojas era una pintura gris, desoladora y silente, brochazos húmedos, oscuros, daban la perspectiva geométrica de un telón de fondo: la losa diluida sobre el vano negro del pozo comunal, las paredes apenas diferenciadas en las líneas de caída, en los ángulos del antepecho, y de la superficie de la terraza con manchas de tinta diluyéndose, arriba más líneas horizontales y verticales desapareciendo en la bruma interminable y monótona; entraron a escena los niños, esta vez jugaron al "florón", de pie contra la pared, los pares de manos juntas se extendieron en actitud devota, "déjame a mí", "tramposo"; el mayor cantaba el viaje de las monjas carmelitas hasta Popayán, "ya sé", gritó la pequeña y empezó a exigir cantar ella, el muchacho continuó sin hacerle caso, encapuchado, con las piernas abiertas, iba tocando, con las palmas juntas, las manos de los demás, repetía la letanía acompasada con los movi-

mientos, no soltaba el florón bajo ningún arrayán; apareció la perra labradora con sus tetas bicolors, se acabó el juego, la pequeña atrapó al animal manso por el cuello, el resto de niños se alborotó, el cuerpo largo de alguien avanzó, al detenerse se abrió un paraguas, asentaron una tina en el umbral y escuché los gemidos de varios cachorros, fue una fiesta interminable; aunque no pudieron tocarlos, la tarde se les alegró con la ternura que provocan los recién nacidos; la pequeña exigió uno, la mujer embozada del apartamento 10 salió del vano, agarró un cachorro y le permitió tocarlo, la niña trató de sujetarlo de una vez para sí, y el animal aulló de dolor, la niña lloró y se fue, seguida de los demás, con las manos vacías. La iluminación se opacaba en el mismo escenario, quedó la mancha de lo recogido, un par de ladridos contentos de la perra tras bastidores, los fantasmas de los chillidos, de los gemidos de los cachorros, humanos y caninos, y el eco de la letanía de las carmelitas retumbando en mi cabeza. *Precipítense de las altas montañas humeantes aguaceros y en toda su extensión ocupen las llanuras con su dilatado torbellino.*

Ahí, de pie, ante mi escritorio, un ánima inmensa observándome dormir en la silla, con el *Apéndice Virgiliano* abierto sobre mis piernas, la luz de la lámpara resaltaba las lunas de los lentes, los cachetes con rubor y el botón de la boca roja; sí, Amelia, corta, encogida en favor de la gordura de toda la cara; fingí que no me asustó y le escuché reírse, encendió el foco alto, y dejé el libro en su sitio, tratando de encontrar las palabras para que desapareciera: llevaba un camisón claro; el plástico en el piso, junto a la bata, detrás de la puerta cerrada, el picaporte puesto, la noche estaba allí y el aguacero también, golpeando en la

ventana; “mire”, ordenó cantarina, se acercó mostrándome un alicate, no sé cómo encajó su gran trasero entre la cama y mis pies; me negué, no pude levantarme, oculté los dedos, atrás, “no sea bobo”, me tomó de la pantorrilla y forcejamos, cedí por su jadeo, cedí porque sus tetas estuvieron a punto de estallar, las tiras del camisón, livianas, las del sujetador le apretaban, elásticas, le enrojecían la piel en los hombros; no había deseo, Amelia; “por usted, rezo”, tomó la funda de una almohada y la colocó a la altura del vientre, menos protuberante de lo que imaginé, permití que tomara uno de mis pies, lo llevó hasta la nariz, inclinó la cabeza y vio cada dedo, tocando las uñas sucias y oxidadas; empezó a cortar desde el más pequeño, “hay que bañarlo”, cada corte cliqueaba y saltaban los pedazos córneos, los que quedaban sobre su pecho los retiraba y los colocaba sobre la funda, “por usted, que es tan flaquito”; refregaba cada dedo cuando concluía, y se limpiaba las yemas de los dedos en la tela, “yo sí sé quién es”; me acostumbré al roce de sus manos, a las leves cosquillas, me encogí en algún momento cuando forzó una cutícula, su frente se fruncía apenas y dos líneas la cruzaban, la piel del rostro, hasta la papada, estaba empolvada, los lentes sobre la punta de la nariz le daban un aspecto travieso a su actitud concentrada; me descubrió observándola, sus ojillos me rebuscaron, “yo no quiero nada con usted, rezo”, tomó el otro pie y continuó la tarea, nada tenía que decirle, no quise hablar, me habría gustado que tampoco hablara; encogí los dedos del pie arreglado y me corrió una sensación de frescura, mis sentidos se abrieron y choqué contra el aroma frutal que emanaba de ella, toda la celda olía, como después de haber vaciado un aromatizador

ambiental; el gato estornudó dentro de su concha-cama, lamía sus patas y limpiaba su cara; llovía y me hacía falta un baño, no hacía frío, estaba abrigado, a los tiempos que recibía una vaga sensación de comodidad, de placidez que habría disfrutado feliz si no me hubiera sacado del trance, exigiéndome ayuda para levantarse; el piso estaba helado, y le extendí las dos manos, puso a un lado la tela con los fragmentos de uñas, frotó las palmas y se agarró, se incorporó aparatosamente, me fue venciendo hacia ella, me tiré para atrás, y logré verla de pie con su sombra encima, “prefiere a la mocosa, seguro”; se lavó las manos con jabón, enjuagó, sacudió y buscó con qué secarse, el mantel estaba guindado del clavo, lo señalé; se le pronunciaba el culo, cuadrado, gigante, la piel de naranja resaltando en los glúteos y los muslos, no llevaba ropa interior; me dejó mirarla y se volvió, “le traje sopa”, soltó, yéndose a la puerta, se colocó la bata, sacudió con estruendo el plástico, y recién volví a ver las botas amarillas; no me moví, Bruno saltó al escritorio y la vimos quitar el picaporte, se cubrió, giró su rostro apretado, “coma caliente, don Ignacio, soy Rebeca”, abrió las hojas y salió dejándome en las retinas el golpe de sus pasos salpicando, y el frío atropellando.

Cerré la puerta con seguro, escondiéndome al parecer, a un lado del lavabo, en el mesón, estaba un perol pequeño con tapa; abrí la llave y dejé que el agua corriera lo suficiente para escuchar roncar a la ducha eléctrica; me acordé de mí mismo, Amelia, volví a tener noción de limpiarme, hace tiempo que no me olía, apestaba tanto o peor que un chivo, dejé de verme desde que desapareciste, cuando se inundó el segundo piso del dúplex, dejándome el ángel de plata en tu teléfono ahogado; el baño fue un

bálsamo a pesar del escaso caudal, encontré calzoncillo y pijama limpios, descolgué otro saco, casi me igualé la barba, no me gustó el reflejo del rostro escuálido que vi, los pelos brotando desde los pómulos, la mejillas hundidas, los ojos estaban sueltos en las cuencas con cierto brillo de angustia, y los labios yertos por el frío que ya había reconquistado su territorio; recogí la ropa sucia y sacudí en el inodoro los trozos de uñas, hundí todo en el cesto; colgué la toalla húmeda y me vestí apresurado, me faltó la respiración, hice todo rápido, se me acababa el tiempo para algo, sofocándome; abrí la puerta y la dejé entreabierta, el aguacero continuaba allí con su guardia perenne, avanzando, seguro, a cubrir toda la tierra, tuve la sensación de que no solo caía sino que recogía y desaparecía; lo sé, Amelia, el olor no se lava, ni la conciencia, menos en el Ganges, la culpa se queda y carcome si no tienes indolencia corriendo en la sangre; me quedó suficiente regocijo para calentar la sopa de papas y fideos, y comérmela sobre el escritorio, le serví, en su platillo, un poco de caldo tibio a Bruno, bebió y fue a tenderse sobre la almohada sin funda, se limpiaba el hocico; apagué el foco del techo y dejé la lámpara encendida, los árboles figuraban el abandono de los hombres esperando, hieráticos, la calma del cielo; corría el agua en la ciudad, imaginaba las charcas en las simas, llenando los desniveles, fluyendo sin retorno, solo cemento y asfalto rechazando el líquido necio, filtrándose por la fisuras, no he visto lodo en ninguna parte desde mi atalaya, en el parque la hierba se ve larga y aplastada: *las cabelleras sin cortar de un cementerio olvidado.*

## XXVI

Ovacionaron el saludo y el apoyo de los auspiciantes; el teatro Diógenes se puso de pie cuando Ivonice te llamó musa, de forma silvestre, y te señaló con patético dramatismo, desde una lejana distancia, intentando alcanzarte, en realidad estabas a una zancada de la diva desafinada y chirriante, te envió besos volados y te agradeció por haber sido tú quien logró que sacara del fondo de su cuerpo el alma verdadera que la habitaba, y el apoyo imprescindible para su movimiento transfronterizo; le costeaste algunas operaciones, normalmente la vestías y pagabas en efectivo la mota que te conseguía en paquetes de *bananitas* picantes, le regalabas la mitad y algunas joyas a cambio de que te divirtiera; te dejó mezclarte algunas veces en algún tambo de los barrios altos, ventilado con ruda y otras hierbas que alejaban la mala suerte y la brujería endiablada, atraían mariguana, trago, polvo, colibríes y el deseo desbocado que, más de una vez, concluyó en ataques de histeria con arañazos y cortes de navaja; te cuidaba, compartieron un amante y le provocaste todos los celos a la hembra encadenada: Jorge Puma evitó que Ivonice te destazara en la misma estera donde antes se convidaron comida y caricias; terminaron de amigos en la estación de autobús con el amante, nunca te habías subido a uno, “todo es anormal”. Jorge, en la sala de reuniones, ordenaba la papelería, encubría y guardaba las evidencias de lo que se hubiera salido de tono en la reunión ejecutiva del direc-

torio de la aseguradora, todos en el piso se habían ido ya, iba a llamar al personal de limpieza; tu padre vociferó desde el despacho, golpeaba y lanzaba objetos, el administrativo abrió la puerta con temor, e ingresó a ofrecer su ayuda al presidente que lo miró con desprecio, y le exigió que le sirviera un trago; al acercarse le tomó de una de las muñecas y le torció el brazo, obligándolo a arrodillarse, insultó al asistente, se burló del “mariconcito eficiente de presidencia”, le exigió tomarse un whisky: desvariaba entre un negocio fallido y la condición homosexual del muchacho, le hizo gatear y alcanzó a darle más de un puntapié en el culo, tambaleándose y volviendo al sillón presidencial, necesitaba un ministro maricón que obedeciera sin chistar; ordenó que le sirviera otra copa, le pidió que se acercara sin miedo, y le golpeó en la cara, Puma gimoteó sin moverse, luego se chorreó en el piso a los pies del patrón, “se enamoró”; tu padre era el caballero andante de Jorge, lo acompañó el tiempo que se quedó dormido, aprovechó para meterle mano en la bragueta, y le besó el rostro, era su dios; lo dejó allí, plácido, acomodó lo necesario en la oficina y salió en busca del ‘ave’, en otra ala del piso, solo estaba un chofer roncando entre dientes, iba a amanecer, consiguieron que apareciera el hombre de confianza del presidente. Recibió, en agradecimiento, la seguridad de su trabajo en el despacho, y el ‘privilegio’ de ser meado por el patrón cada vez que lo llamara en horas de oficina: lo hacía ponerse de rodillas con las manos atrás, le colocaba un babero gigante, de plástico grueso, apuntaba a la boca y procedía con la micción; tragaba y se iba agradecido, la primera vez ni siquiera quiso recibir la generosa propina; lo humillaba lleno de vileza, asombrado y satisfecho, lo

veía caer y levantarse, lastimarse, volver a la mano y lastimársela; Puma pretendía entender la actitud de ese gran hombre, por él quería convertirse en una mujer normal; no pudo evitar que creciera el resentimiento contra ese machismo indiferente que no cedió un ápice del afecto que creyó merecer; nunca más pudo estar a solas con el señor, a solas en el despacho, velando su borrachera, le colocaron otro vigía que limitaba sus acciones cuando el presidente no podía con su propio desenfreno alcohólico.

Te vi de pie, abajo, tu cabeza rubia quieta, un pie adelantado y te imaginé sonriéndoles con solemnidad, algo hiciste, sin moverte, “lo que tú quieras, reina”, gritó desde el micrófono, y encendiste un cigarrillo, el humo se elevó y trastabilló entre la gente de galería, se fundió en las luces altas que iluminaban la escena, alguien gritó por mota, quizá gesticulaste: se rieron entre los que te rodeaban. No cantó, pensé que iba a cantar; Ivonice fue enfureciéndose, en la pantalla no proyectaban el video que anunciaban en el programa, el pretexto de la noche había sido la presentación de un documental sobre la lucha de “Las cuerpas soberanas”; la gente aplaudía y se reía de las bromas, de los movimientos eróticos, exagerados, de la anfitriona sobre el escenario, apelando a la libertad del amor y del sexo, exigiendo respeto a su derecho a la diferencia, imponiendo su modo de ser y de ver lo que le rodeaba; su movimiento político era único y solidario, exigió que desalojaran la sala quienes no comulgasen con ella, quienes no fueran “cuerpas estigmatizadas”, llamó a los concurrentes, a “todes”, a que encontraran infiltrados criminales que estuviesen en el evento, dispuestos, si no a boicotear, al menos a robar el sueño, la filosofía y el arte de las “cuerpas

soberanas”, que los expusieran y exigiesen el abandono inmediato del teatro Diógenes, lugar sagrado en ese momento lleno de amor, paz y desahogo; todos se miraron en un ritual de reconocimiento díscolo; no ironizo, Amelia; pasaron de mí, yo tenía tu protección, descubrieron otra víctima con pinta de espía nefasto, parecía un hombre común con facha de profesor universitario que anda en bicicleta, quizá era otro ejemplar de la especie que duda de sus propios afectos y deseos; muchos se volvieron a verlo, otros trataron de encontrarlo, varios no se incomodaron, dos miembros (hombre y mujer, básicamente) se acercaron al individuo que no se dio por aludido, les dijo algo con paciencia, sin moverse del asiento, el murmullo fue decreciendo, casi hubo silencio; “es una loca, loca”, chillaron desde atrás del escenario, aplaudieron divertidos, pasaron un mensaje a Ivonice que agradeció a las ‘hermanas’ y dio la bienvenida a esos ‘compañeres’ sensibles que se unían a la causa; esa nueva actitud cambiaría las relaciones entre los seres humanos sin distinción de raza, religión o plata, la virgen madre protegía a todos por igual; la nueva descendencia debía ser criada en comunidad, las mujeres que decidiesen preñarse ofrecerían sus vástagos a la comunidad y así crecerían amorosos y sin prejuicios, porque madres eran “todes”, y lo masculino era nada más un mínimo elemento biológico que forma parte de la madre naturaleza, la “gran cuerpa”.

Cables iban y venían alrededor de la oradora, colocaron un proyector portátil en el piso, probaron a exhibir un video y nada sucedió, llamaron a algún experto en la sala para que colaborara con la instalación de los aparatos traídos por alguien de afuera de la Casa de la Cultura, pues

los institucionales no servían; quizá lo hicieron a propósito, el sistema se confabulaba para impedirles ejercer su derecho a expresarse, lo habían solicitado por oficio, y por oficio habían aprobado el evento y los contenidos; falló el sonido, Ivonice fue detrás y bebió un trago largo de un vaso que le ofrecieron, pitó profundamente un cigarro, pegó un alarido de dolor con el humo saliendo de la boca gigantesca: una caverna a punto de tragarse al Diógenes y a los asistentes, temí que los dientes níveos soltaran amarrazas, salieran disparados y dieran en el corazón partido de la audiencia; avanzó, los fiordos chocaron entre sí, no se cayó, acomodó los pies en las plataformas y llegó hasta el micrófono, no se expandió la voz, gritó, no se disculpó por las fallas técnicas, lloró, y demostró que el “sistema falocentrista” quería humillarlas una vez más; “¿debemos irnos?”, la gente negó al unísono, “¿sigo?”, afirmaron con aplausos, acostumbrados a la desgracia, llenos de compasión, resignados, haciendo catarsis con el sufrimiento de aquella, de todos a quienes nada podía salirles bien: estaban marcados por esa sociedad malsana y egoísta; nada parecía tener sentido, era una representación soberbia de la comedia humana, nada era coherente, y sentí cómo crecía la sensación de reconocimiento común a la normalidad de esos acontecimientos entoldados bajo otras realidades amorfas; Ivonice enronqueció de tanto hablar a capela, algunos de los asistentes silbaban condescendientes, otros abandonaron la sala, las butacas se llenaron enseguida con otros ejemplares: llegaban mojados, sacudían sus cabezas y sus chaquetas sin cuidado, nadie más existía a su alrededor; alguna pequeña protesta y volvía la empatía con algo de miedo; miedo espeso, Amelia,

las risas de oropel y los brillos de las lentejuelas no podían ocultarlo: soberbia, orgullo, descaro y pavor; tomó fuerza la arenga otra vez, reiterando, dramatizando el sufrimiento de su grupo, quejándose del maltrato, de la humillación que recibieron cuando pidieron el espacio para su encuentro en esa casona cultural, y se fue en un discurso sobre la discriminación y el abuso a las “cuerpas” que trabajan en los peores menesteres y eran utilizadas por una sociedad hipócrita que las explotaba; defendió el aborto y el derecho a definir su preferencia sexual en contra de un machismo exacerbado que las violaba y las asesinaba por ser mujeres, por ser glbtqi+ u otras identidades, minorías que brotaban en medio de las pesadillas provocadas por el “falocentrismo”: vendía y compraba lo femenino, la pederastia, lo llamado perverso, e inventaron lo bestial; se atrevían a discriminarlas, imponían sus gustos, sus propias atrocidades, y las culpaban; clamó en contra de la exclusión de los diferentes, del ataque sistemático a la diversidad de las almas que habitaban esos envases perecibles que las cubrían —repasó con cadencia todo su cuerpo—, y les ofrecían una forma elemental de identidad sin soberanía; vivió por el derecho de “todes las cuerpoas”, alentó por la alegría de vivir con dignidad, animó y tosió, retrocedió, a punto de caer muerta sobre el escenario, giró y dio dos pasos, lentamente, con los brazos extendidos y las palmas de las manos vueltas hacia arriba; nos pusimos de pie y aplaudimos rabiosamente, los parlantes emitieron ruidos de instalación, las *drag queen* fueron detrás de ella y tú también, Amelia, luego de que el capitán Kazan te pusiera en las tablas; los niños despertaron, en el piso, a los pies de sus respectivos padres, el público esperó algo

más, el equipo de producción repartió hojas volantes; te vi encender un cigarrillo en las manos del mosquetero, y caminaste en busca de Ivonice, se reía cerca de la pantalla: un vaso en una mano y con los dedos de la otra igualaba el maquillaje corrido debajo de los ojos; vibró una cumbia villera: *cómo no agradecer mi niña hermosa, que me des tu amor, te entregués toda.*

## XXVII

Los días ya no nacen, transitan en un crepúsculo que no acaba de aclarar, dura horas de insomnio, de siestas, decenas de páginas, gritos pelados lejos, autos salpicando, trinares, raros chapoteos, voces que ofrecen frutas y combustible, sirenas imaginando que engañan, persiguen y multan, o matan, viento golpeando ramas que barren el aire del mismo viento que pasa; la verticalidad del agua es obscena y abundante, hipócrita, encalmada, lenta, gusano que tienta a un pájaro aterido, y el silencio, entre esas bullas dispersas, avisando que el tiempo transcurre; llega sin aviso, se calla más, en la distracción de un parpadeo la negrura ha entrado de una vez, un manotazo en la oreja y adentro suena, suenan los oídos llenos de cera, silba la locura un instante, tetera pitando desde el pasado, la noche gélida entra impune y no tengo sueño para acoderarme, huir del tedio nublado, la tormentosa vigilia.

Literalmente cayeron de las camionetas; el cansancio, la resaca y las sicodélicas imágenes de la reciente faena los dejó arrimados contra los vehículos, desconectados, idos, sin fuerzas para nada más que desfallecer, uno de los muchachos vomitó por ahí, el sol golpeaba en los ojos y hería; Cello se animó y se acercó, le pedí que los reuniera, encontraríamos una tienda de campaña para los siete, desayunaríamos primero, delante de los demás voluntarios, médicos, profesionales, policía y la Cruz Roja, con normalidad, luego a las duchas y a dormir el resto de la jornada, el día siguiente traería sus propios menesteres,

volvió con ellos y entramos; el campamento estaba instalado en una explanada, a doscientos metros de la playa, detrás de una hilera de palmeras que se perdía en el sur; se armó por iniciativa y financiamiento privado de empresas de servicios, de construcción en particular, que empezaron a llegar al día siguiente del sismo: la buena voluntad y la solidaridad latente en el espíritu humano los movió para ayudar en medio de la tragedia; las víctimas estaban asustadas, paralizadas, apenas se mantenían en las afueras de sus viviendas o de las ruinas, en descampados, rezando, esperando alguna señal que les indicase que la tierra dejaría de temblar: se produjeron réplicas fuertes durante las siguientes 48 horas, y continuaron irregulares, semanas después; el pánico cundía entre la población afectada, buscaba con desesperación a familiares y vecinos, solidaria entre sí, a riesgo de morir también entre los escombros bajo nuevos derrumbes: arañaba, escarbaba, en busca de las voces que gritaban o se quejaban desde los vacíos oscuros entre los destrozos; edificios se asentaron en el lapso de varios segundos aplastando lo que había, entre dos losas sobresalían la cabeza y el brazo hinchados de una muñeca de caucho, y un perro silbaba encima; pronto, el sector del epicentro hedió a cadáveres en descomposición y pulularon también los saqueadores, los carroñeros humanos que avanzaban por todos los sectores, robando, ultrajando, cumpliendo venganzas; sí, Amelia, llegaron las fuerzas de seguridad y rescate del Estado, comandos apurados, con las manos vacías al principio, a pesar de la voluntad hacía falta eficiencia, control, faltaron recursos inmediatos para curar y alimentar, equipamiento para rescatar, abrir caminos y despejar, entonces

la empresa privada movió sus aperos y recursos, y fueron un equipo que colaboró con generosidad; los proselitistas se arrimaban a uno u otro filántropo y aparecían en los medios de comunicación mostrando su oportuna generosidad y desprendido sacrificio en favor de las víctimas; nadie aprende a morir y falta tiempo para aprender a vivir; con la declaratoria de emergencia, las empresas privadas firmaron contratos, se nombró un Comité de reconstrucción, y todo se fue convirtiendo en una historia que sucedía en escritorios, salas de reuniones, búnkeres de diseño, presupuesto y pago; hubo movilizaciones espectaculares de maquinaria y equipos, traslados en helicópteros que se transmitían en tiempo real por medios de comunicación y redes sociales; el sentido de lo heroico funciona en el ser humano en la inmediatez, se mantiene a corto plazo, luego vencen el tedio y la modorra, los ojos se vuelven hacia sí mismos y descubren la vida propia: los derechos, los negocios, la sobrevivencia cotidiana; entre la tragedia, mujeres y hombres, voluntarios, soldados y policías de tropa rescataban y ayudaban, enfrentando y solucionando problemas sobre la marcha sin tanta estrategia de pizarra, más sentido común y verdadero altruismo; se armaban comidas generales en medio de las zonas de riesgo y compartían lo que había: arroz, papas y atún enlatado.

La brisa marina pegaba contra las carpas y las alborotaba, enfriaba en la sombra; poca gente deambulaba con algún afán, las cuadrillas y equipos de trabajo ya habían salido, las palmeras eran los barrotes que detenían la libertad del mar; un cocinero alegre nos sirvió estofado de gallina y arroz, jugo de frutas, café negro y pan, era chofer de 'cama baja', transportó, desde la Sierra,

motoniveladoras, ahora servía en ese comedor, estaba de vacaciones; la actitud de la mayoría de voluntarios era alegre, desinhibida, dispuestos a ofrecer su contingente sin reparos; es la falta de validez a la existencia común en la “normalidad”, Amelia; en las catástrofes, los voluntarios, de coyuntura o no, se concentran en rescatar y salvar vidas, en construir para los demás, olvidándose de sí mismos, olvidando sus responsabilidades cotidianas, dejando de lado sus afectos y efectos personales, es una extraña manera de evadir su propia realidad; en general, reciben un sueldo básico o tienen de qué vivir, hay voluntariados financiados por fundaciones sin fines de lucro; susto y gusto duran, y son, lo mismo, solo depende del lugar y la posición en la que te encuentres. No supe los nombres de los dos jóvenes voluntarios que andaban con Cello, no les escuché decir una oración completa, afirmaban o negaban, exclamaban a veces y se reían de las bromas, hacían, nada más, una conscripción obligada, y aceptaban lo que venía sin cuestionar, no sé de dónde salieron, al parecer eran hijos de empresarios, estudiaban en el exterior y regresaron para ayudar en la emergencia; todos le dieron la espalda al mar, menos el conductor y yo, el desayuno empezó en silencio y pronto se reanimaron, Tiago fue el parlanchín, los verbos morir/matar aparecían de vez cuando en su chacoteo, Manú le cortaba la viada amenazando con golpear la oreja herida, y trataba de ordenar las tareas de la siguiente jornada, Cello comía en silencio, hurgando en su mente a través de la mesa; Tiago insistía con sus anécdotas de muertos cinematográficos, seriales de televisión, y literarios, intentó relatar la anécdota de la muerte de un niño que escuchó en su casa, oculto debajo de la mesa, en

voces que se escondían entre susurros y oraciones, más tarde la historia salió a relucir entre primos: otro cuento más de brujas, diablos, vampiros y asesinos; creí que disfrutó de la matanza cerca de la bahía al amanecer; ese titán tenía el instinto para dañar sin remilgos, un buen muchacho, valiente y generoso, con ese bicho adentro; tú también lo tienes, Amelia, ¿quizá nunca despierte?, está ahí, latiendo; nos despedimos en la carpa dormitorio, no me quedé, Cello me acompañó a la camioneta y ofreció que ninguno comentaría sobre lo sucedido, quedamos en vernos pronto sin tormentas de por medio, lo vi irse agradecido y con ganas de dormir profundamente; hay un cuartel cerca, preferí la privacidad que otorga la autoridad, teníamos que asegurar la zona y a su gente, en especial los campamentos de acogida para familias damnificadas, donde la violencia y el atropello empezaron a cundir en contra de mujeres y niños, particularmente; el miedo y la lujuria son recíprocas cuando campea la impunidad.

Las luces urbanas se apropian, un instante, a la misma hora, y desaparecen las nubes. Las gotas volaban en los haces de las luminarias, abajo los fantasmas corrían despavoridos sobre el pavimento inundado, Bruno y yo juntos mirando a través del ventanuco, esperando que sucediera algo más que la noche misma, que ese vago resplandor detrás de la arboleda; no lo esperaba, Amelia, me trajo una inquietud que no tenía, ella conocía cada centímetro de la celda, su nido de amor con el profesor Alcides, no estoy seguro, lo supongo; cuando me preguntó cómo supe de la 'suite' y su número de teléfono, me dio a entender que no había anunciado la renta: "a Rebeca", mu-

sitó para sí mismo, firmando el recibo, en aquel momento no importó; el tumbado negro, impenetrable, tan vasto, acogía todo lo vivo sin asfixiarlo; la imaginé encima del profesor, castigando el rostro jubilado y eufórico con las ubres pesadas y abundantes.

## XXVIII

Estaba dormido en la hierba, cerca de la piscina, cubierto por una toalla, no sé si fue generosidad tuya o de Manolito; cuando la retiraste, el sol me asestó sus cuchillos y tu sombra me salvó: estabas desnuda, bronceada, te acababas de duchar y llevabas un turbante en la cabeza; me ofreciste el vaso y te descubriste en mis ojos, cometiste el error de dejarme ver los defectos de la edad en la piel de tu rostro sin afeites, ¿sobria?, pasmaste la sonrisa coqueta, soltaste el vaso muy cerca de mi cara y corríste herida por la luz, rodeando la piscina, vi tu cuerpo perderse en el interior de la casa del señor Salmón; no había restos de nada a mi alrededor, ni nadie: el vaso, la toalla y yo bajo el esplendor blanco y azul del cielo, me cubrí y seguí tu camino, a un lado avanzaba el valle hasta la línea difusa del horizonte donde se levantaba la cordillera brumosa y azulada; espejismos y destellos se disparaban del suelo por el sol que avanzaba a lo más alto de su trayecto, llegué a la sombra del salón de paredes blancas, interminables, y vi el cuadro opaco, al principio, sobre el rectángulo largo de la ventana, mis ojos aún no descifraban la diferencia de iluminación.

Te dejó besarlo antes de bajar del auto, te guio por los corredores amplios y te acogiste a la policromía de las telas que colgaban de las paredes, a los objetos de colores intensos colocados en lugares estratégicos: lapislázuli, ámbar, esmeralda, oro, ónice, calcedonias sobre blanco y

plata, el piso de mármol veteado con delicadeza, transparente y profundo, provocando la sensación de flotar y cierto recelo al dar cada paso; llegaste a un sofá mullido que te recogió, bebiste algo del whisky que trajo Manolito en una bandeja, y desapareció; Salmón te veía observar el paisaje, detrás del vidrio, que se perdía en el fondo de la pared extensa, semejante a un artificio fotográfico que juntaba el despeñadero de Guápulo hasta el macizo que sostiene el parque Metropolitano sobre la ciudad callejón, el viento arrastraba hojas afuera, y la visión se difuminaba, te aburríó; Salmón te auscultaba sin misericordia, recorría tus espacios y tus actos, respondiste a sus preguntas sin quitar los ojos de la pintura, puso otra pastilla, esta vez en tu lengua, y vaciaste el resto; se alejó con los vasos.

Los peces duermen en cardúmenes, se mueven en conjunto con las corrientes, si volaras los verías muy cerca de la superficie de los mares sobre bancos de coral policromos, selvas y arboledas brillantes tomando las formas de los fondos marinos; despiertan juntos y al toque de una coleta nerviosa se trasladan, se levantan desperezándose, dividen el cardumen en otro, y en otro: pájaros migrando, bandadas de murciélagos en busca de bosques frutales, arena levantada en una tormenta del desierto; resplandecen con los rayos de sol que atraviesan el agua, chocan en cada escama y retornan al aire: millones de hojas de otoño en remolinos, cristales que rotan y cambian de tonalidad en el espectro, mosaicos que reflejan el firmamento y lo que hay sobre la tierra; si estuvieras abajo, con ellos, son nave, y sombras de bestias mitológicas, tejido de arpillera, de nudo grueso, que deja pasar la

luz: en el abismo solo hay misterios y naufragios; entonces brillan las actinias, entre algunas estrellas, se abren a la luminosidad, fulguran sus pétalos, flores en primavera parecen volar a causa de las corrientes leves: melenas de muchachas que miran el atardecer sobre un muelle, o son girasoles quietos, generosos y abundantes que chocan con la avaricia amarilla de los de Van Gogh; sentada en el fondo verías a las medusas flotando, cayendo y subiendo imperceptibles: miles y miles de caléndulas, margaritas, hortensias al garete, coloreando otras formas, adornando otros seres; entre esas nubes de vida están ellas, las serpientes acuáticas: largas, sinuosas, pálidas, ensoñadoras, terribles y evasivas, confundándose en los cardúmenes que las protegen y alimentan.

Estaban allí, en el cuadro inmenso, mujeres agotadas del gozo, descansando de una larga noche de comercio amatorio, tendidas en un lecho suspendido, entre colchas, bordadas al pasado, que no dejan de mutar; creíste que escuchabas la respiración agitada de la rubia que parece recostada de lado, la piel pálida y tersa, recorriste sus glúteos, la curva serena de la columna vertebral, la maraña de cabellos, un mechón sobre la mejilla encendida, la boca abierta, el párpado cerrado; más atrás la cabeza de otra, dormida, de cabellera roja yéndose en hebras con la corriente, el perfil blanco, la nariz larga y aguda, sacando los dientes inferiores a punto de morder en el sueño; una serpiente más con la melena negra arremolinándose bajo un mosaico, los ojos idos, medio abiertos entre la piel azulada de la cara, ocultándose.

Y la última, la que te hipnotizó, ocupando toda la

parte inferior y un tercio de altura en el cuadro, el cuerpo desnudo, musculoso, decúbite prono: la línea partiendo desde la corva, siguiendo la pierna elevándose, cayendo y volviendo a subir con el glúteo pronunciado, firme, continúa por la espalda, dibuja el hombro y cae en el brazo, se bifurca y forma un seno generoso, atrapado con el antebrazo, la aureola rosada y el pezón mordido contra la oscuridad: de allí aparece parte de la mano y los dedos largos, dos se pierden entre el pelo castaño que corre largo por debajo de ella; sobre la uña del corazón brota la otra mano, palmera, debajo de la quijada, los dedos recogidos como si se rascase a la altura del omóplato; la cabellera es abundante y espesa, cargada de esporas y flores, mechones llenos, infinitos, van y retornan, suspendidos, acogen el rostro adolescente, maquillado: los labios rojos entreabiertos, apenas, la nariz respingada e insolente, los ojos alargados y grandes con la mirada calmada, retadora y complaciente a la vez; seguiste la línea de la última hebra, abajo, y recorriste la curva de la cabellera, dos, tres esporas, tantas; el cuerpo sobre la oscuridad marrón en la tela: debajo del seno, el antebrazo, luego el codo, el vientre plano, brilló en oro el vello púbico, ingenuo y burdo; el muslo brutal y contradictorio, no te pareció atlético sino masculino, africano, y la rodilla inconclusa.

Volviste a sus ojos, giraste la cabeza, cambiaste de posición en el sillón, te levantaste, diste algunos pasos y esas pupilas no perdían el brillo, parecían vivas, te provocaban, era hembra y también andrógina, era blanca y también negra, aunque la tez tuviera el color de la luna, te excitó; intentaste alcanzar el cuadro, tocarlo, fue imposible, sentiste angustia y te dieron rabia las ganas de llorar, “fantasía

adornada de putas”; rompiste a llorar y no te calmaste con el whisky ni con la coca que te metiste. Salmón estaba ahí en bata de baño, con otra para ti en la mano, y tú, sin sentirlo, pensaste que se había ido a la eternidad; te dejé llorar, continuó allí, observándote, asistiendo a tus representaciones con aire risueño, lloraste en su hombro y le dijiste que la puta del cuadro te recordaba a tu hija; tenía esa misma mirada resabiada e indolente, esa distancia sin afecto que impuso cuando te obligaron a dejar la fiesta de su matrimonio: te pusiste a esnifar delante de todo el mundo en el escote de una joven invitada que esa noche volaría también a velocidad de crucero; pediste perdón a gritos, sentiste un residuo de maternidad, rogaste por un poco de lucidez; la alcanzaste, ella no se dejó tocar, solo te miró helada, sin decir una palabra, a punto de sonreír, sabiendo que algo así tenía que suceder, el “ave” y otro empleado te alejaron de allí; rostros rudos, acusadores y avergonzados se acercaron contra tu cara y sentiste la pestilencia de sus alientos, la caricatura de sus rasgos se estiraron, garras para lastimarte, tuviste una crisis de pánico, “me apagué”; no la volviste a ver, la joven pareja viajó al día siguiente con destino final, Papúa Nueva Guinea; el hombre de confianza de tu padre te inyectó lo suficiente para que recordaras el escándalo luego de una semana; no conseguiste hablar con ella sino meses después, antes recibiste un mensaje telefónico con una ecografía adjunta, diciendo que pronto serías abuela de gemelas, esa reiteración contradecía la mínima posibilidad de redención, la de una realización perfecta y feliz.

Adornaban el árbol de Navidad junto a la chimenea, Jacques Brel interpretaba los sortilegios del amante en

una tramposa historia de amor; creíste que tu madre boqueaba junto al rostro de un muchacho delgaducho que le seguía en dúo, cantando la canción, a punto de darse piquitos ridículos, tu hija pequeña encaramada en una escalerilla, colgando bombillos en las puntas de las ramas del pino recién arrancado; tu madre tenía la felicidad en el rostro, ese gesto ridículo y sentimental de cuando te contaba sus sueños de aventuras en París: vestida con minifalda y boina, pintando grafitis en las calles del barrio latino, huyendo de la policía de la mano de una compañera, amiga y amante guerrillera; te lo susurraba en un francés atrofiado por la falta de práctica; te confiaba su más hondo secreto, ella también, de jovencita, había sido comunista, y se reía con ese timbre impostado que no era educado sino hipócrita: las niñas bien no se ríen a carcajadas delante de los demás, parecen libertinas, dándote recomendaciones a la menor oportunidad para que fueras la reina de todas las reinas; “chillaba como una cerda”, cuando el señor la encerraba para hacerla reír en la intimidad hasta hacerla llorar de gusto; más de una vez la encontraste yendo a su habitación, a cubrirse las huellas de la alegría que recibía también en los pómulos. La princesa fue cariñosa contigo, te abrazó con ternura y te presentó a Juan Manuel, tercero en la línea con el nombre, hijo de un socio colombiano del principito, llevaban saliendo varios meses y no te habías percatado, es más, ya habían fijado fecha para casarse; supiste que era un genio para los números y los idiomas y, gracias a su progenitora europea, había recibido una educación inglesa, formal y recatada: tenía un rostro híbrido y el pelo ensortijado, de niño travieso, los ojos, detrás de los lentes, eran despiertos

con la honestidad aprendida en los libros, lo viste abrazado de tu hija y sentiste pena por él; graduado con honores en Londres, había practicado en Chile y en México, y ya estuvo listo para emprender su camino en solitario; tu hija concluyó sus estudios con amuleto, y decidió irse con él al otro lado del mundo, casados, con la garantía del principito y la protección de tu padre; la niña quería su propia familia pero no luchar por nada, tenía el derecho a vivir bien, nada más; te dejó la princesa, reina, con su desamor en tus malas costumbres: alguien que abandonó un paisaje en la ventana, una presencia anónima en el asiento de junto en la sala del teatro, hechos que después no serían más que borrosas anécdotas; te contó brevemente, en una videollamada, de las dos semanas en Londres, el cruce por Europa, al fin Moscú, de allí a Oceanía; Juan Manuel era el gerente de operaciones de una multinacional minera, vivían en Port Moresby, él viajaba al interior y tu princesa vivía rodeada de sirvientes papús; viste a las bebés dormidas, los rostros colorados, dentro de una cesta circular adornada con cintas de arco iris, fue una visión breve, casi imaginada, no te salieron palabras, ni un gesto de ternura; volvió a mostrarse tu hija en la camisa de hilo, sentada en posición de loto sobre un piso de madera y te hizo adiós con la mano, sonriendo; la pantalla se difuminó, dejando el fantasma de tu propia silueta, “los viejos no deben tenerlas, bonito”.

## XXIX

La noche tenía horas de asedio; escudriñaba con insistencia sobre la terraza tratando de encontrar alguna diferencia de luz, descubrir en el agua algún pretexto para recostarme y dormir; nada, solo el brillo húmedo, animal y quieto de la superficie que se perdía sin apelación en la oscuridad. Juana Fernández también me hablaba de lluvia: “*Llueve, llueve, llueve, y voy llena de la voluptuosidad de no pensar*”. T. descansaba en la tina cristalina, no le extrañó mi presencia, detuvo su melancolía y nos sentimos amigas. Luisa y Gonzalo desaparecieron. Jules leerá su traducción de Tablada en la Embajada. Alfonso, relegado, rumiará algún chisme, es insufrible cuando no es el centro de atención. Iremos con Leonor a Suiza. T. tiene una cita en Lausana, no quiere que Félicien nos siga. Esta noche veremos ‘Venus’. Francisco dice que es una ‘americanada’ de mal gusto. Iremos por Luisa. *Llama de impaciencia llena*”.

Olió, de pronto, a hierbas y a moras azucaradas; el golpeteo en la puerta fue una advertencia inútil, Rebeca ingresó y no cerró la puerta tras de sí, encendió violenta el foco alto, “vine por la olla”, justificó sin saludar; llevaba encima, cubriéndole la cabeza, la misma bata, ningún plástico esta vez, en lugar de las botas estaban las pantuflas atigradas, y una combinación beige sobre los muslos gruesos y macizos; “por qué no se acuesta”, preguntó u ordenó, agarrando el recipiente, balbucí un agradecimiento sin moverme de la silla, sacó del bolsillo un paquete y lo

abandonó en el mesón, “¿quiere algo?”, interrogó sin amabilidad, luchando por permanecer indiferente, obligada a estar dentro de la celda; sí, Amelia, me fijé en su pecho porque estaba ahí, en medio de una escaramuza que no podía ser un diálogo; hizo el ademán de cubrirse y volvió a preguntar; “un trago”, alcancé a responder, no fui yo quien habló, fue mi corazón desértico, mis ganas de perder la lucidez, estaba harto de la dejadez, de las jornadas ingratas; no se volvió, salió de la celda y se perdió en la noche. Me levanté a apagar esa luz que me exponía, y en la retinas aparecieron los tobillos gordos sobre los talones; no pude más, me reí de las ganas que tuve y del ridículo que me invadió, sentí el abandono, quise imaginar algo parecido al saco de arpillera de doña Eufrasia, Rebeca tendría que traer una carpa o yo no abriría más los ojos cuando estuviera encima; me ocultaría bajo las cobijas, dejaría que sus tentáculos me atraparan y su ansia me devorase, fingiría estar dormido; era yo quien debía cubrirse, mi aspecto era el que alejaba cualquier atisbo de alegría, cualquier deseo: jugaríamos los dos a ser ciegos, no sería suficiente, intentaríamos no tener tacto, olfato ni gusto, tampoco diríamos nada para no tener que imaginar los timbres, ni reconocer los tonos, sordos también entonces; todo sucedería en un video porno casero, grotesco, lejano, que se viese en la pantalla que está detrás de los vidrios de la ventana del cuarto de una casa al otro lado del parque.

Allí la sentí, con la cadera muy cerca de la almohada, ofreciéndome café; aún no amanecía, el gato estaba en su concha-cama mondanando algo que no le di; el cuerpo ocultaba la luz de la lámpara y en la penumbra tomé la taza caliente y me la llevé a la boca con su ayuda, convaleciente

falso, sus dedos se quedaron pegados a los míos mientras sorbí varias veces; acomodó las almohadas y me incorporé, un plato con galletas y queso estaba encima de la cobija, comí sonámbulo, viendo la luz de la lámpara resplandecer en la curva de sus pechos, planetas gemelos, inmensos. Quise más café, se incorporó y llenó la taza con cierta dificultad; “es tan flaquito, y ha matado”, recitó, evadiéndose sobre mi frente, traté de decir algo y me tranquilizó con los gestos maternos de sus labios pigmeos; soltaba frases abandonadas, con una mano acomodándose el pelo enredado y con la otra ofreciéndome bocados; “sí quiero, no debo, rezo”, oró, enfrentándose, recriminando mi lascivia con las pupilas oscuras detrás de las gafas adolescentes; la escuché, no tenía nada más que hacer y estaba abrigado, me dio cierto gusto su presencia, no lo voy a negar, aunque las oraciones regurgitadas, en un ataque de hipo repentino, me hizo aborrecerla más pronto de lo que imaginé. Ella tampoco estaba muy a gusto, Amelia, trataba de recuperar algo que había perdido en alguna parte y no se le daba más; “Tiaguito no mató, ¿verdad?”, no colaboré en nada, por supuesto, apenas tomé una de sus manos y la arrastré por debajo hasta la entrepierna; su tacto quemó levemente, se tardó aún en buscar, renuente al principio, resignada después.

Tiago había regresado a su casa después de la tarea cumplida a favor de los damnificados del terremoto con un alto grado de excitación; mantenía un comportamiento febril, y cada vez que le preguntaban lo que le sucedía, enmudecía; se había ido ensimismando, tanto que había perdido la chispa de vitalidad que le reconocían su familia y amigos. No aguantó el asalto en la playa, pudieron recu-

perarlo en un largo tratamiento psicológico que lo mejoró sustancialmente, más tarde le permitió volver a sus actividades con cierta normalidad. Cello y Manú no quisieron revolver el asunto, y si alguna vez trataron el tema había sido en medio de una borrachera que no salió de los tres. Cuando lo volví a ver, en la universidad, me pareció de lo más normal, sano y despierto, con la mirada confiable y valiente; eso que tú creíste, Amelia, mal de amores, era tan solo un mal de muerte súbita, impropcedente, incomprendible; Tiago soñaba con matar y llegó a convencerse de que el instinto asesino lo llevaba en las venas, nunca había matado más que a docenas de cangrejos y algunas moscas. El mito de los cuentos infantiles lo llevó a buscar a la tía filicida que había sido borrada de los registros afectivos de la familia; entre un misterio y otro fue a parar frente al Parque Inglés y la encontró en el departamento 9, con dos hijos jóvenes que habían nacido para ser holgazanes, bebedores y buscapleitos, y no hacían más que quejarse de tener para vivir con cierta comodidad, gracias al trabajo de su progenitora.

A Rebeca se le cayeron algunas lágrimas ante la presencia de su sobrino, vio el posible perdón familiar que había esperado toda la vida; ante la justicia todo estaba resuelto, había cumplido una condena de seis años en la cárcel. Fueron a sentarse en una de las banquetas entre los arrayanes que rodean la pileta, el ruido del agua impedía que alguien más se interesara y escuchara sus confidencias. Tiago le contó lo sucedido, sus actos tratando de ayudar a sus amigos, de cómo yo había acabado con los cuatro asesinos a punta de pistola y machete; al sobrino se le olvidó el conductor y otros pormenores de la faena

que duró nada más que minutos; recordaba con detalle cada uno de los rasgos de los muertos, la carga y el abandono del bote en la ensenada; recordó que estaba ebrio, que esa misma mañana había empezado a olvidar los hechos y a imaginar que él también fue parte activa en la matanza, justificada o no, en defensa propia o no; le había calado la conciencia y no lo dejaba dormir. El psicólogo y algunas sesiones de hipnosis le hicieron saber que nada hubo de asesino en sus acciones sino más bien actos heroicos; llevaba clavada esa espina: la posibilidad de que en la cadena de su ADN hubiese un eslabón conteniendo el gusto por matar a otras personas.

Rebeca lo escuchó sin interrumpirlo, a ratos con ternura y otros con cierta admiración, hubo un momento en que deseó que el muchacho hubiera matado, razonablemente, o fuera un asesino; así tendría con quien hablar, después de más de treinta años, sin recelo, sin presentir que los demás le reconocían el delito en la parada, en la actitud, por camuflado que estuviera; y no se alejaría de ella con asco y terror, igual que las mismas reclusas, siendo ellas las malvadas de nacimiento, las que tenían justificación para sus actos execrables: habían envenenado, disparado, destazado..., a adultos, no a un infante; esa diferencia les daba derecho a humillarla, eso la convirtió en la escoria de los parias; ella también se lo creyó el primer año de encierro, se imaginó siendo la encarnación del mal, del diablo; fue una pastora evangelista quien rescató del abandono moral en el que había caído, de esa indolencia brutal que había encontrado su espíritu en la inacción: se dejaba morir; sobrevivió en la fe, gracias a que reconoció su crimen ante los hombres, a la capacidad de

violencia adquirida y al cinismo de su carácter ante las otras condenadas.

Tiago no la miró con recelo; desde que la saludó, se abrió, recordándola de toda la vida, aunque nunca la había visto, se confió a ella: cachorro entre las fauces de su madre; Rebeca lo abrazó y lo dejó llorar de angustia, y, ante la pregunta descarnada de si ella había matado a su hijo, negó con la cabeza, dejando que el chorro de la fuente resonara en su silencio; lo negó rotundamente, había sucedido un accidente por culpa del padre del niño, ella no lo acusó por amor a ese hombre; asustada envolvió al niño y lo escondió debajo de un mueble; huyó, la encontraron en el terminal de autobuses sin saber a dónde ir, con las manos y la ropa todavía manchadas de sangre. El resto no era más que el mito que se inventó la policía y lo completaría la maldad de la gente; la habían acosado tanto que terminó confesando el crimen, y nadie más se compadeció de su infortunio. El sobrino respiró profundamente, exhaló lenta y largamente, vaciando toda duda y la culpa acumulada en su interior. Se despidieron a unos pasos de la fuente y se separaron cada uno con la alegría que les hacía falta.

### XXX

Esa noche de mayo estuvo fresca, había llovido durante la proyección de la película; brillaba la calzada reflejando el alumbrado público, al frente, junto a la acera, aún corría el agua alegremente a los pies de los edificios de la Sorbona, en busca de la calle Cousin. Gonzalo Zaldumbide fumaba, junto a Alfonso Reyes y Félicien Durand, delante del afiche pintado: *The American Venus*, que mostraba a una mujer volando en traje de baño rojo sobre un fondo azul; Juana Fernández, muy cerca, con las manos hundidas en los bolsillos de un delicado abrigo de piel gris, charlaba con Germaine Dulac: también fumaba tras una alargada boquilla, el cabello rizado sobresalía, como orejeras, debajo de la boina, llevaba un tres cuartos de corte militar. En el pequeño foyer, y en la galería junto a la sala *La Roue*, todavía saludaban y homenajeban a Luisa Brooks que había llegado luego de iniciada la función, acompañada de una de las jóvenes bailarinas de la *Revue Nègre*. Edouard Chimot tuvo que ceder su sitio para la invitada fortuita: una negra reluciente, cubierta por una capa larga, con maneras y capilla, verde, brillante, semejante al terciopelo; los rizos muy cortos sobre la cabeza redonda, perfecta, el rostro ovalado, algo hombruno en los huesos, sensual y fuerte, cierta delicadeza en la nariz y en la forma de los ojos; iba desnuda, adornada con pendientes, un collar y sandalias griegas que la separaban apenas del suelo. ¿Quién te sugirió usar esos vestidos cortos, vaporosos y coloridos sobre tacones altos y asesinos, Amelia? No te

imagino escapando, con tan solo verte sabrían que es imposible atraparte, eres una tormenta indetenible que no encuentra dónde apaciguarse.

“La Venus americana” es una comedia cuya trama gira alrededor de la corrupción en los concursos de belleza, la competencia entre fabricantes de cosméticos y la historia de amor de una de las concursantes con uno de los patrocinadores. Luisa Brooks obtuvo el papel secundario de una muchacha ingenua, representante de un Estado del medio oeste, que cae en las redes de un seductor oportunista y malhechor. La soltura y espontaneidad en la actuación de Luisa y, especialmente, su gran presencia ante las cámaras, naturalmente pervertible, mereció la atención del público, revistas de moda y del mundo del espectáculo; la inmediata aparición en la portada de *CinemaNY* llevó su nombre e imagen a Europa. La exhibición de la película en Berlín tuvo cierta repercusión por la carismática presencia de la actriz; film superficial y alejado de la realidad, afirmó la crítica: a nadie le interesaban momentos de evasión sino desentrañar el alma humana; no te rías, Amelia, querían interpretar la vida, el dolor, los bajos instintos, las pasiones oscuras; la gente se tomaba en serio el cine y las novelas del siglo XIX; fue eso lo que encontró tu madre en las películas de Luisa Brooks: la vida mundana, desesperante, llena de deseo, maldad y desenfreno acelerado del cine mudo, y *realista* de Pabst.

Luisa los conquistó, y nadie, realmente, a ella. Hanna Fuchs se encargó del envío de los rollos de la ‘Venus’ desde Berlín a París; Juana convenció al cineasta Abel Gance de que proyectara el film en *La Roue*, sala de cine y galería que había creado para exhibir sus propias películas, y otras

de su predilección, en la calle Cujas número 11, esquina con Toullier; cuando Gance exhibió su film, estrenado en 1923, "La Rueda", Luisa no soportó la quietud de más de dos horas de formal exhibición, sin contar el tiempo de cambio de los carretes, aunque se fascinó con la tragedia del hombre enamorado de su hija adoptiva y esta de su hermanastro, prefería actuar, y verse disfrutando de otra realidad durante las proyecciones; abandonó la sala al iniciar el penúltimo cuarto, sesentaicinco minutos de la película, sin decirle a nadie, desapareció. Gonzalo Zaldumbide la acompañó aquella tarde, en la butaca supo que ella no volvería, no se inmutó, apenas pudo aliviar el desaire que sintió el cineasta; fue la misma Luisa, con su descaro, quien pudo sostener el ego del francés, culpándose, diciéndole que su arte era deseo, el deseo no complacido de un dios; el escritor ecuatoriano escribiría más tarde, en *La Revue de l'Amérique Latine*, una elogiosa reseña sobre la propuesta cinematográfica de *La Roue*: "... esa metáfora colosal de la vida misma, el ritmo a veces galopante; más de las veces, remolino de psicológicos infortunios... M. Gance es severo, lírico para mostrarnos su mirada acerca de los inexorables giros del destino".

Es un mediodía blanco, sucio, la lluvia lenta no descansa sobre la terraza vacía. No imagino siquiera dónde podrías estar; en el Valle, buscando también el sol, quizás dejándolo caer sobre tu piel en algún jardín recién descubierto; perdida en tus laberintos mentales, huyendo entre cuerpos, barcasas que te arrastran por donde quieren tus deseos ahogados en alcohol, cocaína y colibrí. Un golpe

sonó cerca, fue un estruendo, me incorporé y miré a través del ventanuco; vi desaparecer la memoria de la cajuela de un auto, quedó un instante el ruido del motor acelerando: una desesperación ronca; en la quietud, agujas picaban el espejo del pavimento, sin ruido, de los árboles caían gote-rones que reventaban contra la acera, horadando, gotas se deslizaban, entre las hebras plateadas de la hierba vencida, tajantes; creí que algo tendido se movía con discreción; iba a salir, busqué primero un pretexto, una señal para no moverme, Bruno saltó y me dejé detener, rebuscando: pasó un ciclista entre los árboles y el basurero, alguien que paseaba a un perro vestido con impermeable se alejó rodeando el viejo eucalipto y un muchacho cruzó la calle, corriendo; se detuvo ante los tres pinos y se llevó la mano sobre la mascarilla en la boca, quiso caminar, volverse, agacharse, bailó la danza de la desesperación y la duda. El basurero estaba movido dos o tres metros más allá, con una de las esquinas abollada, estorbando el carril hacia el norte de la calle; gritaron para que alguien llamara a una ambulancia, gritaron por ayuda, crecieron los murmullos cuando abrí la ventana, otras puertas se abrieron, voces y música dispersa alteraron el inicio de la tarde; entró el frío y se aclaró la escena: un cuerpo estaba tirado boca arriba, solo podía verlo desde el hombro, el brazo recogido contra el pecho, hasta el zapato pequeño, negro, inmóvil; una mujer se acercó con ínfulas y casi se montó a horcajadas sobre el cuerpo, trató de resucitarlo con golpes en el pecho, no se tardó demasiado, se levantó y se fue haciendo un gesto que me pareció de desprecio, invalidó cualquier pregunta del muchacho que lloraba y de otras personas que se habían reunido.

Un perro llegó y esperó con la demás gente que fue llegando, miraban el cuerpo y se colocaban bajo las ramas para guarecerse, acompañando, quejándose de que nadie profesional acudiera para ayudar, saber, confirmar; otros arribaban y elucubraban, se hablaban entre sí y corrían, volvían, entre ellos Rebeca: un oso mediano con bozal y botas amarillas; algunos pasaron con indiferencia, varios se cansaron y fueron reemplazados en la guardia curiosa. Una mujer menuda, vieja, apareció y señaló a los condominios, a los árboles, al cielo, y se arrodilló, quiso acomodar el cuerpo, le tomó de la mano con camaradería; alguien la levantó de golpe, con gritos, y se la llevó de allí, recriminándole la audacia, como si fuera a contagiarse de la peste, obligándola a ponerse una chaqueta y un rebozo; se perdieron debajo de mi vista, intuí que protestaba. La llovizna caía con indolencia; era un cuerpo tirado entre tantos muertos de la Tierra, y se veía tan solo, la gente del entorno ya no acompañaba, pululaba por no tener otra cosa mejor que hacer; solo el muchacho, en camiseta, de pies, a dos pasos, se frotaba los brazos desnudos, dándole clemencia, la mirada fija sobre un rostro que yo no imaginaba, los ojos murmurando; la señora con la perra tetuda, junto a un hombre, pasaron reconociendo el bulto, comentando, y siguieron, lentamente, paseando. La vida útil de un ser humano se mide según le sirve a otro, si su actividad todavía responde a necesidades ajenas, cuando puede dar lo que aquellos no tienen o no pueden conseguir todavía por su esfuerzo; quien ya no provee va por su cuenta y riesgo, y que la vuelta de la esquina lo agarre confesado, si confesar sirve de algo a lo muerto, a esos restos que ya no serán más una noción, un desafío, una consciencia.

“Yo les fui útil a ellos”, intentaste justificar, negando cualquier deuda con tus padres, tu deseo de matarlos y de que te matara; se mantenían vivos gracias a que lograron mantenerte inútil, te atrofiaron la guías y nunca pudiste alejarte de ellos ni una sola vez; ahora no tenían la dispensa de la ancianidad sino la culpa terrible de la vejez, “los viejos son malvados”; ella solo te recordaba niña, en la infancia, te repetía incansablemente los mismos deseos y sueños que acabaron con los tuyos; él te asimilaba en la carne ostentosa de las adolescentes que compraba y humillaba, tenías lo que buscaba en las otras: deseo natural, limpio, sin culpa ni remilgos; eras su pecaminosa reencarnación, y su religión no le permitió cogerte, ni desaparecerte; eras la condena, el castigo divino de los dos, por eso te mantuvieron viva, para resarcir sus propias conciencias, para poder morir en paz como buenos ancianos y asistir a la cena con el resucitado, en Emaús; el viejo aún podía consigo mismo, los herederos ya no llegaban a la mansión, solo empleados, menos socios, nada de amigos ni reuniones de directorio, ni asados ni noches de puro y whisky; “se torturaban”, solo lamentos desolados, tu padre perdiendo sus fuerzas y el poder, tu madre convencida de que aún no cumplía treinta años: recorriendo la casa, semidesnuda, creyendo complacer a su señor.

## XXXI

Jorge Puma dejó el empleo en la aseguradora, se dedicó a la defensa de su gremio disfrazado de ciudadano común, se convirtió en militante diurno que a veces se maquillaba, con discreción, por la necesidad de propaganda, y no faltaba algún ciudadano, funcionario o no, macho, a quien le gustaba su ambigüedad: indecisos, ingenuos y cobardes que se envalentonaban en cuchitriles escondidos; actuaba con timidez, los veía ocultarse en sus desafueros, en la febril vergüenza de sus apetitos, los dejaba hacer, dándoles espacio para cierto nivel de violencia: obedecía y ordenaba, juraba amnesia y a veces amor; así podía convertirse en lo que le apetecía, consiguiendo siempre algún favor, un reloj, una buena propina que serviría a la causa, y para las necesidades nocturnas, alocadas y costosas de Ivonice; “no tenía regulación”, le financiaste y te adulaba, te quiso en verdad, y no le alcanzó para el sacrificio que le pediste a cambio de la mitad de lo que consiguieras.

La seguiste tras bastidores, en el Diógenes, y asististe a la fiesta improvisada de lo que había sido una derrota para algunos militantes de “las cuerpas soberanas”; algunas divas estuvieron en el programa, cantarían luego de la exhibición del video; era su espectáculo, se prepararon y vistieron sus mejores galas para esa noche: sería el nacimiento de una nueva era en beneficio de “las locas, más locas”, según el mosquetero, “las humilladas y ofendidas” del capitán Kazan, “la libertad de las culas”, clamó un esperpento con la cadera más ancha que un suburbio. Un traje negro de seda,

labios color vino, le gritó a Ivonice que esa burla desmerecía el respeto que buscaba el amor verdadero, no permitiría que se pedorreará en la verdadera sensibilidad femenina, no eran una misma masa, exigía la diferencia dentro de las diferencias que les igualaban en la discriminación del sistema, “no entendí nada.” Estuvieron a punto de golpearse, y te atravesaste delante de la ejecutiva, le ajustaste la corbata, miraste a los ojos desafiantes y te metiste con un lánguido gesto de ingenuidad, la convenciste de que esa no era la manera, no era el momento para pelearse por un error de producción, reíste; te miró condescendiente, sonrió con superioridad y recorrió con obscenidad tu cuerpo, un perro sin ganas buscando esclavitud. El trago y la hierba circularon sin reparos; en la ebriedad y el vuelo se fueron igualando los resentimientos, las envidias, las penas burdas y prosaicas de los animales humanos; y aprovechaste el momento para llevar a Ivonice hacia el fondo de un pasillo, cerca de la puerta de artistas, donde estaba un piano de media cola, cojo, brillando en la penumbra, aguantando el atrezo olvidado de otras simulaciones. Mimaste a Ivonice; buscaste entre la bruma y los afeites a Jorge, el militante, el violentado, el resentido, y quisiste contratarlo para que se deshiciera de tu padre y de una vez acabara con tu madre, quien no se daría ni cuenta, lo confundiría con un sobrino, un nieto o un trabajador humilde al que debía proteger; lloró Ivonice sobre Jorge Puma, lloró el muchacho enamorado de tu progenitor; dijo que ese viejo no tenía más maldad que tú o ella misma; el precio que le ofrecías era la mitad de nada, y no valía la pena el riesgo de perder lo que llevaba ganado hasta ahora, viviendo a contra corriente; le ofreciste todas las joyas de la casa y el efectivo que conseguirías de

manos del propio 'avechicho', más parte de la herencia que sin duda te pertenecía; no existía riesgo, hacía años que los viejos vivían medicados, nadie se daría cuenta de ese premeditado acto de justicia. Te miró con pena, por primera vez sentiste que te recibía desde un peldaño más alto, te trató con indulgencia, eras la mujer que le hubiese gustado ser, de nacimiento; sabía perfectamente que fuera lo que fuese, siempre sería una imitación de su propio sueño; sabía quién era, esa particularidad que defendía y prefería, esa posibilidad que la biología le negó, y los números la reducían; estuviste a punto de explotar contra su filosofía barata, de amenazarlo, golpearlo; una botella se estrelló contra la tapa del teclado. La gresca se inició en la platea baja y en el escenario, y siguió como fuego tras bastidores; bajé y pasé entre los furibundos peleadores que chillaban y gemían, lloraban, protestaban y rugían; era una bronca tribal entre ellos, víctimas de sí mismos, castigándose, cada uno era la celda de una cárcel imposible de abrir para liberar lo que aprisionaban. Te encontré bajo la sombra del edificio de los espejos fumando intensamente un chafo, serenándote, calculando el próximo paso que darías; fuiste conmigo bajo la lluvia, dejamos atrás la batalla de los puños y las uñas, de la superficie y la hondonada; "los hombres son magos, desaparecen cuando se les descubre el truco", tomaste la delantera, sopesando la carterita fucsia, y bajaste la escalinata de piedra: te exhibías en un concurso de belleza.

*De todas esas cosas, frutos, astros y rosas, que no sienten vergüenza del sexo sin celajes.* La mirada indiferente de Gonzalo Zaldumbide atrapó la necesidad de reconocimiento de Luisa Brooks en la galería Devambeiz; bebió, desnuda, algunas copas de champaña, Edouard Chimot y

Leonor Villanueva dibujaban las escenas amorosas que improvisó con las bailarinas de cancan sobre un diván, en medio del taller del francés, entre invitados especiales: Juana, Teresa, Alfonso, Fojita, Laureano, Ventura y Félicien, curiosos ejemplares morbosos y enfermizos de la noche parisina. No hubo nada que atrajera a la actriz, nadie que le provocase al menos una pequeña intención de vértigo, buscó detrás de los caballetes, entre los asistentes, detrás de las sombras de las columnas, y se perdió en la oscuridad de un vano con las pinceladas continuas de volutas de humo; se colocó sin premura un vestido de lamé dorado, zapatos, y un cloché, con la parsimonia de quien ensaya una nueva propuesta para los artistas, haciéndolo parte de otra representación con las bailarinas que estaban quietas, con sus miembros enredados, figurando serpientes albinas entrelazadas en constante, aunque imperceptible, movimiento. Se dejó llevar por Gonzalo a un apartamento en el *Arrondissement de Passy*, le faltó la noche y continuó embriagada durante el desayuno, mirando el bosque resplandeciente; el caballero se despidió, pronto la llevarían a su hotel; al llegar recibió un ramo de flores y una nota donde le decía que ella era “fuerza cósmica, un empuje salvaje”, le suplicaba guiarla una noche más, y le informaba que pasaría a las nueve.

Un par de jornadas duró el febril encuentro hasta que, en el *Cabaret gitano*, al final de la calle Cujás, cerca del boulevard Saint-Michel, apareció la bailarina africana, adolescente, corista de Joséphine Baker en la *Revue nègre*, que se había prendado de Luisa en el Folies Bergère. Gonzalo siguió el juego, no quiso intimar con la muchacha desinhibida y escandalosa que festejaba y repetía cada

arrebatado de la actriz norteamericana; el sudor perlaba en la piel de ébano, se besaban en la penumbra del reservado, a un lado del pequeño escenario; el diplomático se sintió abandonado, alcanzó a hablarle a un mozo, se colocó los guantes, tomó el abrigo..., y aprovechó la oportuna aparición de Arsenio Lupin, le dejó el sitio y la cuenta pagada; ellas no se percataron de la partida engreída del caballero, se rieron con Lupin que se atrevió a interrumpirlas, ofreciéndoles sendas copas de champaña frío, y festejaron la vieja canción que entró con el piano, *Mon homme*, en la voz de una pelirroja en ropa interior. Gonzalo era un hombre encantador, le confesó a Juana, divertida, en la suite del hotel Majestic, poco antes de partir de vuelta a Nueva York, pero no pudo con su hipocresía, especialmente la falta de sensibilidad con el alma femenina; las acompañaba Nina Berbérova, quien la entrevistó para *Le Figaro*: en el encabezado escribió: *En todo lo que hace Luisa Brooks hay una energía tan decidida que es imposible resistirse.*

Rebeca terminó recostada de lado, con su pecho aplastándose contra mi cuerpo, su mano trabajaba debajo, apretando; “¿qué sintió cuando los mató?, preguntó en un estado de éxtasis, apenas pude verle las pupilas juntándose y en el rostro un gesto de doloroso esfuerzo; “cuénteme y yo le digo”, se esforzó en proferir las palabras que salieron escupidas de su boca fruncida; emití un jadeo, una queja remordida, avergonzado, y casi me desmayé, Amelia, exhausto, con calambre en uno de los pies, por la tensión impuesta a los músculos; recogió los dedos, empuñó y se levantó respirando con dificultad también, fue al lavadero a enjuagarse las manos; solo quería que apagara la luz y se esfumara, no quise escucharla más;

aflojé las piernas, ajusté el pantalón del pijama y cerré los ojos, nada me molestaba, solo su presencia, su sombra pegajosa sobre mi rostro escondiéndose bajo los párpados; “está todo sucio, báñese”, le escuché, cuando abrí los ojos me topé con el viento y el día clareando en la terraza; el gato brincó y se estiró sobre el escritorio, la luz de la lámpara era inútil, y del espacio caían miles y miles de puntos luminosos al compás de la lluvia que golpeaba incesante sobre el techo; apenas pude gatear y cerré las hojas de la puerta, volví sobre el lecho con ganas de dormir y quitar-me la necesidad de saber si seguías cogiendo por ahí, al menos un resfrío que te detuviese a preguntarte si yo estaba vivo o muerto.

## XXXII

Josiel me servía tiros del tequila de cuatro centavos, y no respondí a su pregunta sobre tu paradero; extrañaba tus propinas, tu boca desprendida y el delirio perverso que disparaban tus ojos celestes, “esa catira es todo, ¿dónde la tiene, profesor?”; no sabía cómo estabas, ni supe tampoco dónde ubicarte, aunque lo hubiese intentado. No podía saberlo, varias noches faltaste al Ben, pensé que se te habían acabado los libretos y recargabas historias para contármelas; simplemente te aburríste y encontrarse una audiencia más atenta y menos silenciosa que la mía. Vi pasar la comparsa: al payaso blanco como un huevo cocido, a los delgados bailarines y acróbatas, al hombre inmenso tendido sobre una cama de bronce, a las contorsionistas, encima de una larga plataforma colorida recorriendo la avenida República; la percusionista de pelo azul, la acordeonista de pelo rojo, el guitarrista dorado y la jovencita del bajo en lo alto, sobre la cabina del camión que avanzaba a ritmo de carroza fúnebre, festiva; la música alegre corriendo por los oídos de los transeúntes, atrápanolos en un sueño que sucedería en una carpa; cada golpe de percusión ofrecía un truco, el acordeón embelesaba, la guitarra contaba y el bajo impulsaba los pasos; un trombón y una trompeta, de las bocas de dos bellas arlequines, detrás, provocaban marchar al ritmo del circo. Una voz grave sonaba en lugar de la música, ofrecía fantasías, presentaba los países de donde provenían los artistas, y se elevaban las fanfarrias una y otra vez; volvía

el tema musical, y varios ángeles, que acompañaban en los flancos de la gran carroza, entregaban dísticos que informaban acerca de lo que sucedería en el *Cortejo*, en las últimas funciones de temporada.

Más que nostalgia sentía abulia, la música resonaba dentro de mi cabeza cuando llegaste, vestida de rosa, joyas a tono, singulares, y zapatos negros, la carterita bañada con el color de la ocasión; “¿te hice falta?”, preguntaste detrás de una bocanada de humo, no tuve que responder, le pediste un trago a la caribeña, haciéndole notar que se mantuviera distante de nosotros; sonreías mirando a la calle, las pupilas febriles buscaban en el vacío, tu rostro se veía juvenil y tu boca casi reía: recordabas una broma, una situación agradable, un momento divertido; seguí tu temperamento y compartimos una línea, no sabía de dónde te salía la alegría, la actitud triunfal de tus pasos y el contoneo bajo la pérgola, “déjame ser feliz, bonito”. Estabas inusualmente más hermosa que nunca, un momento de eternidad, pensé que anunciarías la llegada de nuevos herederos al reino, o presentarías a algún monstruo colosal en el circo, o partirías sin mí con rumbo cierto; te reíste de mis tonterías y ordenaste que no dijese nada más, si no fuera para mantener esa sensación de bienestar que te embargaba, “el circo y la familia torturan, y aplauden los anormales”; te ofrecí irnos y preferiste entrar; me acomodé en el sofá: no cuadrabas allí, regia y aparentemente sobria; cerraste el Ben otra vez para nosotros y te dejaste caer delante de mí con la soberbia de tus piernas cruzadas, incomodando el sencillo deseo de un video porno fantasioso que se me ocurrió; fumabas y separabas imágenes en tu mente, al parecer el humo las

disipaba, querías recuperarlas; me gustaste así, Amelia, feliz, radiante, “divina, no ridícula”; bebimos, intuyendo que ya no habría otra noche.

El señor Salmón te llevó junto a la piscina, eludiendo el dramatismo de tu llanto a causa del “cuadro adornado de putas”, puso algo más en la boca y sentiste un liviano éxtasis que te hacía flotar; creíste que Salmón había regresado para salvarte y devolverte aquello que te ofreció, obsceno y descomedido, entre los versos que recitaba en tu oído adolescente, provocándote; esas sensaciones se multiplicaban, hormigas recorrían cada milímetro de la piel, palabras se quedaban suspendidas en tu mente y, en algún amanecer, imaginaste que lo amabas con el corazón, en la reminiscencia de su voz y de su aliento cerca del rostro; representaste la sensación de “enamoramien-to” que dejó el joven Salmón, y pretendiste replicarlo con el principito, te resultó algo semejante; después, tantas veces, con transeúntes que fueron parte de crepúsculos, solo se alejaron, o los alejaste, sentían más miedo que tú a vivir desenfrenados, cavándose el pecho hasta encontrar eso que la gente repite sin repulsión y llama amor. Salmón había regresado hace tiempo, antes, antes de ese día que te encontró en el pavimento, desesperada por un poco de hierba y alguna ilusión más profunda; supo de ti, de tus andanzas, no quiso encontrarte.

Vivió en Nueva York, reina, y luego de varias escaramuzas de rebeldía y series dramáticas de recuperación a las adicciones, Salmón estudió una carrera universitaria en cirugía reconstructiva, sus padres apoyaron sus emprendimientos y logró hacerse con una farmacéutica de productos naturales, y de centenas de hectáreas con

sembríos de marihuana en California. No se burlaba de ti, aunque siempre hablaba con socarronería, sin darle demasiada profundidad a sus historias escuetas, a momentos evasivas ante tus curiosas arremetidas; negó que fuera un delincuente, aceptó que la gente, con quienes mantenía negocios, incluyendo sus socios más cercanos, tendía al monopolio y a la acumulación no muy honesta del capital. Era otro quien decía esas cosas, te pareció bastante estúpido y remilgoso, aunque mantenía ciertos flashes deliciosos y endemoniados en el brillo de sus ojos, y en la sonrisa abierta de su boca perfecta; lo besaste y se dejó, sin seguirte demasiado, ni siquiera trató de tocarte, reina, dueño de todo el tiempo del mundo, de ti, esperando que hicieras algo más ameno que esas insinuaciones mecánicas; se había casado y procreado hijos que no vendrían a este país, era viudo de la mujer más maravillosa que pudiese haber existido; te burlaste también, trataste de manipularlo para ti, no lo permitió, jugaba contigo simplemente, experto en evadir las preguntas, manteniéndose alejado lo suficiente, superior, envuelto en un manto de asepsia. Iba y venía, se haría cargo de los negocios de su padre, los mantendría a flote, durante su permanencia entre los vivos, luego vendería todo y volvería a California, su mundo y su vida estaban allá. Manolito les trajo brochetas de carne y mariscos, Salmón te dio de comer en la boca, indulgente y compasivo, niña; aceptaste dos o tres bocados, exigiste alcohol y cocaína, y él te concedió, complaciendo tus caprichos sin participar; fumó marihuana con un vaporizador, y en un momento fantaseaste ver a un niño limpiándose con dedicación las orejas, la nariz, los dientes: olía a alcohol desinfectante, “olía a quirófano”;

estaba tan vivo y parecía muerto, lleno de salud, inmaculado, dentro de un halo de esplendor, con la precisión de un mecanismo electrónico; su casa, las pinturas, el silencio, su actitud, te parecieron un diseño, otra fotografía de revista de las perfecciones, y odiaste la inacabable musiquita de *pianoscapes*.

Saltaste al agua y a Salmón no le quedó más remedio que seguirte; te agarraste de él y no hubo manera de despertarlo para ti, te dejó flotar, estar entre sus brazos, reina, y no te habló de amor, ni siquiera intentó tocarte donde hacía siglos él metiera su mano ansioso, ni repitió el deseo de *babearnos, chuparnos y masticarnos, eres fruta entre tus piernas*; no se inmutó, y tu mano atrapándolo tampoco lo espabiló, ni siquiera la inmersión que hiciste para tratar de devorarlo, sacrificándote; te fuiste en el mareo, en la tristeza y el vuelo, y escuchó los desvaríos, las furias y tus ganas de verlos muertos; no se conmovió, reina, acostumbrado a escuchar ese tipo de delirios, ni trató de convencerte de lo contrario; absorbió tus palabras y sus representaciones, y eligió convencerte de que te protegería si hiciera falta, aunque sabía, volvió a reírse, que los demás necesitaban protegerse de ti, Amelia; él quería su vida lejos, y, mientras pudiera serían buenos amigos, dejaría la casa, y a su sirviente, a tu disposición, el tiempo que quisieras cuando no te soportara el mundo, podías ir allí y sosegarte; él iba y volvía cada seis u ocho semanas y se quedaba muy poco en el Valle. La última vez que lo viste, en alguno de sus regresos, le suplicaste que preparara algo para ayudar a tus padres con su dolor, no merecían

continuar vivos en este valle de sufrimientos; se rieron los dos de la ironía, tampoco se negó, apenas te concedió la sugerencia de que consiguieras quién lo hiciera por ti; era inmovible, esos seres humanos que van por ahí salvando la vida de los enfermos, enderezando tullidos, devolviendo el paladar a los niños, y otras reparaciones semejantes, dejando morir sin misericordia lo que ya no tenía ninguna posibilidad; no había expiación en sus actos, solo el placer de su poder sobre los demás, y negocio; “otro comerciante”.

Bruno se encaramó a mi regazo, de allí se levantó sobre sus patas traseras y husmeó sobre el teclado, creí que iba a corregir el texto. Hambre, no habíamos comido desde hacía horas, el frío me tenía reducido a la silla, leyendo el diario de Juana Fernández, cada página me decía menos; había olvidado los esquemas por los que llevaría ese proyecto adelante, buscaba un poco más a Luisa Brooks, a ti en los párrafos que leía, no tenía suficiente con lo vivido aquellos días. Quedaban galletas y queso en el mesón; me estiré y dejé que el gato cayera al suelo con desgano, quise hacer un poco de café. La tarde estaba quieta y me llenó de inquina, nada cambiaba de ambiente en la terraza idéntica, desteñida, helada y sin expectativas; me levanté y di un paso, algo se movió cerca de la puerta, era la muchacha del apartamento 4, había estado arrimada a la pared, bajo el alero, siguiendo mi quietud aparente, alumbrada por la luz de la pantalla; avancé y saludé, tratando de darle a mi voz un tono de confianza, al instante vi su cara contraída: los ojos oscuros espantados, la boca inmóvil; al siguiente paso retrocedió hacia la lluvia, el agua empezó a dramatizar su gesto, emitió un quejido, luego un grito ahogado,

dio vuelta y se fue detrás de Alicia, perdón, Chula. Más allá, la reiteración de las terrazas continuaba imperturbable; a un lado, cerca de la torrecilla de ventilación, alguien había colgado un manto incoloro para que el cielo continuara tratando de lavar lo percutido.

### XXXIII

El cuerpo siguió tendido allá, con el muchacho cerca, y alguien más; el resto desapareció, fantasmas cuya presencia apenas animaba la tristeza misma de la tarde, esa que intuía allí no me incomodaba, no era capaz de percibir las emociones provocadas por el cadáver tirado, recibiendo la lluvia que a veces aumentaba o disminuía, con el viento soplando tercamente al sur: el agua cayendo de las cuencas inundadas, los ojos abiertos, llorando, las pupilas impresionadas buscando una respuesta en el firmamento gris, las gotas entrando en las fosas nasales, por las comisuras de la boca torcida en la última queja de dolor y espanto; las gotas acumuladas cayendo, rodando, lágrimas sin sal sobre la piel insensible, llanto de nubes; la ropa empapada tomando el aspecto del papel a punto de deshacerse si lo tocaran; el frío calaba, llegó un auto. Un hombre corpulento y desaliñado descendió, hizo que corría adonde estaba el cuerpo, se detuvo a un paso y también se cubrió la boca, creí que gimió y protestó, regresó al vehículo, hizo una llamada telefónica; apareció un auto patrulla, aullando: el uniformado, luego de observar el cuerpo, regresó a llamar por radio, otro pidió a la gente que tomara la distancia de un círculo imaginario que señaló y enfrentó al hombrón que lo recriminaba a gritos; hacía tres horas del accidente y recién se daban por enterados, “peor que un perro”, gritó; trató de llevarse el cuerpo, forcejearon, y lo impidieron, lo detuvieron contra un

árbol; frenó la ambulancia, y dos paramédicos, vestidos de amarillo y rojo, descolgaron una camilla, un tercero retiró un maletín de primeros auxilios del gabinete lateral, y se acercaron, tanteó algo detrás del basurero e impidió a los camilleros levantar nada, regresaron y se metieron al vehículo a guarecerse; el paramédico del maletín volvió al cuerpo y lo cubrió con una tela impermeable celeste, nadie más podía acercarse. El hombre corpulento se fue, luego de discutir una vez más con el policía; marcaron el perímetro con una cinta, ahora la calle tenía un patrullero y una ambulancia con las luces encendidas girando: alertaban a los vivos que habían encontrado un muerto.

La anciana del apartamento 1 había salido a botar la basura, a la hora de su costumbre; un auto blanco había chocado con el contenedor, este la golpeó en el pecho y la arrojó contra el piso; el conductor huyó y nadie tuvo idea de quién fue el desalmado que la abandonó, quizás habrían podido salvarla. No lo sé, Amelia, me lo contó Rebeca, estuvo allí hasta que la policía, poco antes de que anocheciera, ordenara el levantamiento del cadáver; la mujer tenía cara de sorpresa y nada más, el abandono era antiguo y estaba acostumbrada, había tenido un hijo y una hija, y varios nietos; el hombre voluminoso y una mujer semejante se habían hecho cargo de las llaves del apartamento. El muchacho del 6 fue quien acompañó a la anciana toda esa tarde; antes le abastecía, regularmente, de comida y otras menudencias que necesitaba del supermercado, el enfermero del 2 le había inyectado un par de veces, la mujer del 4 la visitó alguna vez, Rebeca le llevaba algún postre de vez en cuando; nadie más la visitaba desde hacía mucho tiempo, la anciana vivía de su jubilación,

de sus recuerdos, si los tenía, reacia a hablar con los vecinos, curtida y hermética. No le importaba la soledad ni su carácter; el débil fue el marido, ella había criado bien a sus hijos, ellos decidieron mal, sin carácter, fáciles para la ociosidad; lo único que la alegraba eran las visitas del muchacho que le había convencido de fotografiarla: primeros planos, tratando de atrapar los surcos de la edad, intentando narrar el derrotero seguido por ese rostro duro, con la expresión severa y limpia; el ojo sepia —en la foto de perfil, recostada, que me enseñó Rebeca— retaba a la luz que entraba de lado desde una ventana, en la pupila tomaba forma y la penetraba como un estilete; las pestañas apenas perceptibles, la comisura hinchada sobre la córnea, la piel trepaba con dificultad de la cavidad de la ojera a la cima del pómulos, y caía, extraña capa de lava hundiéndose en las mejillas, acumulándose un ápice en la quijada; la nariz curva y fuerte todavía, los labios aplastados. No recuerdo sus rasgos, solo sus pasos sobre la terraza, alimentando pájaros, respirando profundamente, tomando del paisaje, cada día, un poco de paciencia para continuar inútilmente.

“Jules hizo su mejor esfuerzo. A José Juan se le oye mejor en su ardor español. A T. y a mí nos ha encantado su “Quinta Avenida”, frívolo y frágil. Gonzalo es un jugador, apareció con Isabel en *La Roue*; la comedia no le importó, la niña vulgar, sí. Germaine tiene planes con ella. En Lausana llenaré un cuaderno con su lápiz. Luisa es un encanto, y una perdición; espero no volver a verla”. Rebeca irrumpió. Encendió la luz, y luego recordé el golpe de la hoja contra la pared; de su boca salió el ruido travieso de un simio que aspira y espira emitiendo un grito agudo, no

muy alto, tratando de ocultar la entrada estrafalaria de su corpachón, entre asustada y jubilosa; me levanté y recibí de sus manos una tarrina, y se quitó de la cabeza el manto de plástico, lo arrinconó contra la puerta luego de cerrarla; no traía maquillaje, los labios rosados, pálidos, la piel conteniendo la grasa en los cachetes, en los pómulos y en la papada, aunque sobresalía la punta cuadrada y divertida de lo que sería su mentón; no caricaturizo, Amelia, las luces de la celda me imponían esa realidad, esas oscuridades; me buscó los ojos, auscultándome, “¿si le cuento, me dice?”, chantajeó, con la voz engolada, tratando de convenirme de algo que yo no entendía exactamente; retomó la tarrina y la colocó sobre el mesón y su pecho me empujó hacia la cama, me hurgó la mirada otra vez, descubrió mi rostro a detalle y siguió escaneando, “flaquito, flaquito”, repetía, compadecida; esperé a que cayera en la cama de una vez, yo era el cebo puesto en una trampa, no dudaba, se demoraba, aguardé, quise que la cama soportara y quedase atrapada; deseo, no exactamente, instinto de conservación de la memoria, trataba de mantenerme en dedos, que las articulaciones estuvieran lubricadas, funcionando, por si fuesen necesarias para huir con soltura de ese sector de la ciudad; no me atrevía a tomarla ni a empujarla, no quería parecer seductor, menos, enamorado, ni siquiera tener ansia. Sí, quería hundirme en ella, caerme en sus oquedades y perderme en su fondo, ahogarme sin que nada más llamara mi atención, sin otra presencia que su inmensidad deglutiéndome, compasiva: gimiendo cerca, llena de lástima por mí, y de vergüenza por ella, negando y cabalgando, negando y pretendiendo mostrarme el horror de su felicidad en la dentadura postiza que sostenía,

sabiendo que se le podía desprender; no sonreía, brillaban dos dientes blancos bajo la nariz que husmeaba, ardilla fofa de *Looney Tunes*. “Es pastel de zanahoria”, descubrió, poniéndome un plato en la cara.

Mastiqué el primer bocado, escuché la silla resintiéndose el peso detrás del escritorio, sus rodillas brillaron, pelotas aceitadas, y se escondieron en lo oscuro, el muslo apretado bajo la tela de la combinación iba a explotar, el vientre no se mostraba entre el bulto de la bata, el pecho se volcaba en el área del computador; “conozco uno igualito”, reconoció, acariciando el contorno del ángel de plata; “coma, y le hago la travesura”, le hablaba a un retrasado mental, tomándome en cuenta y olvidándome al mismo tiempo; se fijaba en cada detalle, lomo de libro, objeto o sombra; las yemas de los dedos seguían las formas, sentían los relieves, y volvía sobre el ángel; “hacía mucho ruido”, soltó, “demasiado ruido”, insistió. El pastel estaba algo seco, el sabor dulzón me sentó bien, la lluvia no cejaba en su empeño y escuché un momento la noche afuera del ventanuco, nada, la oscuridad urbana atestiguando los sueños, las pesadillas y los desvaríos de tantos; el gato se acercó con cuidado y olisqueó lo que comía, no le interesó, volvió a su lecho y se enroscó; ella, apoltronada en la silla, con el pelo alborotado y sus ojillos colándose entre las palabras de los libros, no intentaba leer sino encontrar un modo.

Trabajaba de mucama en una casa del barrio La Mariscal, puertas adentro, hasta que un hombre bueno se la llevó a un cuarto con baño independiente: daba a un patio donde podía tomar el sol después de dormir horas y horas; él volvía con algo de comer y cerveza, mucha cerveza; la lle-

vó al cine, a pasear, más de una vez a bailar; dos veces fueron a un balneario, le había comprado un traje de baño de dos piezas, fueron las únicas que había mostrado su cuerpo en público, y en la cárcel; supuso que atraía la atención de hombres y mujeres, era bella, bella y esbelta, “mi mujerón”, la llamaba; él desaparecía luego de ducharse y comer lo que compraban en una fonda cercana, no permitía que cocinara ni nada semejante, pronto ganaría una fortuna y sería su reina; demasiadas reinas para tan pocos reinos, Amelia; el resto del tiempo había sido refocilarse en la cama con él, o sola, esperando a que volviese de sus viajes cada vez más prolongados; un mes no lo vio, tenía dinero suficiente para comprar comida y lavarse, no es que necesitara mucho tampoco, y lo esperó con paciencia, salió del patio a la calle y dio vueltas por el barrio; otros hombres trataron de tentarla, y la soledad permitió un poco de coquetería; nada había sucedido ni a nadie permitió un mínimo de acercamiento. Su hombre regresó y se la llevó al campo, más allá del Valle, la puso en una casita desvencijada con huerta al frente y algunos árboles de aguacate y de guaba atrás; ahí se quedaron juntos, algunos meses, parecía un hogar, y se embarazó; el hombre volvió a sus andadas nuevamente, no fallaba en su cuidado ni en su amor, pero se había vuelto bronco e irascible, hablaba menos que antes y a ratos se quedaba afuera, sentado en una silla, rumiando pensamientos que no le transmitía; nació el bebé y él afrontó lo necesario, no soportaba que llorara, lo admitía cuando el niño sonreía, más cuando empezó a caminar, y el padre taciturno le enseñó a patear pelota; “el mocoso salió ruidoso, encaprichado”, y el hombre no lo aguantaba; una tarde de domingo llegó ebrio, la quiso abrazar, tenerla, y el hijo empezó a llorar,

él ordenó que lo callara, que lo encerrara, que hiciera algo, no toleraba los chillidos; el hombre maltrató al niño y fue peor, amenazó con irse, dejarlos; Rebeca se lo llevó a la cocina y trató de calmarlo, le ofreció arroz con leche, frutas, caramelos, el seno, aunque ya tenía más de dos años de edad, y no se calmó; el hombre rugía desde el dormitorio, reclamándola, exigiendo silencio; se angustió, ella también abofeteó al niño, y se desesperó; cerca estaba el mazo para hacer puré, lo levantó y lo golpeó en la cabeza, algo crujió, y se tambaleó sobre la mesita donde lo había sentado, asestó otro golpe y el niño cayó al piso, como un fardo, se calló; él seguía gritando, y fue a decirle que por fin se había dormido, se acostaron; al amanecer escuchó que su hombre se iba sin despedirse; fue a la cocina y encontró el pequeño bulto cubierto con un mantel de cocina; la sangre era un espejo negro, quieto sobre el ladrillo; se asustó y lloró, buscó una cobija, lo envolvió y lo metió debajo del armario grande, en el dormitorio; sintió frío y un dolor punzante en el estómago, fue al baño, intentó deshacerse del nudo y no pudo; salió de la casa, cruzó la huerta y lo llamó a gritos, corrió hasta la estación de autobuses y se sentó a esperar, a suponer un destino. “Yo conozco esto”, atinó, repasando el ángel sobre la carcasa; se levantó, giró y me enfrentó, no me registró, arremangó la combinación hasta encima del orificio del ombligo, debajo de sus pechos escandalosos y pesados; la panza, no tan prominente, menos blanda de lo que pensaba, tomó su sitio entre nosotros, era una muñeca vieja, sin sexo. No había nada que evitar, seguir a su silencio y a la lluvia: amainaba sobre el techo que en un momento creí se nos venía encima.

## XXXIV

¡*Toda mi joven carne se impregna de esa esencia! Perfume de floridas y agrestes primaveras.* La proyección de 'La Venus americana' fue un éxito, Chimot presentó la película y después Gance saludó la actuación de Luisa, quien se levantó a agradecerle con besos imperceptibles en ambas mejillas; iba pálida, los labios brillando en un tono vino; vestía de chifón de seda y encaje, sin ropa interior; su cuerpo parecía el de una estatua de marfil, una obra de arte inigualable, más que el de una mujer vibrante, en su apogeo: iba y venía despertando los sentidos de los asistentes; el ligero enmarcaba la cadera y sostenía las medias transparentes, el pubis negro era un trazo indiscreto, de allí nacía el deseo de tocarla, la codicia, de sentir la densidad de sus muslos tersos, de sus glúteos formando un corazón firme y delicado, los senos altivos. Gonzalo la saludó con elegancia, le presentó a la pianista Isabel Rosales y las dejó hablando, salió a la calle a fumar; la bailarina de capa verde estaba en manos de Lupin, Foujita y Reyes, el mexicano trataba de desentrañar su origen, reía con nerviosismo y no paraba de acicalarse el bigote recorriendo la distancia de las llanuras y montes africanos en el cuerpo de la muchacha nocturna; el japonés simplificaba y delineaba un felino egipcio; Félicien y Teresa conversaban con Leonor y Laureano. El escape de Gonzalo del *Cabaret gitano* recorrió las calles, y el rumor decía que había perdido una mano ante Arsenio; no lo negó, dejó que las cosas sucedieran, y solo se presentó con la joven dama, heredera

por partida doble, en *La Roue*.

Isabel volvió a París, desde el Ecuador, hacía tres meses, había enviudado a bordo del *Berengaria I*, el marido murió de un ataque al corazón en el trayecto desde Nueva York; Gonzalo Zaldumbide, representante diplomático de su país, la recibió en El Havre, con el pésame, y la acompañó a la ciudad Luz. En el cuento “Una cita en el tren”, el narrador relata el encuentro, en el pasillo, del protagonista con una joven viuda, en un lamentable estado de sufrimiento, envuelta en ropajes negros antiguos que parecían la mortaja de una anciana prematura; le dio sus condolencias, la vio girar y levantar apenas el vestido para dar el paso: le vio el tobillo y no pudo más; al final de la historia, meses después, alguien llamaría a la puerta de su casa y encontraría a la mujer con semejante tristeza: la acompañaron a colocar flores sobre una tumba, delante de una lápida con el nombre del protagonista grabado en ella. Gonzalo dio la noticia, aquella noche, de que se casaría con la viuda en Madrid, apadrinados por el guitarrista español Andrés Segovia. A Luisa Brooks le importó muy poco aquel asunto, quizá ni siquiera se enteró del fantástico enredo.

Juana y Germaine Dulac llevaron a Luisa a cenar esa noche, y fueron a bailar charlestón en una ‘caverna’ frecuentada por la cineasta. Un día antes de partir, Luisa vio ‘La sonriente Madame Beudet’: la angustia y el lento paso del tiempo en el film, sucede a fines de abril de 1923, graficado con un rollo de tela cayendo, le hizo sentir pavor del lapso eterno en que se convirtió su estancia, de menos de dos meses, en Europa; Luisa anhelaba el ruido y los olores de Nueva York, tomar bourbon, bailar y cantar con

quien tuviera ganas, sin pertenecer a nada ni a nadie en particular. Desapareció del Majestic, habían cancelado la cuenta de la suite, nadie la vio partir, ni supieron si viajó en automóvil o en tren; en el puerto nadie pudo confirmar si subió o no a bordo de algún barco rumbo al oeste. Juana la recuerda con el pelo alisado sobre el rostro sin maquillaje, los ojos vivos con cierta humedad y nostalgia en la mirada. Germaine retomaría contacto meses después con Luisa, quien actuaba alegremente en América, tenía algunas ideas para filmar con ella en París; el sonido en las películas invadía todos los espacios y pretendía acabar con el cine que amaron; esa forma de ver, entender y describir el ensordecedor ruido de los seres humanos en su interior; esos gritos callados que pronto serían expuestos con vulgaridad y de forma obscena, silenciando el gesto, la ilusión y la mirada en esas ficciones. “Eterna insatisfecha, bello demonio caído en las garras de este paraíso de simulacros”.

Fuiste unos días y estás entre las líneas de varios argumentos, en memorias y hechos que desconocerás, en parte, siempre, y muy poco tienen que ver conmigo; te explican, te dan una identidad que no tenías durante los desahogos en tu delirio. Nada es impune, solo el presente, obtengo respuestas donde no las busco, y las encuentro en lecturas tan ajenas a ti, a tu sentido de conciencia y de responsabilidad; esa era tu mejor virtud: la irresponsabilidad, el deshacerte de cada minuto con el siguiente; la obsesión sexual con tu pasado para exponerlo, confesando deseos, declarándote víctima de actos nefandos, y representándolos para equilibrar los abismos del gozo y del sufrimiento: dos cascadas de una misma fuente que

creías estaba a punto de agotarse; la juventud no era solamente una actitud que te sobraba, sino también tu imagen objetiva en el espejo, en los pasos enmudeciendo de tus padres, en su soberbia, incapaces de pedir perdón ni de sentir culpa por haber vivido así, de forma tan natural y destructiva, haciendo felices a los suyos el tiempo suficiente para que cada uno, después, lograra su propia felicidad, divisa prosaica; no habías logrado la tuya todavía, y estaban ellos allí para joder el tiempo que te quedaba, reina, y tenías que pagar una deuda que no adquiriste; los veías y se te acababa el presente, te mostraban un futuro envejecido, indolente y digno de lástima. Querías encantar sin que nadie se atreviera a hincar en los surcos de tus señales particulares; vivir sin pensar, escuchando devoción y deseo, viajando en la inconsciencia, y convencerte de que la alegría es un paso a la vez; ignorando y atreviéndote con los demás, sentir la vida latiendo, aun en el dolor de despertarse y reconocer que nada era suficiente, “pensar es morir”. Creo que te descubro y poco importaría si lo supieras; no sé para qué voy urdiendo hechos y máscaras que te darían una forma ¿definitiva?, encerrado, aparentando un objetivo, para no salir ni sentir en la espalda el agua imparable que no ha dejado de caer sobre la terraza, en una ciudad intransitable a causa del miedo a contagiarse de tristeza y abandono; la lluvia sirve, reina, cuando mantiene lejos a los fantasmas que alimentan la lucidez.

Le pediste a Josiel que pusiera a los Shocking Blue, la banda que amaba tu madre, y que la viste bailar varias veces; alguna vez tu padre la acompañó e hicieron la delicia de los hijos, y otros familiares, compartiendo la diversión,

agradeciendo la hermosa vida que se prodigaban; prefería bailar sola y dejaba que la espieras, te atraía, te abrazaba y te hacía bailar con ella la canción que estuvo de moda el año en que naciste, bajo las ideas del amor, la libertad y la paz en todas partes; menos allí, en la casa, donde el señor, apenas mayor que ella con dos años, dominaba y ordenaba cómo se conducían las cosas y las costumbres. Después de que la mucama te sacara del agua y tu madre te resucitara, presionando en el pecho, tu padre había definido que no podías quedarte a solas con nadie, ni con tus hermanos; tenías el mismo celo de la abuela cuando el abuelo se la trajo de una feria de maquinaria agrícola desde Buenos Aires: modelo y bailarina, vestida de piel y en la cabeza ostentaba cuernos de ciervo, “*randy*”; el empresario le ofreció el paraíso y ella aceptó; parió tres vástagos y, en cuanto pudo, huyó a los Estados Unidos; volvió años después y se quedó reinando en la ciudad como si nunca se hubiera ido; colaboró en la fundación de la primera secundaria inglesa, privada y laica, de la ciudad. La fortuna y la libido le pertenecían a tu madre, el oportunismo y la frialdad a tu padre, hijo de un incipiente vendedor de seguros, con abolengo.

Bailaste con la caribeña otra vez; reías con frescura, menos helada que de costumbre, cierta calidez emanaba de tus gestos, de las frases de tus cuentos; levantabas los brazos, y la falda del vestido subía y permitía ver la seda negra remordida de la tanga, podías ser una niña traviesa tratando de atrapar el globo que se le había soltado con el hilo de los dedos, también el clisé de una película erótica *old fifty milf*; Josiel te daba de beber en la boca, festejabas con lentitud, paladeando, sintiendo cada nota de la gui-

tarra y te ibas en el trinar del sintetizador; tu rostro gesticulaba lo que pensabas, dando la razón, negando, frunciendo el ceño, mordiendo el labio, riendo; me acerqué y traté de besarte, retrocediste despacio, “quiero tu hechizo, no el infierno”; me evadiste y fuiste por un poco de coca, la repartiste sobre la mesa, junto a la cartera negra, reluciendo; le ofreciste a la caribeña que se inclinó con reverencia, y le acariciaste la cabeza, el cabello apretado con peinetas; el agua rodaba en el vidrio y nada de todo aquello parecía tener un propósito; esnifaste, tomaste la polvera y corregiste la línea del lápiz de labios, te miraste, alborotaste el peinado rubio y decidiste salir, dejando con delicadeza algunos billetes nuevos; Josiel te miró devota, desde la barra, agradeciendo una bendición; “voy a liberarte, bonito”, tomaste mi mano, caminaste altanera, y abandonamos el Ben, ibas hacia la noche, todo acababa de empezar para nosotros; yo, detrás de ti, ebrio, flotando, escuchando nítidamente el chapoteo delicado de tus pasos.

## XXXV

“Viajo en la mañana”, respondió Rebeca con sequedad, cuando le pedí que el lunes comprara víveres y otras cosas en el supermercado. Creí que era un desquite: negué que había matado a esos hombres en la playa, culpé al policía que nos acompañaba, rápido y oportuno, un héroe valiente de la televisión; me miró consternada e insegura, sus ojillos tratando de atrapar alguna sombra de duda en mi expresión, aguzando el oído, capaz de detectar una mentira en el tono de mi voz; le molestó la ironía, mi burla reiterada ante su asombro al percatarse, la primera noche que se quedó, de que yo no tuviera un televisor; se cubrió la tetas, no es que estuvieran al aire, estaban sueltas, confiadas bajo el encaje que bordeaba la amplia bahía del escote de su combinación; requería para mi vista otra distracción menos pasmosa, Amelia. Su sobrino no le había mentado, no era capaz, le había repetido la historia varias veces, quizás cambió un poco el orden de los tiros y de los muertos, pero describía con pelos y señales el machetazo que yo le había asestado en el cuello a la bestia que lo hubiera asesinado; casi se había desprendido la cabeza y la sangre había salpicado lejos, no me enteré de dicho descabezamiento; negué rotundamente y le ofrecí presentarle al personaje que lo hizo; vi su coraje y estuvo a punto de levantarse de mi lado, la detuve; le sugerí que sí, fue un golpe desatinado, producto de la desesperación, me había asustado tanto que no me atreví a ver el cadáver después; cedí por lo que dijo antes, conocía el

ángel plateado en la carcasa de tu teléfono ahogado, Amelia; quería oír su cuento sobre un ángel tan particular: la sombra alada cayendo, uno de sus pies a punto de tocar la superficie, los brazos extendidos y las manos abiertas, las alas recogíendose atrás, los bordes dentados, terminando en sendas puntas agudas y curvas, la cabeza no era más que la silueta delicada de una melena que se fundía en los hombros; limpio, servía de espejo. “Calenturienta, igual a la mocosa del 4”.

Rebeca había entrado al servicio de tu familia poco antes del suceso en la piscina. Te vio crecer, te gustaban los abrazos y la cercanía de las personas, al principio solo parecías una niña cariñosa, llena de ternura; después de la resurrección cambiaste la mirada y los gestos, la forma en que tus dedos tocaban las cosas y a las personas; huían de ti, con discreción, “era un perrito arrecho todo el tiempo”; la mucama te resistió y junto a tu madre fueron conduciendo tus deseos de palpar, asir y ser tocada; pasó relativamente pronto, y con la menstruación aprendiste a provocar que te miraran, sin acercarte demasiado; fisgoneando lo que hacían los demás cuando estaban en el baño, en las duchas, entre sueños; espiabas a tus padres, a los empleados, a los invitados borrachos; más de una vez Rebeca te sorprendió caminando por el balcón de tu habitación sin calzoncito, sin percartarte de ello; sabías que te miraban, cómo te hurgaban cuando luego bajabas vestida con formalidad y te paseabas entre los invitados. Rebeca te enseñó a ser discreta, a caminar despacio sin que notaran tu presencia; el resto te vino de ver lo que se hacían los demás a sí mismos o entre ellos, y en el colegio encontraste con quienes averiguar cómo se pulsan cier-

tos botones sin caer en el ansia o en la desesperación. Te marcó la separación de los juegos con tus hermanos hasta la medianoche en el jardín; sentías encima la vigilancia constante, no te dejaban sola con nadie; preguntabas y te decían que eras un ángel al que había que cuidar especialmente, eras única, tu hermana iba suelta por ahí, menos tú, siempre con una chaperona que brotaba de cualquier lugar para detenerte; tu padre te abrazaba delante de los demás y ofrecía que cuando crecieras todo iba a tener sentido; tu madre intentó con la religión y luego con la noción de su propia libido y se enredó; la guardiana apenas afirmaba o negaba sin ir más allá, implacable con tu cuidado. Rebeca desapareció de un día para el otro sin aviso, antes de tu viaje previsto a París, antes de que supieras que te ibas a casar. Fue la mucama quien te dijo que el joven Salmón era mejor que el principito, eso permitió que te arriesgaras a esperar en medio de la gente a que cometiera contigo sus audacias y te recitara todas las porquerías que te hacían infinitamente feliz; entonces trataron de marcar tu destino.

Las gotas minúsculas de lluvia arrastradas por el viento se estrellan contra el vidrio del ventanuco, se quedan quietas un instante, vienen otras encima, se acumulan, agrandan, y se deslizan lábiles en mínimos cauces que buscan otros; se juntan, por la gravedad, y acaban siendo parte del mismo chorro que cae en el abismo y se estrella contra el pavimento. Lluvia en todas partes, las aguas que se reúnen son diferentes, cada una es lo que arrastra y termina sirviendo a diferentes fines, quizá única en la última desembocadura, solamente para mutar, elevarse y volver a caer, otra; nada seguirá igual. Si hubieses ido a París en

1987, antes de casarte, ¿habrías recorrido las mismas calles que tu madre? Ese verano, en el distrito 5, presentaron una vez más otra retrospectiva de cine mudo dedicada al trabajo de Luisa Brooks, en el cinema Accattone de la calle Cujas número 20; proyectaron las dos películas de Pabst, “Señorita Europa” de Augusto Genina, y dos comedias americanas de Malcom St., Clair. Luisa te habría atrapado, reina, con su belleza y su locura, con las historias descarnadas que protagonizó, con la fantasía conmovedora de su mirada, y su melancolía. En esa dirección funcionó el *Cabaret gitano* donde Luisa prefirió a la diosa africana y no al diplomático, y se cargó al galán parisién, quien a los pocos días la hizo desaparecer de París, y la dejó sana y salva tocando el piano en “El rincón de Eva”, en Greenwich Village, a fines de junio de 1926. Arsenio Lupin se vio envuelto en un caso sin resolver, en Nueva York, acerca del robo de un famoso libro de arte lésbico y el escape, de la cárcel, de una artista feminista polaca. París te habría detenido, reina, para demostrarte que una flor era el peor papel que pudieron haberte querido imponer; ya no importa lo que suponga, estás por ahí conquistando con tu risa desoladora, insinuándote con esa soledad que te oprime, iluminando deseos con el hielo de tus ojos celestes; tan cerca, quizá, convirtiendo en estatuas de sal a todo el que se vuelva a verte.

Se trastocaron mis horarios, duermo más en el día; era una vampiresa sobrealimentada que charlaba a medianoche y desaparecía antes de ¿rayar? el alba; no, Amelia, ella quería saber de mis instintos asesinos, y de paso descubrir si su sobrino segó o no la vida de alguien por



susto o disgusto, que lo mismo daba; saberlo le ofrecía la oportunidad de hacer un lazo íntimo, indisoluble, cómplice, que los uniría para siempre, como quien se vuelve y llama para confirmar que no se encuentra solo. Cabeceaba de sueño, y el hedor a mierda nos alcanzó a Bruno y a mí; el enfermero, ahora sí de blanco entero y cofia en la cabeza, disfrazado de perro escuálido entre lobos albinos, atados, recogió el resultado de las comilonas de sus amos cuadrúpedos, dejó la bolsa y los aperos a un lado, fue a la pared, se quitó el gorrito de tela, se enjugó el rostro, y contra la pared orinó largamente; se vaciaba el hombre, tembló, se estremeció entero, y exhaló satisfecho; tomó las cosas, tiró de las cuerdas y se perdieron. La lluvia caía encalmada y, al fondo, más allá de la hilera de terrazas, el cielo era un rayón oscuro, horizontal, que iba al oriente. La carcasa con el ángel no existía hace casi cuarenta años, no lo soñé; Rebeca empezó a narrar sus infidencias a partir de que sus dedos siguieron la silueta de la figura alada, y agarró viada cuando se vio reflejada en la plata que ella misma bruñía con la manga de la bata entre los dedos.

## XXXVI

Te colocaste los lentes rojos, me rozaste un beso, hiciste una señal de silencio y encendiste el motor. Aceleraste y nada te detuvo, ni un semáforo ni un transeúnte; las estelas, en las calles de obsidiana, permanecían en el retrovisor, navegábamos en un catamarán ligero, dábamos tumbos en las irregularidades inundadas y alas de agua se levantaron por instantes a los lados. Hiciste escándalo para que los guardias y alguien más, en el callejón, notaran tu presencia; parqueaste a la derecha en la cochera del dúplex, “cógeme ausente”, te oí, descendiste y te seguí; te quitaste los zapatos a la entrada, y la tanga oscura; ingresaste en puntillas con la prenda colgada de uno de tus dedos, anzuelo y carnada; el guardia camuflado, dentro de un poncho negro, impermeable, observaba desde el otro lado de la callecita, registrándolo todo. Una botella de *Pavo salvaje*, recién empezada, nos esperaba sobre el mesón; ya estabas detrás en actitud traviesa, usaste el mando a distancia para poner música, elevaste el volumen, animada, festiva; Robbie Dupree, su voz ambigua, proponía sin seguridad un escape que no iba a suceder, no conmigo, al menos, Amelia; esas noches fueron una fuga de mi propio tedio, aproveché tu viciosa belleza, esa detención cuidadosa de tu viaje imparable: tomabas del camino lo que encontraras si llamaba tu atención; no te atraje, al principio no, el ahogo del Toyota viejo te detuvo, la falta de un plan luego de la despedida fallida de Miikko; el Ben se travesó para que te guarecieras el tiempo que le

tomó al hombre de confianza de tu padre “rescatarte”; me viste destartelado y te acercaste, qué más podías hacer, sino gastar otra vez en un nuevo espejismo, tu desaliño y el mío se descubrieron en el ingreso a un salón de belleza canino.

Colmaste un vaso con whisky y lo compartimos tratando de seguir el ritmo de la música; en algún momento tu vestido se cayó sobre el sofá y tu sostén estaba anudado a mi cuello. Tu padre te leía historias con ríos lejanos, surcados por aventureros que dominaban la naturaleza, se hacían cargo de las cosas, los animales y las personas; lo veías impecable y oloroso, jugando en el jardín, a veces en la hacienda, en la casa de la playa, besándote en la frente antes de dormir; te parecía perfecto, intacto aunque acabara de salir de una inmersión en el mar; jugaban a localizar territorios en libros de mapas, según las lecturas; al encuentro de países que visitarían juntos, haciendo girar el orbe de madera en la biblioteca: donde se detenía tu dedo pequeñito él inventaba historias fantásticas acerca de reinos míticos y montañas colosales, si caía en la mitad de la nada, sin islas remotas, inventariaba monstruos inverosímiles que temían a la luz, “me enseñó el mundo para encerrarme”; te hacía cosquillas cada vez que lograbas llevar una ficha al otro lado del tablero y, con tu madre, te coronaban reina. Te había preferido a cualquiera de tus hermanos; llegaste con la felicidad anhelada, tu madre decía que habías llorado y pedido menos que los demás, siempre mantuviste cierto carácter independiente, una actitud fría ante algún accidente leve, un estruendo; el señor se enorgullecía de que hubieras salido a su imagen; contigo bajó la guardia, su despotismo dis-

minuyó, al menos en el espacio familiar, tus hermanos le descubrieron rasgos amables y las manos menos duras de lo que habían recibido. Estabas realmente conmovida, reina, resultaba que tu vida en familia había sido un cuento de hadas, atroz y feliz; hablabas con alborozo frente a mí, eras la ilustración erótica en la portada de una revista para niños perversos: tirada sobre los cojines del gran sillón azulado, la pierna derecha levantada sobre uno de los brazos, la otra extendida, el talón asentado en los flecos del tapete colocado bajo la mesilla de centro; la pedrería negra en los anillos y sujeta a los lóbulos de las orejas exponía tu piel y sus formas, parecía que estabas exhibida en la vitrina de un burdel; el pubis era el lomo lampiño de un pequeño animal dormido con el hocico, más abajo, entreabierto. Pasamos de la coca al colibrí, el whisky nos siguió a la planta alta, alcanzamos a aparearnos entre silencios y parrafadas, sosteniendo la noche dentro de la tina, manteniendo el agua caliente, vaciando el exceso: el agua caía de la mezcladora con la temperatura exacta sobre la espalda y se iba tibia por el desagüe entre tus pies.

Conseguieron que el párroco de la iglesia, apretada entre los condominios del barrio, accediera a dar la misa, de cuerpo ausente, por la anciana del apartamento 1 que muriera tirada sobre la acera bajo la vigilancia inútil de los tres pinos. Era muy temprano todavía, me despertó el golpe de las hojas al cerrarse; Rebeca estaba allí vestida de negro, con una mantilla en la cabeza, y en las manos traía pan fresco dentro de una funda de plástico transparente, “para los pajaritos”, se burló, y lo dejó junto al lavabo; me buscó en la cama con sus ojillos obsesivos y los labios insignificantes haciendo un mohín como si sonriera;

llovía lo suficiente para que no aparecieran pájaros en ese preciso momento.

Vi palomas en hilera esperando sobre el antepecho del fondo, una buscando sobre la loseta del ducto de ventilación, otra, alrededor, en el suelo; algunos mirlos también rondaron por la terraza cuando las aguas amainaban a diferentes horas de los días, uno, especialmente, arribaba al ventanuco, llamaba varias veces, espiaba al interior por el vidrio, alternando los ojos, giraba y volaba otra vez; me bastaba con el gato, Amelia, no me enternecen los abandonos de nadie, menos sus duelos. Levantaron el cuerpo y se lo llevaron, nadie en el condominio supo adónde fue a parar la muerta; no eran tiempos de entierros cotidianos, todavía, la demanda de tumbas había proliferado poco antes del famoso toque de queda, y los cuerpos fueron amontonándose en las morgues forenses y de los hospitales; el miedo y la policía impidieron salir a comprobar si era verdad que aparecían muertos en las calles de la ciudad más grande del país; era una distopía, información falsa, amarillismo morboso en las redes, solo los deudos sabían de su tragedia o de su alivio; al parecer sucedió una hecatombe virulenta y la ciudad en el ático estuvo enmudecida: todos los espectáculos en vivo se habían cancelado.

Tu padre te amaba, reina, tanto que le guardó gratitud a la mucama que te sacó del fondo de las aguas cloacales. Salió en libertad y la pena recién empezaba, la familia no se había enterado, los que lo hicieron la alejaron amenazándola con hacerla apresar otra vez por acosadora; no tuvo a quién recurrir, intentó, con el escaso dinero que ganó en los talleres de la cárcel, salir adelante, rentó

un cuarto en el sur, y no consiguió trabajo decente, al menos no con remuneración justa, solo querían abusar de su condición, le pagaban centavos por jornadas dobles de labor; “la putería no, don Ignacio”; se abrió a la oferta de un amor: le quedó el gesto de sufrido apaciguamiento y la bocanada desvencijada de un aliento podrido. Recordó su acto de contrición y fue en busca de los hermanos en el evangelio, solo obtuvo oraciones y propuestas de servicio que rayaban en la esclavitud. Antes de que tus mellizos cumplieran diez años, se apareció en la mansión un sábado por la mañana, el avechucho la atendió y todos recordaron aquel acto de heroísmo, el mismísimo señor la recibió en el jardín bajo el gigantesco árbol de guaba; la escuchó, no sin dejar de ordenarle brevedad, en agradecimiento a sus servicios; y así la mucama terminó trabajando en la casa vecina, donde vivía una anciana judía y nadie más, quien de paso no la relacionaría con aquel terrible infanticidio. Se cruzaron miradas contigo, Amelia, ella, como tantos, era nadie, algo escuchaste sobre la leyenda de la mucama que te salvó y adentro llevaba una asesina; no le diste importancia, aquello estaba lejos de tus cabales, además, fue en los días en que ingresaste de lleno a esa irrealidad que el profundo amor de tu padre, y la reciente profesión adquirida, no te dejaba vislumbrar.

Rebeca insistía en que le contara si me había molestado matar a esos hombres, si soñaba en ello, si me dolía o me remordía la conciencia, quería saberlo pronto, al día siguiente se iría; sufrió la muerte de su hijo, no por haberla causado sino por los castigos que recibió: el abandono de su hombre, de quienes creía suyos, la vejación y la cárcel; no sentía, se buscaba adentro un poco de cul-

pa, un resquicio de dolor, no encontró nada, solo vacío, ni siquiera resentimiento, sí un extraño gusto de estar viva, sin una buena razón para no estar muerta. Un guardia de seguridad del sector la sedujo y decidieron vivir juntos, tuvieron dos hijos en años seguidos; estaba fascinado con la paternidad, un hombre simple con la aspiración banal de formar una familia, mirándose como el patriarca de su propia tribu; al principio funcionó, entre llantos hasta el destete, luego ella regresó a trabajar, puertas adentro, con los fines de semana libres; el hombre se encargó y se acostumbró a ser mantenido cuidando al primogénito; casi dormida, en un descuido, lo dejó irse adentro y vino el segundo muchacho, en menos de tres meses volvió a trabajar; se aseguró de no embarazarse otra vez, y los vio semana a semana cuando volvía a descansar; puso las reglas de comportamiento de los niños en su presencia, so pena de abandonarlos sin ninguna consideración, a los tres. Los vio crecer silenciosos cuando ella entraba al departamento, eran mascotas entrenadas con un solo truco, aprendieron a callarse, con amenazas al principio, después por recompensa: un dulce, un juguete, una prenda de vestir, algunos billetes, trago.

“Nadie le va a cuidar”, se compadeció, recalcando mi ingratitud, reclamando un derecho obtenido gracias a su entrega, pretendió parecer una doncella engañada; le pedí un vaso con agua para cortarle el drama y me levanté, la vi de cerca, casi tocándonos las narices, la cara maquillada de modo teatral, de hace siglos: base, polvo y color en los cachetes; me habría asustado si no fuera por la costumbre casi doméstica de verla, detuve su mano con el vaso y le ofrecí que en la noche; se agitó, vi las ondas expan-

diéndose en su pecho aceitado; “no pueden verme aquí”, se sorprendió, dio vuelta y las pantorrillas gordas, blanquísimas, se alejaron con la rapidez que le permitieron los zapatos de tacón pequeño: apenas acogían los talones; no daba pasos, arrastraba los pies poco acostumbrados a un momento de rigurosa devoción. Dejó las puertas abiertas, la nube de su fragancia burda y dulce permaneció, y me quitó la somnolencia; avancé a tomar un poco de aire menos denso, me paré bajo el alero y sentí el frío del agua subiendo, erizándome la piel; miré atrás del edificio, la montaña seguía negra todavía, a punto de caer.

## XXXVII

“Lavaux es un jardín pintoresco. La cabaña, sencillamente formidable. Félicien, obstinado, ha venido a quedarse algunos días, a lo largo de los meses. Tradujo *Las Memorias de Mama Blanca*, espléndido. T. está feliz, volveremos a París para presentar la novela. Lydia irá desde La Habana. *Tendí la mano para protegerla, criatura de paz y de armonía, completa, virgen, intocable, exacta en la extensión total del mediodía*. Alfonso ofrece llegar ‘volando’ desde Buenos Aires, es un albur. Gonzalo arribará desde Washington, conoceremos a su hija Celia. Luisa estrena, y filma otra película en Berlín. Irá a París el próximo año. Es arrebató, sacerdocio, egoísmo y devoción. *Era la rosa, la perfecta y única. Nada la detenía*”. Luisa Brooks viajó a Berlín y protagonizó “La caja de Pandora” y “Tres páginas de un diario”, bajo la dirección de Georg Pabst; y, en Francia, “Señorita Europa” de Augusto Genina. Películas escabrosas y brutales, conmovedoras y sensuales, descarnadas, que exponen las oscuridades de la condición humana en una sociedad decadente y desprovista de pudor. Sé que no te hubieran conmovido, a tu madre sí, Amelia, tampoco fueron realizadas con ese fin, ¿tal vez sí? Los demonios que llevamos adentro expuestos desde puntos de vista particulares, más de uno original: exhibir para ofender, denunciar, disfrutar, conseguir las formas monstruosas de lo bello, la suciedad de lo inocente; impresiones subjetivas acerca de realidades complejas, de abismos ocultos detrás del oropel de las buenas costumbres.

“Solo tengo deseos, no malas costumbres”, cada vez que la sobriedad quería vencerte descubrías que nunca tuviste ganas propias, alguna ambición tuya; te encontraste en medio de tu manada y seguiste la corriente, obedeciendo al señor; o dejándote llevar; el sonido en el cine hirió de gravedad a Luisa, y a ti la edad te golpeó en el espejo y pediste, bruja del cuento, que no querías envejecer, no con ellos, ¿qué sentido podía tener haberlos soportado la vida entera para verlos encogerse, mientras tú misma te convertías en un guiñapo? “Sola siempre, sin ellos, mejor”, y bailabas contoneándote, tomando la energía de la tierra y dejándola ir a través de los dedos; a veces se atrevían algunas lágrimas y me besabas ansiosa y salada, vivir te había valido esa pena; “todo es posible”, y reíste hacia adentro, con el whisky empujando por la garganta, buscando asidero, esa posibilidad que brillaba en tus ojos celestes, atravesándome; fuiste un sueño interrumpido que continuó demasiado tarde, Amelia.

El camino adoquinado, entre los pinos y el viejo eucalipto, estaba lavado; había restos de hojas pudriéndose a los lados, limitando la hierba alta de las jardineras en torno a los fustes de los árboles indiferentes llenos de costras y paciencia; muy pocos madrugadores caminaban con sus perros a cierta distancia entre sí, al cruzarse me evitaban, separándose, desviándose antes por otro sendero; no estaba protegido para el clima, la misma pijama y el saco abierto: me puse zapatos de lona, debía parecer un escapado del hospicio; la garúa se empecinaba todavía sobre el parque abandonado y mi cabeza, los basureros estaban a rebosar, restos de plásticos y desechos se amontonaban alrededor; desde adentro

la arboleda no me pareció hermosa, demasiados objetos incrustados: juegos infantiles, pistas, máquinas herumbreadas para hacer ejercicios (gimnasio para el populacho), canchas de fútbol, vóley, tenis y básquet, ágora y graderío; de la fuente redonda dos cañones diminutos disparaban al aire dos chorros que caían sin misterio sobre el agua enlodada del fondo, sin belleza: no había quien mirara, se sorprendiese y disfrutara; cruzó una jauría perdida, algunos perros mearon contra los arrayanes, regresé. El edificio idéntico a los demás como fichas de dominó de diferentes colores y texturas; las terrazas, vistas desde abajo, eran esperpentos cubistas sin definición: paredes incompletas, postes, antenas, cubiertas como sombreros, alambradas, ventanucos vacíos; ingresé al pozo comunal y temblaron las ventanas, gritaron, corrieron, ladraron, la puerta se cerró más despacio; cada piso sigue siendo exactamente lo mismo; la puerta del apartamento 9 estaba abierta, al fondo, contra las cortinas cerradas, dos jóvenes dormían despatarrados sobre un jergón, entre ellos, tendido, algo parecido a un cuadrúpedo deforme; latas de cerveza, basura, olor a cigarrillo y a encierro, silencio; cerré la puerta con cuidado, no sé por qué, por pudor, por respeto al sueño ajeno, Amelia, para que su inmundicia no estorbara a nadie simplemente; crucé el vano y las copas de los árboles estaban allí, brillantes y hermosas, dueñas del firmamento y de la tierra, del paisaje y la memoria, las nubes encima aclarándose allá, en el oriente; Bruno estaba entre las hojas de la puerta de mi celda mirándome impávido, me acerqué y brincó entre mis piernas y se metió a las gradas comunales. Sentí que había estado demasiado tiempo cerca del cielo.

Golpeó la puerta; igual que la primera vez tuve que gritar, dar voces, pidiéndole que entrara; no obedeció, me levanté de la cama y me acerqué a la madrugada oscura todavía, en el fondo trataba de crecer una línea tenue de luz; ahí estaba, el plástico sobre la cabeza, la cara lavada y los lentes colocados, sus ojillos me buscaron, “ya no me volverá a ver, don Ignacio”, recitó presuntuosa; abrí las hojas del todo, un poco de viento helado se atrevió encima de ella, no se movió; la habías contratado para que preparase una tarta de manzana en la cocina de la mansión y le diera de comer en la boca a tu madre, de que comiese tu padre te habías encargado tú; pregunté qué pasó, la toqué en los hombros, y el plástico chorreando resonó; que pasó insistí, y señaló frunciendo los labios, apretando un esfínter, hacia mi *laptop* en el escritorio; la perdí de vista un instante, al volverme solo quedó la imagen del plástico desapareciendo en el vano del graderío comunal.

Una pareja de ancianos fue encontrada sin vida, en su dormitorio, tomada de las manos. El hallazgo lo había hecho el paje personal, en la residencia, de quien en vida fuera uno de los magnates de seguros y reaseguros del país, ejemplo de tesón, honradez, y patriotismo. Deudos, empresarios y empleados reconocían la rectitud moral del padre de familia, la abnegación de la madre, compañera fiel y dama benefactora de los desposeídos. El amor a Dios, su honradez espiritual, la existencia entregada al servicio de los demás eran parte de los fundamentos que hacían grande a esta pequeña y valiente nación. Lo habrás leído, Amelia, a menos que tu viaje te haya llevado a donde no puedas tener una señal. Escucho tu risa, a veces tan cerca que giro para encontrarte; debes haber descubierto alguna fuente

de juventud, y veo tu rostro angelical a través del cristal de un bar de moda, observando rodar el mundo y los días y las noches pasando de ti. No se puede vivir solo de palabras, más aún, necesitan de una experiencia compartida; los recuerdos exigen al menos una traición, y todas las mentiras.

“Hasta la libertad es posible, si la sueltan”, me confiaste al oído después del último colibrí que me inyectaste. Ya no te encontré, me vestí en la planta baja, escuchando la caída ligera del agua por los escalones: se iba, corría, impune, hacia afuera; el ruido fue disminuyendo, solo tintinearón gotas, esporádicas, alguien había cerrado la llave de paso; tomé un trago y salí, sosteniendo tu teléfono en la mano; un guardia planchado me miró pasar y registró en el tablero; no había gente en la calle, nubarrones se revolvían en el cielo proclamando la tormenta.

Te golpeó el hueso de su cadera, te dolió, y te agarraste de su cuello, lo atenazaste con las piernas y dejaste que la inercia hiciera el resto, no lo sabías, lo intuiste; cada choque leve soltaba rayos que atravesaron la piel, tus sentidos se despertaron y todo adquiría otras dimensiones: las voces alrededor de la piscina, la notas veloces de un piano en alguna parte, la voz de tu padre siguiendo el ritmo de tu chapoteo, las onomatopeyas nítidas que creíste alentaban tu gozo; ya no fue golpeteo sino fricción, te apretaste contra él y mordiste su hombro, soltaste un gemido que salió de lo más profundo del mundo, separaste el olor de su piel, del cloro, del perfume persistente, de la crema de protección solar, tu propio olor y el de tu orina, expandiéndose; su rugido te ensordeció y el aliento a whisky te penetró antes de sumergirte en la profundidad, en medio de un delicioso y terrorífico estertor.



Este libro se terminó de imprimir  
en noviembre de 2025, en el PrintLab  
de la Universidad del Azuay,  
en Cuenca del Ecuador.

Desde un piso alquilado frente al Parque Inglés (en el norte de Quito), bajo una lluvia incesante, Ignacio Rudo evoca múltiples pasajes de su vida (eróticos, melancólicos, cómicos, violentos o esperpénticos) y repasa sus lecturas en una suerte de larga confesión y carta de amor a Amelia. *La terraza vacía* es el escenario físico y existencial de un entramado de confidencias palpitantes, vívidas, fruto de una genuina —y por momentos extrema— experiencia corporal, intelectual y emocional escritas con una prosa poética —y con frecuencia descarnada.

Estamos ante un contador “lenguaraz” (como llama Vargas Llosa al narrador de *Los Miserables*), que no se guarda nada, que se deleita en la descripción y en el detalle como todo fetichista letrado y enamorado. Personajes de la ciudad áspera y cotidiana enfrentados a situaciones límite conviven con otros invitados al recuerdo —venidos del arte y la literatura— en un laberinto de espectros y reflejos de cuño barroco. Esta proliferación de historias contadas con una velocidad lenta, morosa —otro signo de su filiación barroca— se bifurcan y entrecruzan en el tiempo-espacio ficcional haciendo del acto mismo de contar, de recontar, el eje de la ficción.

Con su tercera novela, Efraín Villacís refrenda su particular y potente estilo del exceso, del derroche adjetival y vital, donde las voces cultas y callejeras caminan por la misma vereda inflamable y nocturna.



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa   
Editora

ISBN: 978-9942-577-46-7



9 789942 577467